

Selección RNR

A la orilla del mar

ANA F. MALORY



Romance Actual

A LA ORILLA DEL MAR

Ana F. Malory.



1.^a edición: mayo, 2016

© 2016 by Ana F. Malory.

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mí cuñado Daniel

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Capítulo 1

30 de Julio de 2004, Madrid.

La música dejó de sonar y a Silvia, aunque agotada tras un intenso día de trabajo, aún le sobró energía para celebrar el final de la clase con un grito de satisfacción y vigorosos aplausos que sus alumnas imitaron al instante con idéntico entusiasmo.

Adoraba su trabajo como monitora de aerobio. Lo que había comenzado siendo un empleo a tiempo parcial mientras terminaba los estudios, se había convertido en un trabajo fijo, relegando a un casi olvidado segundo plano la preparación de las oposiciones, algo que sabía no podría dejar de lado durante mucho más tiempo.

—¡Hoy habéis estado estupendas, chicas! —felicitó al grupo con una gran sonrisa en los labios, reflejo de su carácter alegre y extrovertido—. Espero veros aquí en septiembre, dispuestas a darlo todo de nuevo. Y ahora, todas a la ducha.

La sonrisa se incrementó ante el parloteo de las mujeres camino del vestuario. Al escucharlas nadie diría que se habían pasado una hora dando saltos y vueltas a ritmo de *Remix*, pensó apilando colchonetas y bancos de *step*. Desconectó el estéreo y, antes de apagar las luces y salir, echó una última ojeada para comprobar que la sala quedaba en orden.

Una nube de vapor y risas la recibió al entrar en el vestuario.

—¿Qué planes tienes para las vacaciones, Silvi? ¿Te marchas a algún sitio? —la interrogó María, una mujer que rondaba los sesenta pero que tenía la energía de una jovencita de veinte.

—En unos días me iré a Málaga a visitar a mis padres —respondió animada, abriendo la taquilla y comenzando a desnudarse.

—¡Me encanta Málaga! —El comentario lo realizó otra de las chicas—.

He ido un par de veces y me parece un sitio precioso.

—Es un lugar muy bonito —coincidió Silvia—, el problema es que mis padres viven en Alcaucín —apuntó, torciendo el gesto—, un pueblecito perdido de la mano de Dios. Encantador... pero demasiaaado tranquilo —ironizó, evitando así mencionar lo aburrido que podía resultar. Aunque lo cierto era que, una vez allí, disfrutaba de lo lindo con la compañía de sus padres y el maravilloso paisaje.

—No te vendrá mal un poco de tranquilidad después de tanto meneo —replicó jocosa, María.

—Seguramente llesves razón —concedió con una carcajada de camino a la ducha, evitando mencionar que, incluso estando de vacaciones, necesitaba hacer ejercicio y todos los días hacía *footing*.

—Bueno, guapa, hagas lo que hagas espero que te diviertas —repuso la mujer ya junto a la puerta.

—Igualmente y gracias, María. —Elevó el tono para hacerse oír desde el interior del estrecho cubículo al tiempo que accionaba el grifo del agua caliente.

Bajo el chorro de la ducha, Silvia escuchaba cómo, poco a poco, las mujeres se iban despidiendo hasta dejar el vestuario vacío y en silencio. Diez minutos más tarde, con la mochila al hombro, ella misma lo abandonaba y se reunía con sus compañeros ante el mostrador de recepción.

—Vamos a tomarnos unas cañas, ¿te vienes? —le preguntó Carlos, el entrenador de los culturistas, cuando la vio aparecer.

—¡Uuuf, qué va! Estoy cansadísima y deseando llegar a casa —respondió, repartiendo besos y abrazos y excusándose por no acompañarlos—. Hasta el mes que viene, gente, disfrutad de las vacaciones —se despidió de camino a la salida acristalada, tras la que aguardaba su *Burgman* negra de 125c.c.

Le gustaban las motos desde siempre; aún recordaba los paseos que, siendo una niña, daba con su vecino Sergio. El pobre chico se había ganado más de una bronca por su causa, pero ella se había divertido muchísimo montando en la vieja *Puch Condor* del muchacho. Conseguir que años más

tarde le compraran una *Derbi Variant* para ir al instituto no había sido fácil, aunque al final se había salido con la suya y desde entonces siempre había tenido dos ruedas sobre las que moverse, recordó sonriendo bajo el casco mientras sorteaba el tráfico y tomaba la salida hacia Moratalaz.

Apenas veinte minutos después de abandonar el gimnasio abría la puerta del apartamento en el que había crecido y que ahora le pertenecía. La grave afección coronaria que su padre sufría, le había obligado a jubilarse y llevar una vida mucho más controlada y tranquila, motivo por el cual, el matrimonio, había decidido regresar al pueblo de forma permanente, dejándola a ella a su aire, en Madrid. Le encantaba la independencia que con ello había conseguido, pero no podía negar que, preocupaciones por la salud de su padre aparte, les echaba de menos y añoraba tener alguien con quien charlar al regresar a casa, reconoció para sí recorriendo el largo y silencioso pasillo, camino de su dormitorio.

Con un melancólico suspiro, dejó la mochila sobre la cama cubierta con una vistosa colcha de vivos colores y se quitó la cazadora, que guardó en el armario antes de encender el ordenador. Sin prisa, se desprendió de los vaqueros y la camiseta sustituyéndolos por un fresco y cómodo pijama de gatitos, vació la bolsa de deporte y se fue a poner la lavadora antes de regresar a la habitación y sentarse a revisar el correo electrónico. En ello estaba cuando se activó el *chat*. Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba al ver que se trataba de Marina.

—*Hola guapa.*

—*Hola, Marina.*

—*Ahora mismo estaba pensando en llamarte y he visto que te conectabas, ¿qué se siente al estar de vacaciones?*

—*Aún no me ha dado tiempo a asimilarlo.*

—*Pasado mañana me voy para Asturias. ¿Te vienes?*

—*Estás loca. ¿Cómo me voy a ir contigo?*

—*Mis padres se van quince días a Italia. Pelayo y yo nos vamos solos a la playa...vente con nosotros. Porfa, porfa. ¡¡¡Será divertido!!!*

—¿¿??

—*No te lo pienses tanto y ámate.*

—*¿Cuándo dices que nos vamos?*

—*:D :D Pasado mañana.*

—*Comemos juntas mañana y hablamos.*

—*OK.*

Sentada frente a un revuelto de ajetes tiernos y una ensalada de tomate, queso fresco y aceitunas negras, aderezada con orégano y aceite de oliva virgen extra, iba tomando nota mental de cuanto necesitaba para la breve escapada. La idea de pasar unos días en Asturias junto a Marina y Pelayo cada vez le resultaba más atractiva.

Marina y ella se conocían desde el instituto, era su mejor amiga y a pesar de tener veinticinco años, cuando estaban juntas solían comportarse como un par de alocadas adolescentes. Físicamente eran como el día y la noche. Marina tenía una preciosa melena rubia y unos maravillosos ojos azules, nariz recta y labios llenos. Alta y delgada, era toda sensualidad al moverse. Silvia, por el contrario, era morena, llevaba el pelo corto, y tenía los ojos oscuros con una bonita forma almendrada. Unas graciosas pecas le cubrían el puente de la pequeña nariz que descansaba sobre unos labios bien definidos y no demasiado grandes. Era un poquito más baja que su amiga, aunque igualmente esbelta. Sus movimientos eran elásticos y dinámicos; al verla moverse no era complicado adivinar que practicar algún tipo de deporte.

Pelayo, dos años mayor, guapo, desenfadado y juerguista, era el acompañante ideal para ellas; imposible no divertirse teniéndole cerca. Definitivamente iban a ser unas mini vacaciones estupendas, se dijo entusiasmada recogiendo los platos que acaba de lavar.

Cuando el portero automático sonó, Silvia no pudo evitar mirar la hora: las diez en punto. Una sonrisa divertida estiró sus labios al imaginar lo mucho que Pelayo habría tenido que bregar con su hermana para llegar justo a la

hora acordada.

—¡Ya bajo! —canturreo a través del telefonillo sin molestarse en preguntar quién llamaba.

—¿Tienes pensado quedarte a vivir allí? —Pelayo enarcó una de sus doradas cejas al comprobar el peso de la pequeña maleta que Silvia acaba de pasarle.

—Una mujer debe estar preparada para cualquier eventualidad —respondió con teatral gravedad, consciente de que Pelayo llevaba razón y se le había ido la mano con el equipaje.

—Entre mi hermana y tú estáis preparadas hasta para la Tercera Guerra Mundial —protestó sin perder el buen humor.

—Deja de quejarte y vámonos —intervino Marina dándole un rápido achuchón a Silvia antes de volver a meterse en el coche—. Aún tenemos cinco horas de viaje por delante —le recordó asomando la cabeza por la ventanilla.

Pelayo puso los ojos en blanco mientras cerraba el maletero.

—Échale cuatro, y parando para comer —susurró el joven al pasar junto a Silvia de camino a su lugar tras el volante.

—¡Te he oído! —No era cierto, pero conociendo a su hermano estaba segura de que algo habría dicho.

—¡Qué orejas más grandes tienes, hermanita!

—¡Imbécil!

—No, ahora tú tenías que decir: son para oírte...

—Mira que puedes llegar a ser tonto —lo cortó Marina con una mueca de fingido desdén. Silvia, acostumbrada a las inofensivas trifulcas de los Inclán, se limitó a ponerse el cinturón de seguridad sonriendo y ninguna intención de mediar entre ellos.

A pesar de la bravuconería de Pelayo, el viaje transcurrió sin sobresaltos ni prisas, sazonado con bromas y risas que no impedían a Silvia, sentada en la parte de atrás, disfrutar del dorado paisaje de Castilla que, a medida

avanzaban hacia el norte, se tornaba más agreste y colorista, plagado de montañas y prados color esmeralda, bajo un cielo salpicado de blancas y esponjosas nubes. Todo a su alrededor parecía tener un brillo especial y sus ojos volaban de un punto al siguiente, tan absorta y fascinada, que dejó de escuchar las puyas de los dos rubios que iban en la parte delantera del vehículo.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Marina señaló un punto al final de la estrecha y sinuosa carretera por la que circulaban.

—Ya hemos llegado. Es allí.

Los setos que rodeaban la finca solo permitían ver el piso superior de la vieja casa familiar, donde una galería de madera recorría de un extremo a otro la blanquísima y cuidada fachada.

—Bienvenida a Santa María del Mar —dijo Pelayo con tono solemne pero sin perder el brillo travieso de sus ojos azules.

Al atravesar el portón automático de la entrada, Silvia pudo contemplar por fin el resto del edificio. La puerta, de color verde, estaba escoltada por dos ventanas de doble hoja de las que pendían unas finas cortinas de lino que otorgaban al conjunto un encantador aspecto rústico. Un par de pilares de madera sostenían el corredor superior convirtiendo la entrada en un sencillo porche. A la derecha de la casa y de construcción más reciente que esta, se encontraba el garaje.

No era una finca demasiado grande, pero contaba con una buena porción de verde y brillante césped y, por Marina, Silvia sabía que en la parte de atrás de la casa había una pequeña piscina que el señor Inclán había construido años atrás para sus hijos.

Estaba tan ensimismada observando todo cuanto le rodeaba que se sorprendió al oír la abrupta exclamación de los otros dos.

—¡Mierda! —dijeron al unísono.

—¿Qué pasa? —Asomó la cabeza por entre los sillones delanteros y siguió

sus miradas hacia el interior del garaje—. ¡Guau! —exclamó impresionada, con los ojos abiertos como platos al descubrir la *BMW GS1200*, gris granito y *topcase* de aluminio, que había en el interior—. Nunca has mencionado que tuvieras moto —le reprochó a Pelayo dándole un golpe en el hombro, pero sin despegar la vista de la maravillosa máquina.

—No es mía —refunfuñó, dedicándole una mirada casi ofendida a través del retrovisor.

—Ah, ¿no? —Su entusiasmo se desinfló al instante, presa de la decepción.

—Es de Jandro —apuntó Marina—. Y si su moto está aquí...

—Él también —remató Pelayo.

Silvia frunció el ceño al no comprender la actitud de sus amigos.

—Mi hermano, mi otro hermano... el mayor —aclaró la rubia, malinterpretando la expresión confundida de Silvia.

—Ya sé que Alejandro es tu hermano mayor. —No lo conocía personalmente, pero sabía más que de sobra que eran tres hermanos y que se llevaban genial entre ellos, por esa razón le extrañaba su descontento—. ¿Por qué os molesta? Siempre he creído que teníais buena relación —comentó bajándose del coche.

—Nos llevamos de fábula —confirmó Pelayo—, pero con él aquí posiblemente no será igual de divertido —admitió, acompañándola a la parte de atrás del coche para sacar las maletas.

—¿Acaso os controla? —La incredulidad de su voz se reflejó también en su rostro. Era poco lo que sabía del mayor de los Inclán, pero no lo veía en el papel de niñera.

—No, Jandro anda a su aire —reconoció Marina—, y lo más probable es que él tampoco supiera que nosotros íbamos a venir. —Se encogió de hombros, haciéndose con su maleta y abriendo la marcha hacia la casa sin darle más vueltas al asunto.

Antes de seguirla, Silvia echó una última mirada a la moto y una idea comenzó a formarse rápidamente en su cabeza al tiempo que un cosquilleo de

excitación le sacudía el estómago.

—¿Le importará llevarme a dar una vuelta en ella? —Apenas fue consciente de haberlo dicho en voz alta.

—Supongo que no —respondió Pelayo situándose a su lado—. Seguro que le encantará conocerte y saber que te gustan las motos casi tanto como a él —añadió sin demasiado entusiasmo, poniendo los ojos en blanco al ver la radicante sonrisa que iluminó el rostro de Silvia. Nunca entendería aquella pasión por las dos ruedas; donde estuviera un buen coche...

—¡Genial! —festejó entrando en la casa y preguntándose el motivo por el que Marina nunca le había hablado de los gustos de su hermano sabiendo que coincidían con los suyos. Aunque Alejandro y las motos no solían ser tema de conversación cuando estaban juntas, del mayor de los Inclán solo sabía eso: que era el mayor, arquitecto y que hacía años que se había independizado.

De repente, y quizás por la presencia de la *BMW*, su curiosidad se había despertado, deseando averiguar más sobre su persona. ¿Se parecería físicamente a sus hermanos? ¿Sería tan divertido y guapo como ellos? Cabía esperar que así fuera, teniendo en cuenta que Marina era preciosa y que Pelayo no se quedaba atrás con su pelo rubio, sus chispeantes ojos y aquella sonrisa que seguro había roto más de un corazón.

—¿Qué os parece si dejamos las maletas y vamos a la playa a darnos un chapuzón? —propuso Pelayo, interrumpiendo los pensamientos de Silvia.

—¡Me apunto! —se apresuró a decir Marina dando saltitos en mitad del estrecho pasillo de entrada.

—Y yo. —Le entusiasmó la idea de zambullirse en el mar.

—Os doy cinco minutos para que os cambiéis, si no me iré sin vosotras —les advirtió Pelayo subiendo ya las escaleras hacia el piso de arriba.

Silvia, en el dormitorio que le habían asignado en la planta baja, dejó la maleta sobre la antigua cama de forja y buscó un bikini sin detenerse a

contemplar los coquetos cuadros de flores bordadas que colgaban de las paredes y que hacían juego con el cojín que reposaba sobre la almohada, ni reparó en el armario de dos puertas y la cómoda de castaño que completaban, junto con la mesilla de noche, el mobiliario del rústico cuarto.

—¿Estás lista? —La cabeza de Marina apareció en el hueco de la puerta.

—Sí. —Terminó de calzarse las sandalias y acomodó los tirantes del vaporoso vestido de flores antes de echarse la toalla al hombro.

Capítulo 2

Junto a la finca, atravesando los irregulares y verdes prados en dirección a la costa, transcurría un estrecho y empinado sendero que permitía el acceso a la playa sin necesidad de utilizar la carretera. Desde el práctico atajo podía verse el mar y el olor a salitre ya llegaba hasta ellos arrastrado por la suave brisa, acompañado por el sonido de las olas al estrellarse contra el escarpado litoral.

Qué diferente se sentía aquel mar que se extendía ante sus ojos, comparado con el que ella conocía, pensó Silvia llenando los pulmones con una bocanada del salobre aire que parecía darles la bienvenida a la alargada playa de blanca arena que no tardaron en divisar. Tendría unos trescientos o cuatrocientos metros y un pequeño riachuelo, en el que los más pequeños chapoteaban, desembocaba en su margen izquierdo.

El mosaico de colores formado por sombrillas, toallas y bañadores saturó sus pupilas y ahora el olor de las cremas bronceadoras se fundía con el del mar. Le encantaba esa amalgama de aromas tan típica del verano en las zonas costeras y que en esos momentos, mientras descendían por entre los riscos del pequeño acantilado, traía a su mente entrañables recuerdos de los veranos en el sur.

—Aquí mismo. —Pelayo extendió la toalla en el primer hueco que encontró libre; las chicas le imitaron sin nada que objetar al respecto. Marina se sentó para quitarse los playeros y Silvia, de pie, observaba el mar y a los bañistas que saltaban y jugaban entre las olas mientras se desembarazaba sin esfuerzo de las sandalias.

—¡Hum! No me habías dicho que en Asturias había hombres tan guapos —comentó mirando al que salía del agua en aquel momento.

—¿Dónde? —Marina estiraba el cuello con interés mientras sus dedos deshacían las lazadas de las deportivas.

—A dos olas de la orilla —especificó guasona, desprendiéndose con un rápido movimiento del vestido playero sin dejar de observarlo.

Era guapísimo y tenía un cuerpo espectacular. El bañador, blanco y estampado con una única flor de color rosa en el lateral de una de las perneras, se ajustaba a la perfección a su estrecha cadera y el agua que resbalaba sobre la dorada piel, acentuaba el relieve de cada uno de los perfectos y definidos músculos. El cabello, oscuro y desordenado, goteaba sobre un rostro tremendamente masculino, donde unos ojos de un azul imposible resaltaban, incluso a aquella distancia, como dos faros en mitad del océano.

—No lo veo —insistió Marina situándose a su lado y colocando la mano sobre los ojos a modo de visera.

—Estás ciega, bonita, si no ves a ese pedazo de tío que... ¡nos está mirando! —celebró, sintiendo una corriente de excitación por el cuerpo al percatarse de que también parecía dirigirse hacia ellas.

—Al único que veo es a mi hermano —protestó Marina desilusionada volviéndose hacia Silvia y estallando en carcajadas al descubrir la dirección en la que su amiga miraba y la cara de sorpresa que lucía en aquel instante.

—¿Tu hermano? —consiguió balbucear con los ojos abiertos como platos sin dejar de mirarlo. Jamás hubiera sospechado que aquel imponente morenazo, que en nada se parecía a sus amigos, fuera Alejandro.

Pelayo, que hasta el momento no había prestado demasiada atención a las chicas, se giró y, al localizarlo, levantó el brazo a modo de saludo.

¿En serio aquel era el hermano mayor de Marina? ¿Tendría que vivir bajo el mismo techo que aquel Adonis? ¿De verdad iba a tener el valor de pedirle que la llevara a dar una vuelta en su moto? ¿Existía el amor a primera vista?, porque ella acababa de enamorarse. Esas preguntas invadían su cerebro mientras contemplaba fascinada cómo Alejandro Inclán acertaba la distancia que les separaba sin despegar los ojos de ella.

—Quita esa cara o pensará que eres mema —le susurró Marina justo antes de que les alcanzara, impidiéndole replicar. Hubo de conformarse con

entrecerrar los ojos y fulminarla con una fugaz mirada que la rubia, pendiente de su hermano, no captó.

—No sabía que vendríaís —comentó Alejandro besando a Marina en la cara.

Tenía una voz cálida, firme y tremendamente masculina que Silvia sintió reverberar a través de su pecho, ¿o era su propio corazón el que golpeaba de aquella manera sus costillas?

—Tampoco nosotros teníamos ni idea de que tú estarías aquí —dijo Pelayo estrechando la mano de su hermano y palmeándole la espada con afecto.

—Esta es Silvia —la presentó Marina—, ha venido a pasar unos días con nosotros.

—¿Tú eres la famosa Silvia? —Le tendió la mano, examinándola, una vez más, con una rápida mirada de abajo arriba que solo Silvia percibió y únicamente a ella le puso la piel de gallina.

—Sí... bueno, famosa no, pero sí soy Silvia —aclaró de forma atropellada, convencida de que Marina llevaba razón y aquel pedazo de hombre que mantenía su mano prisionera, estaría pensando que era tonta de remate.

—Llevo años oyendo hablar de ti y comenzaba a creer que eras una amiga imaginaria o algo por el estilo —bromeó. De haber sospechado cómo era la tan mencionada Silvia, habría insistido en que se la presentaran mucho antes, pensó acercándose para besarla en las mejillas.

El frío contacto la estremeció de pies a cabeza y la radiante sonrisa que lucía al apartarse de ella, sumada a lo electrizante de su mirada, a punto estuvo de provocarle una parada cardíaca. Necesitaba un par de segundos para rehacerse y responder sin parecer una ameba; Pelayo se le adelantó.

—Se ha enamorado nada más llegar.

«¿De qué demonios está hablando?», se preguntó Silvia volviéndose hacia el más joven de los dos hermanos con el ceño fruncido. ¿Tanto se le notaba?

—¡Vaya! Eso sí que es rapidez —exclamó Alejandro enarcando una ceja sin disimular su asombro ni apartar los ojos de ella.

—De tu moto —aclaró el rubio. Aliviada, Silvia esbozó una apurada y cómica sonrisa. Menos mal que no había abierto la boca o hubiera metido la pata hasta el fondo.

—Está deseando que la lleves a dar una vuelta —intervino Marina colocándola de nuevo en un aprieto. Lo que decían era cierto y sin embargo en ese instante, deseó que la tragara la tierra o se la llevara un golpe de mar. Si Alejandro respondía con un «no» se moriría de vergüenza y todo por culpa de aquel par de...

—Será un placer.

—¿En serio? —Sonrió de oreja a oreja, brincando mentalmente e indultando a sus amigos de la despiadada muerte que había comenzado a planear para ellos por ser unos bocazas.

—Cuando quieras estamos a tú disposición —se ofreció con voz pausada, los ojos fijos en los suyos y una incipiente y seductora sonrisa en los labios.

¿Realmente su voz había adquirido aquel matiz insinuante que le acababa de erizar los pelillos de la nuca o solo eran imaginaciones suyas?, se preguntó Silvia sosteniéndole la mirada e igualando, de manera inconsciente, la atrayente curva de la boca masculina.

—¿Qué tal está el agua? —preguntó Marina, ajena al efecto que Alejandro estaba provocando en su amiga, imaginando que su entusiasmo obedecía a la promesa de un paseo en la dichosa moto.

—Estupenda —le respondió Alejandro, obligándose a volver la vista hacia ella.

—Genial —celebró Pelayo—. ¿Te vienes?

—Quizás más tarde, ahora necesito entrar en calor —mintió. El frío que sintiera en el agua había desaparecido en el instante que notó sobre él la descarada mirada de la morena.

—Tú te lo pierdes —dijo Pelayo encogiéndose de hombros.

—Tráete tus cosas —le propuso Marina. Alejandro asintió en silencio, observando de soslayo a Silvia que, para su satisfacción, continuaba pendiente de él, al menos hasta que su alocado hermano hizo de las suyas.

—Cobardica el último —proclamó Pelayo corriendo hacia la orilla tras darle a Silvia un pequeño empujón que, tomándola desprevenida, la hizo trastabillar.

—Verás cuando te pille... —gritó, reaccionando con rapidez e iniciando una persecución entre risas que restaban credibilidad a su amenaza.

—Son como niños —sentenció condescendiente Marina elevando los hombros para después, con idéntico alboroto, salir disparada tras los otros dos que ya se salpicaban mutuamente con el agua helada.

Alejandro, entre divertido y decepcionado por la facilidad con que Pelayo había acaparado la atención de la escultural morena, los observó sin sorprenderse lo más mínimo al ver cómo su hermano la cargaba sobre uno de sus hombros y continuaba adentrándose en el mar, ignorando sus pataleos y coreando sus carcajadas hasta que ambos fueron engullidos por la enorme ola que, en cuestión de segundos, también hizo desaparecer a Marina bajo el remolino de burbujeante espuma. Aprovechó el momento para ir en busca de sus pertenencias y unirse al grupo, preguntándose si la actitud desenfadada de Pelayo y Silvia obedecía a la confianza fruto de la amistad o a algo más íntimo entre ellos. Recordar la intensidad con que lo había mirado, recorriendo cada centímetro de su cuerpo sin cortarse ni un poquito, le llevó a decantarse por la primera opción; de tener una relación con su hermano jamás habría reparado en su presencia, decidió sin pretensión alguna, aunque tenía que reconocer que la joven le había impresionado.

La había visto apenas comenzaba a salir del agua y su esbelto cuerpo, cubierto con un diminuto bikini de rayas azules y blancas, había atrapado su atención; descubrir quién la acompañaba había sido una inesperada y agradable sorpresa que incrementó su curiosidad e interés por averiguar quién era y qué hacía con su familia. Y el impacto que había sufrido en las retinas cuando sus ojos se encontraron no dejó de sorprenderle. Habían sido contadas

las ocasiones en que experimentara algo similar y de eso hacía ya demasiados años; de hecho siempre había creído que ese tipo de sensaciones eran propias de la adolescencia, que con el paso de los años y la experiencia se perdía la capacidad de percibir la electrizante conexión que surgía con un simple cruce de miradas; por lo visto estaba equivocado, concluyó un tanto desconcertado. Y esto sin mencionar que de cerca resultaba mucho más atractiva. El desenfadado corte de pelo le sentaba de maravilla y las graciosas pecas que adornaban su naricilla le conferían un aire de picardía que tampoco le había dejado indiferente. Como tampoco lo había hecho la deliciosa fragancia que la envolvía y pudo percibir al acercarse a ella. Daba gracias por la oportuna intervención de Pelayo, de lo contrario habría terminado pegado a su cuello, olisqueándola y quedando como un idiota frente al trío que en esos momentos retozaba entre las olas como chiquillos.

No pudo reprimir una carcajada cuando, tras los infructuosos esfuerzos de las chicas por sostener a Pelayo sobre sus manos entrelazadas, terminaron, una vez más, arrollados por el bravo oleaje; reapareció uno por cada lado, muertos de risa y con ganas de volver a intentar la acrobacia. Durante una fracción de segundo, Alejandro, sintió deseos de unirse a ellos y su infantil pasatiempo, pero no lo hizo. No quería entrometerse y estropearles la diversión.

—Tenías razón —confirmó Pelayo tirándose sobre su toalla—, el agua estaba estupenda.

—Ha sido muy divertido, deberías haber venido con nosotros —añadió Marina desenredándose el cabello con los dedos mientras Silvia no necesitó más que una sencilla sacudida para conseguir su habitual e informal aspecto antes de sentarse junto a Pelayo y todo ello bajo la atenta mirada de Alejandro.

—Y a ti, Silvia, ¿te ha gustado nuestro mar? —le preguntó, recostándose sobre los codos y deslizando la mirada sobre la esbelta línea de su espalda salpicada de pequeños lunares, antes de que ella se girara, tumbándose boca

abajo para poder responder mirándole a los ojos sin que Pelayo se interpusiera entre ellos.

—Me ha encantado —reconoció sonriente—, no tiene nada que ver con el de mi tierra. —Alejandro elevó una ceja interrogante—. Málaga —le aclaró.

—¿Eres malagueña? Jamás lo hubiera imaginado —confesó elevando las cejas sorprendido.

—En realidad nací y crecí en Madrid, los malagueños son mis padres. Yo solo paso allí el verano —aclaró divertida, imaginando que la ausencia de acento era lo que le había despistado.

—Esta noche pensamos salir por Gijón, ¿te apuntas? —quiso saber Marina, ocupando al fin su lugar junto a Silvia e interrumpiendo, sin darse cuenta, la breve conversación que esta mantenía con su hermano.

Aunque la idea le resultó tentadora, Alejandro movió la cabeza de forma negativa.

—Tengo planes.

—Otra vez será —aseguró la rubia encogiéndose de hombros, sin la menor intención de insistir para hacerle cambiar de opinión, algo que Silvia lamentó de veras.

Capítulo 3

A pesar de haber regresado a las cinco de la madrugada, Silvia estaba en pie a las nueve. Se puso la ropa de deporte, se colocó el *mp4* y se fue derecha a la cocina; tras una noche de fiesta necesitaba reponer energía antes de salir a correr.

Alejandro llevaba un rato despierto cuando le pareció escuchar ruido en la planta baja y estaba seguro de que no era ninguno de sus hermanos; los había sentido llegar y sabía que continuaban en la cama. Por eliminación tenía que tratarse de Silvia; la curiosidad por averiguar qué estaría haciendo levantada a esas horas era demasiado grande como para quedarse donde estaba. Se apresuró a ponerse el pantalón del pijama que nunca usaba para dormir y unos segundos después descendía la escalera, pisando con cuidado para que la vieja madera no crujiera bajo sus pies descalzos delatando su presencia. La luz de la cocina y los sonidos procedentes de esta le indicaron dónde encontrarla.

No llegó a atravesar el umbral y, apoyado contra el marco de la puerta, observó fascinado cómo Silvia, ataviada con ropa deportiva, bailoteaba frente a la encimera de espaldas a él, preparándose el desayuno. La licra de la maya negra se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel, mostrando la perfección de un trasero que se movía al ritmo de la música que sonaba solo para ella a través de los auriculares. Permaneció inmóvil, contemplando embelesado su cuerpo y lo sexy de sus movimientos, consciente de que debía advertirle de su presencia antes de que se diera la vuelta y lo sorprendiera mirándola como un idiota; fue incapaz de moverse y mucho menos de pronunciar una sola palabra mientras sus ojos se deslizaban sobre la porción de piel desnuda de su espalda y la redondez de sus nalgas.

Tan ensimismado estaba que no se percató de la aparición de Pelayo hasta que este posó una mano sobre su hombro, sobresaltándolo.

—Está buena, ¿eh? —le susurró al oído con una sonrisa socarrona en los labios, dispuesto a entrar en la cocina. La mano de Alejandro cerrándose sobre su antebrazo se lo impidió.

—¿Estáis juntos? —La pregunta escapó de sus labios de forma involuntaria, olvidando que el día anterior ya había decidido que no había nada entre ellos y delatando su creciente interés ante su hermano que, divertido, le dedicó una enigmática sonrisa que no sirvió para aclarar sus dudas.

Con el ceño ligeramente fruncido, Alejandro lo vio acercarse a ella, deslizar una mano sobre la cintura descubierta y depositar un beso sobre su cuello antes de llevarse, con la mano libre, una de las tostadas con mermelada de albaricoque que había preparado para ella. Silvia se asustó ante el inesperado abrazo, aun así reaccionó con rapidez, estirando el brazo para darle una colleja al ladronzuelo sobón que se estaba apropiando de parte de su desayuno. Pelayo logró esquivar el golpe haciéndose a un lado y ofreciéndole a Silvia un magnífico primer plano del soberbio pecho del mayor de los Inclán, llenando el quicio de la puerta y sacudiéndola a ella por dentro.

—Buenos días —saludó, deleitándose con la visión del torso desnudo aprovechando que él miraba ceñudo a su hermano—. Creí que sería la única madrugadora. —Se quitó los auriculares, por educación y porque quería disfrutar de la cautivante y masculina voz de Alejandro.

—Yo solo he bajado a comer algo —dijo el rubio.

—Pues no será el resto de mi desayuno —le advirtió, protegiendo con la mano la tostada que quedaba en el plato.

Soltando una carcajada, Pelayo abrió uno de los armarios, se hizo con un par de bollos, volvió a besar a Silvia, esta vez en la mejilla y, guiñándole un ojo a su hermano, se fue por dónde había llegado.

—Hasta luego —se despidió desde el pasillo sintiendo la mirada de Alejandro taladrándole la nuca.

—¿Tú también has venido a comer? —preguntó en cuanto se quedaron

solos.

El frunce entre las cejas de Alejandro desapareció en el instante que se topó con la chispeante mirada de Silvia. Un cosquilleo, y no precisamente de hambre, le recorrió el estómago al ver la espectacular sonrisa con que aguardaba su respuesta.

—No —negó con la vista clavada en su boca, notando que la suya comenzaba a secarse—, sentí ruido y bajé a...

—Lamento haberte despertado —se disculpó mordiéndose el labio inferior con pesar. Porque lo sentía de veras, aunque no podía negar que un desayuno con «vistas» era una muy buena manera de comenzar el día.

—No te preocupes —dijo obligándose a apartar los ojos de aquel labio con sabor a melocotón que ya imaginaba entre sus propios dientes—, ya estaba despierto. Sentía curiosidad por ver quién era el madrugador. Después de la hora a la que regresasteis pensé que no os vería el pelo hasta el mediodía —aclaró, devolviéndole la sonrisa—. ¿Tienes pensado salir a correr? —preguntó, aprovechando para examinarla de arriba abajo una vez más. Cuanto más la miraba más le gustaba aquel cuerpo de suaves curvas, piel sedosa y músculos bien tonificados que no le restaban ni un poquito de feminidad.

—Sí, es como una droga, necesito mi dosis diaria de ejercicio para ponerme las pilas o no soy persona —respondió antes de dar un mordisco a la tostada, ocultando así el placer que le provocaba sentir sus ojos sobre ella—. ¿Y tú? —inquirió al terminar el bocado—, pareces estar en forma. —Con una rápida ojeada confirmó lo que ya sabía: tenía un cuerpo de escándalo.

—Voy al gimnasio un par de veces por semana y a la piscina siempre que puedo. —Sonrió divertido por el repaso que acababa de darle.

Tenía que haberlo imaginado por la anchura de su espalda y lo estrecho de su cintura, se dijo Silvia masticando otro trozo de pan.

—¿Has competido? —quiso saber, llevándose la taza a los labios sin poder despegar los ojos de los asombrosos iris azules, aquel cuerpo no podía ser producto de una simple afición.

—Hace años, ahora solo practico por diversión; tuve una lesión que me

obligó a dejarlo durante una larga temporada y después no sentí deseos de volver —confesó sin saber muy bien por qué le estaba contando su vida.

—Es una pena, ¿no te arrepientes?

—No, estoy satisfecho con mi vida tal y como es en estos momentos.

—Eso es importante. —Recuperó la sonrisa que se trasladó a sus ojos cuando sus labios se escondieron tras la taza de café apurando su contenido —. Bueno, será mejor que me ponga en marcha.

—Ten cuidado —pidió haciéndose a un lado para dejarla pasar—. A estas horas no suele haber mucho tráfico, pero la carretera es estrecha y con curvas —apuntó acompañándola hasta la entrada, siguiendo la estela de su cautivador perfume, envidiando a Pelayo por tener libre acceso a su piel, a su olor... a ella.

—Gracias, lo tendré en cuenta —dijo risueña, volviendo a ponerse los auriculares y dejando que sus ojos entornados recorrieran una vez más el atlético tórax antes de alzar la mano para despedirse.

Iniciando un suave trote, se obligó a no volver la vista atrás para comprobar si continuaba en la puerta, mirándola, pero deseando que así fuera. Para qué negarlo: le gustaba, y mucho, el hermano de su amiga.

Alejandro aguardó en el porche hasta que Silvia atravesó la cancela y desapareció de su vista tras la primera curva, privándole del maravilloso espectáculo que suponía contemplar su firme trasero mientras imaginaba el rítmico movimiento de sus pechos con cada larga zancada. Sí, Pelayo tenía razón: estaba muy buena.

Tras casi dos horas de carrera por la serpenteante carretera, su sudoroso y extenuado cuerpo pedía a gritos un enorme vaso de agua y una ducha que sabía la dejaría como nueva. Con esa idea en la cabeza enfiló el último tramo del camino hacia la casa. Descubrir la *GS* aparcada frente a la entrada le hizo olvidarse de la ducha, el cansancio y la sed. Poco a poco redujo la cadencia de sus pasos hasta detenerse frente a ella y acariciar con reverencia la

brillante superficie. Incluso parada podía percibir la fuerza de aquella máquina. Imaginar a su propietario sobre ella la sacudió por dentro. La estampa, aunque supuesta, resultaba impactante. Cerró los ojos y, deslizando los dedos sobre el asiento de cuero gris, se recreó con la imagen que se había formado en su mente.

—Al final va a ser cierto que te has enamorado.

La profunda voz que sonó a su espalda le obligó a abrir los ojos, sintiéndose ridícula; debería haber contado con que él no andaría demasiado lejos.

—Es preciosa —señaló, girándose y componiendo una estupenda sonrisa que le costó mantener al verlo ataviado con unos vaqueros desgastados y una cazadora de cordura azul y negra que acentuaba la anchura de sus hombros y le hacía parecer aún más imponente.

—Sí, preciosa —convino con tono desenfadado, una ladeada sonrisa que robaba el sentido y los ojos deslizándose sobre su cuerpo hasta alcanzar su mirada—. Voy a dar una vuelta —anunció, inclinando ligeramente la cabeza para lanzar una rápida ojeada a las ventanas superiores que continuaban con las persianas cerradas—, y esos dos no parecen tener prisa por levantarse —comentó, mirándola de nuevo—. ¿Te apetece acompañarme?

Durante una fracción de segundo, Silvia, con los ojos como platos, el corazón latiendo a un ritmo frenético y el cerebro funcionando a toda máquina para asimilar la pregunta, no supo qué decir, pero tan solo fue eso: un instante. De inmediato una enorme sonrisa le iluminó el rostro y tuvo que contenerse para no ponerse a dar saltos de alegría.

—Dame un cuarto de hora —pidió corriendo hacia la casa sin darle opción a replicar, no se fuera a arrepentir del ofrecimiento. Le acababa de brindar una oportunidad que no pensaba desaprovechar.

—Me lo tomaré como un sí —dijo tras una suave carcajada.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando Alejandro la vio

reaparecer, vistiendo unos ajustados tejanos que le sentaban de muerte y una entallada cazadora de cuero negro. Con el pelo corto algo alborotado y aquella indumentaria, tenía un atractivo aspecto de macarrilla, aunque, pensó Alejandro, seguro que resultaba igual de irresistible con cualquier cosa que se pusiera.

—Podemos irnos cuando quieras —anunció resuelta, pero atando corto el entusiasmo que la impulsaba a dar saltitos de emoción, palmas y, si se dejaba llevar, lanzar algún que otro eufórico grito. No quería dar imagen de inmadura o que la creyera tonta del bote, aunque por la mueca divertida de sus labios sospechaba que era eso precisamente lo que pensaba. «Y con razón», se dijo riéndose de sí misma por lo absurdo de su comportamiento, ni que fuera la primera vez que se subía a una moto, aunque en esta ocasión, la compañía justificaba más que de sobra el entusiasmo.

—Pues vámonos —convino, logrando a duras penas liberarse del chispeante embrujo de los ojos pardos, entregándole un casco de color negro idéntico al suyo. Podría pasar el resto de la mañana prendido de los iris color chocolate o aprovechar la ocasión de estar a solas y averiguar más cosas sobre aquella despampanante mujer, decidió poniéndose el casco y subiéndose a la moto.

«Definitivamente, esto tiene que ser amor», se dijo Silvia contemplándolo embobaba. No se había equivocado al imaginar lo impresionante que se vería sobre la *BMW*. Resultaba irresistible.

—¿Algún problema? —preguntó extrañado al verla inmóvil, con el casco aún entre las manos y observándolo de una manera que no supo interpretar. ¿Se estaría arrepintiendo? Rezó, inconscientemente, para que no fuera así.

—¿Puedo fiarme de ti? —La absurda pregunta fue lo primero que se le ocurrió soltar para salir del paso. Aguardó su respuesta con los ojos entornados y una cómica mueca de recelo.

—Si te refieres a la moto sí, puedes confiar en mí. —La voz, tras el casco, sonó con una calidez que contradecía el brillo malicioso de sus increíbles ojos azules.

Silvia soltó una breve carcajada, imaginando la sonrisa sesgada que seguro curvaba los labios que por desgracia no veía.

—Y de otra manera, ¿también puedo fiarme? —inquirió siguiéndole el juego, aunque coquetear no era propio de ella. Ni se le daba bien.

—¿Tú qué crees?

La mirada azul se volvió más intensa y a Silvia comenzaba a sobrarle la cazadora.

—No responderé más que en presencia de un abogado —bromeó, escurriendo el bulto. Definitivamente lo de tontear no se le daba.

—Lo más parecido a un abogado que encontrarás por aquí, continúa en la cama —sentenció Alejandro jocoso, apuntando hacia la habitación de Pelayo sin apartar la vista de ella.

—Entonces, tendré que confiar en que te portarás como un caballero —dijo, guiñándole un ojo antes de ponerse el casco, colocar el pie en la estribera y la mano sobre uno de los hombros reforzados con las protecciones de la cazadora, para alzarse hasta su lugar en la parte de atrás.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres? —El tono lastimero y la compungida mirada que le dedicó por encima del hombro la hicieron soltar una carcajada por toda respuesta—. De acuerdo, intentaré ser un buen chico —concedió riendo a su vez, accionando el botón de arranque.

El rugido del motor fue música celestial para los oídos de Silvia y la única señal que necesitó para acomodarse de forma adecuada sobre la parte trasera del asiento, colocando las manos sobre los costados del piloto.

Alejandro, satisfecho con la postura de Silvia, enfiló el camino hasta la carretera, acelerando al alcanzarla. Le encantaba la sensación que le provocaba conducir por Asturias; las carreteras eran perfectas, estrechas y con sinuosas curvas que le hacían disfrutar al máximo de su control sobre la máquina. Ahora, con Silvia tras él, se lo tomó con calma; debía averiguar cuál era su comportamiento como pasajera, si se movía demasiado o a destiempo, podría costarles una caída.

Curva tras curva, confirmó que la morena sabía ir de paquete, ajustándose

a sus maniobras con tanta fluidez y naturalidad que casi parecía que viajara solo... casi. Era demasiado consciente de su presencia, de las esbeltas piernas pegadas a sus muslos y de las pequeñas manos que se posaban, sin presionar, sobre su cintura, dando un nuevo significado al goce de pilotar su moto.

«Céntrate en la carretera, chaval», se amonestó sacudiendo ligeramente la cabeza para apartar de ella los sugerentes pensamientos que empezaban a tomar forma y amenazaban con distraerlo más de lo recomendable y que, sin él saberlo, se parecían demasiado a los de Silvia.

La velocidad, la destreza de Alejandro y su magnífico cuerpo entre sus piernas, estaban resultando ser una combinación explosiva y muy, muy erótica.

Capítulo 4

Eran las dos y media de la tarde cuando sobrepasaban el cartel de Cangas de Onís. Alejandro abandonó la concurrida calle principal tomando el primer desvío a la derecha y aparcó en el primer hueco que encontró libre. En cuanto el motor se detuvo, Silvia, utilizando de nuevo los hombros de Alejandro como punto de apoyo, se bajó de la moto y se desprendió del casco. Apenas puso los pies en el suelo, sus piernas, ligeramente entumecidas y temblorosas, acusaron los efectos de la postura mantenida durante el trayecto haciéndole trastabillar al primer paso.

—¡Cuidado! —En un acto reflejo, Alejandro, alargó el brazo que tenía libre para sujetarla—. ¿Te encuentras bien? —Su voz, afectada aún por los eróticos pensamientos que la presencia de Silvia habían provocado, sonó más grave de lo habitual.

—Sí —asintió sosteniéndole la mirada, demasiado consciente de la mano que descansaba sobre su cintura. De haberse tratado de Pelayo ni lo habría advertido, pero no era el rubio el que la sostenía a tan corta distancia de su cuerpo que podía oler la seductora fragancia, amaderada y ligeramente cítrica de su *after shave*—, la falta de costumbre —aclaró intentando sonar desenfadada, arrepintiéndose de haberle pedido que se comportara como un caballero. «Menuda tontería», pensó decidiendo si dar o no el primer paso para hacer desaparecer la escasa distancia que separaba sus bocas.

Alejandro, tras el delicioso tormento de sentirla a su espalda durante más de dos horas, desbocando su imaginación y calentándole la sangre, se resistía a soltarla y alejarse de aquellos labios que, como un potente imán, tiraban de él. Los tenía tan cerca, cada vez más, que podía sentir su aliento acariciándole tentador la barbilla. Tan solo unos centímetros los separaban, casi se rozaban, la sangre le burbujeaba de anticipación, un simple movimiento y...

—¡Ey... ese motero! —El repentino e inoportuno grito, acompañado del

sonido de bocinas y tronar de motores, hizo estallar la frágil burbuja que se había formado en torno a ellos, echando a perder el momento. De haber sabido jurar en arameo, Silvia lo habría hecho. Les habían dado un buen susto y Alejandro se había apartado de ella como si quemara, lamentó mirando con inquina a la recua de moteros que desfilaban ante ellos.

—Ven —pidió Alejandro rozándole apenas el brazo para captar su atención, señalando la avenida central con una sonrisa torcida asomando en los labios que Silvia no supo interpretar—, vamos a tomar unas cañas.

—Buena idea —coincidió con una cómica mueca de resignación, notando la garganta reseca. ¡Habían estado a punto de besarse! Porque habían estado a punto de hacerlo, ¿verdad?, se cuestionó ajustando sus pasos a los de Alejandro para no perderse entre el gentío. Estaba casi segura de que sí, pensó mirándolo de soslayo, conteniendo la sonrisilla que pujaba por asomar a sus labios. Aunque para haber estado a punto de comerle la boca en mitad de la calle se le veía demasiado poco *efusivo*, caviló dudando si no habría sido todo producto de su imaginación y lo que había creído una eternidad entre sus brazos, atrapada por la intensidad de su mirada, con el pulso enloquecido y el estómago convertido en una masa gelatinosa que se estiraba y encogía a capricho a la espera de sentir el roce de sus labios, no fueran más que un par de segundos en los que nada, aparte de su desorden interno, había pasado. «Me quedo con la duda... y las ganas», pensaba justo en el momento que Alejandro señalaba la terraza de una cervecería. Silvia aceptó la sugerencia con una sonrisa.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó sin ceremonias la camarera sosteniendo en alto la bandeja cargada de vasos vacíos.

—Una caña —pidió Silvia distraída.

—Una cerveza sin alcohol, por favor.

A pesar de continuar dándole vueltas a lo que había, o no, estado a punto de ocurrir, no dejó de fijarse en que además de educado, su acompañante era prudente.

«Otro punto a su favor», se dijo observando, ensimismada, cómo se

quitaba la cazadora. La camiseta negra, en la que se podía leer *Normal is boring*, le sentaba de maravilla, «cómo no», pensó conteniendo un suspiro digno de una *grupi* ante su ídolo.

Alejandro intentaba deshacerse de los tórridos pensamientos que asaltaban su cabeza, tarea en absoluto sencilla cuando la mujer que los ocasiona te encañona el pecho con sus almendrados ojos color chocolate. Unos ojos que al saberse observados se elevaron para reunirse con los suyos. Y allí estaba de nuevo aquella especie de sacudida en el centro mismo de sus pupilas. Tan física y tangible como una caricia, tan... tan nada porque Silvia había dejado de mirarle para pasear la vista por la plaza repleta de terrazas.

—¿Por qué hay tanta gente en este pueblo? —curioseó sin dejar de mirar a su alrededor. Necesitaba apartar los ojos de él y de aquella mirada suya que robaba el aliento o no lograría comportarse con la naturalidad que la situación demandaba. Aquello no era una cita, se recordó. Que estuvieran allí juntos obedecía tan solo a la casualidad y las buenas intenciones del mayor de los Inclán. Sabía que deseaba probar su moto y le había ofrecido acompañarlo. Punto, se dijo dando el tema por zanjado y negándose la opción de hacerse ilusiones al respecto.

—Aquí siempre hay gente, sobre todo en verano —respondió repasando el delicado perfil de su rostro, demorándose en los pequeños y tentadores labios que minutos antes y demostrando una total falta de autocontrol, había estado a punto de besar sin detenerse a pensar si aquella boca ya tenía dueño, algo que por supuesto le encantaría averiguar, pero que no era plan preguntar a bocajarro—. Cangas de Onís es parada obligatoria antes de llegar a Covadonga.

—¿Estamos cerca de Covadonga? —inquirió con cantarina sorpresa volviéndose hacia él.

—Sí, está aquí al lado. Pensaba llevarte después de comer. —Sonrió divertido por el repentino entusiasmo. Le agradaba aquel carácter desenfadado y espontáneo que le hacía sentir cómodo a su lado—. ¿O ya conoces el sitio? —quiso saber intrigado, pues el día anterior había asegurado

no haber estado nunca en el norte.

—De oídas nada más —confesó risueña—, por la etapa de la Vuelta Ciclista que sube a los lagos.

—¿Te gusta el ciclismo? —su voz reflejó asombro y escepticismo, no la veía como una aficionada a las bicis.

—¡Qué va! —Se apresuró a negar con gesto de espanto—. El fanático es mi padre. Cuando ponen ciclismo en alguna cadena, dejan de existir el resto de canales —apuntó poniendo los ojos en blanco. La carcajada de Alejandro recibió a la camarera que, casi a la carrera, regresaba con las consumiciones.

La mano de Alejandro voló hacia uno de los bolsillos del tejano al tiempo que la de Silvia se perdía en el interior de la cazadora que sostenía sobre las piernas; dos segundos después un billete ondeaba en cada una de ellas mientras la camarera dejaba las cervezas y un platito con aceitunas sobre la mesa. Alejandro, aprovechando la ventaja que le daba tener a la empleada del bar más cerca, soltó el dinero en la bandeja.

—La próxima corre de tu cuenta —propuso ante el ceño fruncido de su compañera, antes de que pudiera protestar.

—Trato hecho —sentenció tras sostenerle la mirada y convencerse de que no se trataba de una argucia con la que evitar una discusión.

—¿Eres de las que se ofende cuando un hombre te invita? —inquirió suspicaz antes de llevarse el botellín a los labios, pendiente siempre de ella y sus reacciones.

—Para nada —respondió, envidiando la privilegiada posición de la boca de vidrio—, pero debería pagar yo, es lo menos que puedo hacer para agradecerte el paseo.

«No es precisamente agradecimiento lo que ansío de ti en estos momentos».

—Ha sido un verdadero placer —declaró con aquella cálida voz que lograba licuarle las entrañas—, viajar solo no siempre resulta divertido —continuó con aparente normalidad, demostrando que en sus anteriores palabras no había doble sentido por mucho que a ella le hubiera gustado que

así fuera, pensó tomando un largo trago de cerveza con el que paliar la sed que la acosaba desde hacía un buen rato.

—¿Hace mucho que no te subes a una moto? —El comentario que hiciera mientras la sostenía pegada a él, le hacía suponer que así era.

—Sí y no. —Sonrió ante la inquisitiva mirada que Alejandro le dedicó por su breve y contradictoria respuesta—. Tengo moto propia, pero hacía tiempo que no iba de paquete.

Debería haberlo sospechado, alguien con pasión por las dos ruedas no se conformaría con ser una simple acompañante y dispondría de vehículo propio. Podía imaginarla sorteando el tráfico madrileño sobre una bala verde.

—Déjame adivinar: tienes una *Kawa*. —Su vaticinio fue recibido con una tintineante y subyugante carcajada.

—Casi aciertas —ironizó con una enorme sonrisa de diversión en los labios—, tengo una *Burgman* —aclaró sacándolo de dudas.

—Pues sí que me he acercado —se mofó de sí mismo y su falta de intuición.

—No es un pepino, pero me sirve más que de sobra para ir a currar y moverme por Madrid —declaró intentando no quedar atrapada por la maravillosa sonrisa que Alejandro lucía en aquel instante.

—No me gustan los *scooter* —confesó con naturalidad. Silvia no se molestó por el comentario del todo normal entre los moteros: un *scooter* no era una moto—, pero es cierto que para moverse por ciudad son lo más práctico —concedió tomando un nuevo trago de cerveza—. ¿Puedo preguntar en qué trabajas? —inquirió curioso apenas hubo despegado los labios de la botella.

—Sí, claro que puedes —exclamó mordaz, guardando un elocuente silencio que Alejandro, pendiente del pícaro destello de sus ojos, interpretó de inmediato. Resultaba ridículo pedir permiso para hacer algo que ya has hecho.

—*Touché* —reconoció sin perder la sonrisa—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —La diversión que burbujeaba en los iris azules y

tironeaba de la comisura de sus labios, contradecían la formalidad con que había repetido el interrogante.

—Por supuesto —aceptó ella ceremoniosa, siguiéndole el juego mientras sus miradas, incapaces de participar en la comedia, intercambiaban silenciosas risas.

—¿A qué te dedicas? —A pesar del humor que aún vibraba en su voz, su interés era real.

—Soy monitora de aerobio en el gimnasio Body Sport de la calle Toledo —respondió con orgullosa satisfacción, atenta a su reacción. Si esperaba ver desaprobación o algo similar, no tuvo suerte.

—Y lo adoras —sentenció convencido. No hacía falta ser demasiado suspicaz para darse cuenta de ello.

—Sí —reconoció risueña—. La mayoría piensa que no es un buen empleo pero a mí me encanta —señaló sin miramientos, ganándose una buena dosis de admiración por parte de Alejandro que siempre respetaba a las personas que, laboralmente, hacen lo que les gusta sin que les importe el qué dirán.

—Me apuesto la cabeza a que entre esa mayoría se encuentra Pelayo —apuntó socarrón, seguro de no equivocarse. A su hermano le encantaban las bromas, la fiesta y las mujeres, pero ello no le impedía mantener una posición excesivamente conservadora en lo tocante al tema laboral y siendo amigos como eran, si no algo más, a buen seguro que ya le habría dado su opinión sobre aquel empleo.

La carcajada de Silvia confirmó sus palabras.

—Qué bien lo conoces —comentó aún entre risas.

«Y tú, ¿hasta qué punto lo conoces?», se moría por preguntar, envidiando cada vez más a su hermano y la confianza que compartía con la morena que tenía frente a él.

—Le encantará saber que por fin he decidido preparar las oposiciones. —La mirada interrogante de Alejandro la animó a continuar hablando sobre el tema al que llevaba unos días dándole vueltas y que aún no había comentado con nadie. Le apasionaba su trabajo, pero era realista y sabía que no podría

mantener eternamente el actual ritmo de clases, sin mencionar lo inestable del puesto: hoy estaba de moda el aerobio y mañana «lo más» es la danza africana—. Por eso he pensado retomar los estudios a la vuelta de las vacaciones. —Se habían terminado las cervezas y ya recogían sus cosas para dejar la terraza.

—¿Y nunca te has planteado abrir tu propio gimnasio? —quiso saber mientras paseaban frente a las tiendas de recuerdos y productos típicos de la región, sorteando a los curiosos que parecían entrar y salir en manada de los establecimientos. Si tanto le gustaba lo que hacía, aquella podría ser una buena opción.

—No tengo madera de empresaria —descartó la idea sin perder la sonrisa—. Además, sería un paso arriesgado sin garantía de éxito. No, gracias.

—Qué cauta, ¿no te gusta el riesgo? —preguntó con intención al tiempo que posaba la mano sobre su esbelta espalda con la excusa de guiarla hacia una de las calles laterales. Tenían que elegir restaurante y allí había varios.

Silvia, acostumbrada a los inofensivos tonteos de Pelayo, no quiso dejarse engatusar por el brillo travieso de sus ojos, la sensual cadencia de su voz ni la leve curva de sus labios, era evidente que los hermanos se parecían más de lo que se podía apreciar a simple vista.

—Depende del momento y del tipo de riesgo —respondió con su habitual desparpajo y la mirada entornada, intentando no pensar en las sensaciones que provocaba aquella mano sobre su espalda.

Alejandro se limitó a esbozar una sonrisa, entendiendo de inmediato y gracias al brillo guasón de su mirada, que estaba demasiado acostumbrada al irreverente carácter de su hermano para tomar en serio su poco sutil provocación. Y no supo decidir si aquello le agradaba o por el contrario sería un inconveniente, no cuando aún no tenía claro hasta qué punto llegaba su interés por la joven.

—¡Es impresionante! —exclamó Silvia contemplando arrobada el

emblemático santuario erigido siglos atrás en la cueva que, justo encima de una ruidosa cascada, daba cobijo a la Virgen de Covadonga. Los turistas se hacían fotos ante la alta pared de piedra, de espaldas a la diminuta presa a la que después arrojaban monedas esperando ver cumplidos sus deseos, o encaramados sobre el pétreo lomo de los leones apostados a ambos lados de la carretera para custodiar, perezosos, el acceso a la impresionante basílica que dominaba el paisaje desde lo alto de la verde montaña y era visible a varios kilómetros de distancia. Silvia lamentó no disponer también de una cámara con la que inmortalizar aquel maravilloso día junto a Alejandro.

Haber pasado gran parte de la comida hablando de la pasión que compartían por las motos, le había hecho olvidar que eran poco menos que desconocidos y se había sentido tan cómoda como si fueran un par de viejos amigos intercambiando anécdotas, preferencias e impresiones sobre escuderías, cilindradas y rutas, entre risas y bromas. Solo cuando él insistió en darle a probar una cucharada de su arroz con leche y que ella aceptó sosteniéndole la mirada, había vuelto a sentir el inquieto revoloteo del millar de mariposas que se hospedaban en su estómago desde el día anterior.

—Delicioso —se había obligado a decir a pesar de que sus papilas gustativas parecían haberse atrofiado bajo el influjo de aquellos azules ojos y del que le costara un triunfo liberarse—. ¿Y ahora nos vamos a Covadonga? —preguntó con forzado entusiasmo, y todo por ocultar la atracción que sentía por él en pos de la buena conexión que surgiera entre ellos y que elegía no estropear, por muy atractivo que le resultara. No cuando tendrían que convivir varios días bajo el mismo techo y su interés por ella no era mayor que el que pudiera sentir su hermano. O sea: ninguno.

—¿Aquello de allí es una fuente? —preguntó haciendo a un lado sus cavilaciones y señalando un punto al final del estrecho camino que transcurría pegado a la roca un par de metros por encima del estanque de las monedas.

—Sí, es la *Fuente de los Siete Caños*. Deberías beber de ella —sugirió con

una leve sonrisa de diversión en los labios que la hizo fruncir el ceño.

—¿Es potable? —inquirió suspicaz, aunque sabía que de no serlo nunca le hubiera propuesto probarla.

—Claro —aseguró colocándose a su espalda y empujándola con suavidad hacia la entrada del camino. Cualquier disculpa era válida para tocarla—. Ten cuidado de no resbalar —le advirtió apenas puso el pie en la senda—, no me gustaría tener que lanzarme al agua a rescatarte —bromeó siguiendo de cerca sus pasos por las lisas y escurridizas losas que formaban el precario sendero.

—Menudo nadador de pacotilla —le recriminó entre risas, extrañando el breve contacto de sus manos sobre los hombros.

—Lo que tú digas, pero no te parecería tan divertido tener que regresar empapados en la moto —se defendió sin perder la sonrisa.

—Excusas de cobarde —lo pinchó, ya junto a la fuente en cuyo centro se alzaba un gran cáliz de piedra, encargado de recoger el chorro de agua que manaba de la pared atravesando el centro mismo de una *Cruz de la Victoria* tallada en la roca, para dejarlo salir después por cada uno de los siete orificios que daban nombre a la fontana.

—¡Qué bonita es! —comentó sin decidirse a beber.

—La tradición dice que las mujeres deben tomar un sorbo de cada uno de los caños —apuntó con una expresión cuando menos sospechosa.

—¿Solo las mujeres? ¿Qué más dice esa tradición? —quiso saber recelosa.

Alejandro soltó una carcajada antes de responder.

—Se dice que la moza que logra beber de los siete caños se casa dentro del año —explicó reprimiendo, además de la risa por la cara de asombro de Silvia, las ganas de besarla allí mismo sin importarle lo irrespetuoso que pudiera llegar a ser.

Capítulo 5

—Gracias por este fabuloso día, me lo he pasado genial —dijo Silvia entregándole el casco con una sonrisa y ojos chispeantes que confirmaban sus palabras.

—¿Dónde os habéis metido? —La aparición de Marina impidió que Alejandro pudiera hacer comentario alguno al respecto—. Llevo todo el día preocupada...

—Te dejé una nota sobre la mesa de la cocina —mencionó Alejandro sin inmutarse por el enfado de su hermana, resistiéndose a apartar los ojos de Silvia a pesar de que ella ya no le miraba.

—«Me llevo a Silvia a dar una vuelta», muy esclarecedor —ironizó—, salvo porque son más de las ocho de la tarde y...

—De acuerdo, no era demasiado explícita —concedió con tranquilidad mirando, ahora sí, a su hermana.

—Lo siento Marina, se nos fue el tiempo volando —medió Silvia sintiéndose culpable. Se había sentido tan a gusto en compañía de Alejandro que se había olvidado por completo de sus amigos.

—Por lo menos te habrá llevado a algún sitio interesante —refunfuñó cruzándose de brazos algo menos enojada.

—Hemos estado en... —Hizo una breve pausa para recordar el nombre del primer pueblo— Cangas de Onís y Covadonga, hemos visitado la Cueva de la Virgen...

—De la Santina —corrigió Marina, ya de mejor humor.

—Eso —cabeceó, reconociendo su error antes de continuar con la crónica del día—. He bebido de la Fuente de los siete caños...

—¿Tienes prisa por casarte? —inquirió la rubia con sorna mientras Alejandro profería una suave y bronca carcajada al recordar la reacción de

Silvia frente al portentoso manantial.

—*¡Dios mío! Este sitio es la leche: un estanque de los deseos, una fuente que hace milagros...*

—*¿Lo considerarías un milagro?*

—*Faltan apenas cinco meses para acabar el año y no tengo novio, ¿tú qué opinas?* —*contestó con jovial sarcasmo.*

—*Que estás sola porque quieres y que si no bebes, nunca sabremos si realmente funciona* —*la había provocado sin pensar, conteniendo la euforia que le producía saberla soltera y que junto al deseo de perderse en las profundidades de su boca, amenazaba con hacerle explotar de ansiedad.*

—*Y yo creyendo que eras el formal de la familia* —*replicó entre risas sin querer darse por enterada de la directa que le acaba de soltar, pero decidida a aceptar el desafío.*

—*Ninguna prisa, pero Alejandro y yo hemos hecho una especie de apuesta al respecto* —*le respondió a su amiga, mirándolo retadora.*

—*Vale, vale* —*la detuvo Marina—.* Ya veo que ha sabido entretenerse, vamos dentro y me lo cuentas todo, apuesta incluida.

Alejandro las vio alejarse hacia la casa cogidas del brazo y aguardó, expectante, a que Silvia se girara hacia él. Deseaba que lo hiciera. Comenzaba a perder la esperanza, sintiéndose como un tonto y decepcionado colegial enamorado, cuando en el último instante, justo antes de atravesar el quicio de la puerta, ella se volvió, con los ojos entornados, regalándole una preciosa sonrisa que no dudó en devolverle antes de que entrara en la casa.

«Sí, ha sido un día fabuloso», repitió ufano las palabras de Silvia camino del garaje sintiendo aún la presión de sus brazos alrededor de la cintura, el roce de sus pequeñas manos sobre el duro tejido de la cazadora o sobre los muslos, donde habían descansado cada vez que había tenido que detenerse ante algún semáforo, atormentándolo durante el viaje de vuelta y haciéndole desear que sus caricias fueran intencionadas y no fruto de la casualidad como seguramente habían sido.

Silvia le gustaba, le había gustado desde el instante que posó los ojos

sobre ella en la playa, pero ahora, tras todo un día juntos compartiendo anécdotas, hablando de su afición por el deporte, su pasión por las motos, de sus familias, disfrutando de su carácter extrovertido y alegre, de sus miradas preñadas de picardía y escuchando sus planes para el futuro que la señalaban como una mujer sensata con las ideas claras, se sentía totalmente prendado. Todo en ella le resultaba atractivo, sus gestos, su cantarina voz, su manera de moverse, su sencillez... todo. Solo le restaba averiguar si el interés era mutuo y la conexión que había percibido entre ellos era real o únicamente producto de su sobreexcitada imaginación.

Sentadas sobre la cama, Silvia, entusiasmada, le narraba a su amiga el magnífico día que había compartido con Alejandro, evitando mencionar el malogrado beso o lo excitada que se había sentido al tenerlo pegado a su cuerpo durante las horas de viaje, a fin de cuentas se trataba de su hermano y quizás le resultara violento escucharla hablar de lo mucho que le ponía y no solo por lo bueno que estaba. Su carácter desenfadado y su conversación amena e ingeniosa le habían cautivado tanto como su físico. Y a pesar de sus maneras un tanto reposadas, era un hombre divertido con el que se había sentido más que cómoda casi desde el principio.

—Me alegra que lo pasaras bien —dijo Marina poniéndose en pie—, solo espero que no estés demasiado cansada para salir esta noche.

—Tranquila, tengo cuerda para rato.

—¡Genial! Voy a darme una ducha, nos vemos luego —se despidió antes de cerrar la puerta.

Silvia, una vez a solas, se tumbó de espaldas sobre el colchón con la imagen de Alejandro ocupando cada rincón de su mente. Una sonrisa traviesa asomó a sus labios al recordar cómo, de regreso y ansiosa por tocarlo, se había abrazado a él en lugar de apoyarse simplemente en su cintura; con discreción, había deslizado las manos sobre su firme torso y acariciado como al descuido sus fuertes muslos.

—¡Señor, cómo me pone! —murmuró de nuevo excitada por el simple

hecho de estar pensando en él, en la suave cadencia de su voz, en su seductora sonrisa, en la seguridad de sus movimientos, en... a quién quería engañar, todo en él le fascinaba.

Hacía mucho tiempo que nadie le provocaba aquellas sensaciones y mucho menos alguien a quien acababa de conocer, caviló imaginando qué habría pasado de no haber aparecido los dichosos moteros sobre sus relucientes *custom*. Fantaseó con la idea de probar aquellos labios que tan cerca habían estado de los suyos, cerró los ojos al sentir la nueva oleada de deseo que recorrió su cuerpo al imaginar su lengua acariciando la suya que le salía al encuentro con desesperación. Quería sentirla sobre su cuello, descendiendo lentamente hacia sus pechos...

—¡Ay, Dios! —clamó tragándose el frustrado gemido que a punto había estado de escapar de su garganta. Incorporándose, trató de desechar las tórridas imágenes que asaltaban su cabeza o terminaría retorciéndose lujuriosa sobre la cama.

Necesitaba... sabía muy bien lo que necesitaba, lo que el cuerpo le pedía en esos instantes, pero tendría que conformarse con una ducha fría, se dijo poniéndose en pie.

—¡Mierda! —masculló torciendo el gesto al recordar que el baño estaba ocupado. De todas formas tenía que buscar algo que hacer, si continuaba allí encerrada le daría un ataque, pensó saliendo al pasillo en busca de una distracción para su calenturienta mente.

—Mira quién está aquí, la motorista fantasma —bromeó Pelayo apareciendo de la nada para abrazarla por la espalda y depositar un beso sobre su cuello.

Aquella no era precisamente la distracción que andaba buscando, pensó Silvia consternada, intentando escapar de entre sus brazos. Pelayo no le atraía en absoluto, pero en aquel momento, dado el estado en que se encontraba, no estaba de humor para sus inofensivos sobeteos.

—Tú sí que eres un fantasma —dijo, procurando sonar jovial—. Suéltame anda, no seas pesado.

—¿Te lo has pasado bien con Jandro? —quiso saber, ignorando su petición y divertido con los forcejeos de esta para liberarse.

—Sí, muy bien —contestó impaciente, luchando por quitarse de encima al atractivo rubio en el instante que se abrió la puerta del baño y Marina, envuelta en un albornoz rosa, salió dejando tras de sí una nube de vapor con olor a suavizante para el cabello.

—¡Mi turno! —exclamó acelerada, librándose al fin de Pelayo y precipitándose al aseo antes de que otro se le adelantara.

El agua fría de la ducha produjo el efecto deseado, relajando su cuerpo y enfriando sus pensamientos. Fue al cerrar el grifo cuando advirtió que con las prisas y el calentón había olvidado coger una toalla. Con el ceño fruncido miró a su alrededor.

«Tendrá que servir», consideró cogiendo lo único que había disponible: la toalla de manos. Su habitación estaba justo enfrente del baño, a apenas unos pasos, caviló secándose lo mejor que pudo antes de envolverse con el reducido lienzo que no llegaba a cubrirla por completo; el flanco izquierdo y parte del trasero, quedaban a la vista pero no disponía de nada mejor. Sosteniéndola con una mano, asomó la cabeza y examinó el pasillo.

—Camino despejado —murmuró antes de salir descalza y con prisa hacia el lado opuesto. En cuanto se pusiera algo que la tapara más que lo que llevaba encima en aquel momento, regresaría a por su ropa.

Le faltaban un par de metros para llegar, ya casi lo había conseguido, festejó comenzando a estirar el brazo hacia la manilla. En el último instante y sin previo aviso, Alejandro dobló la esquina del pasillo y el encontronazo fue inevitable.

Por instinto, Silvia alzó las manos para aferrarse a él, evitando así salir despedida hacia atrás y terminar despatarrada en el suelo. Alejandro, tan desconcertado como ella, reaccionó sujetándola por la cintura y le bastaron un par de segundos para superar la sorpresa y darse cuenta de que Silvia estaba desnuda entre sus brazos. El anhelo que sintiera al tenerla tras de sí en

la *BMW*, palidecía frente al deseo que palpitaba en todas y cada una de las células de su cuerpo en ese instante. Las palmas de las manos le ardían, implorando acariciar la suave piel que había bajo ellas y un torrente de lava incandescente le recorría las venas, abrasándole las entrañas.

—¿Acostumbras a correr desnuda por los pasillos? —preguntó con tono jocosos, simulando tranquilidad cuando lo que le apetecía era aullar, devorarla, saciar la apremiante necesidad de averiguar a qué sabían su piel y su boca.

—No corría des... —un jadeo fue cuanto salió de su boca al advertir que la toalla se encontraba sobre sus pies y efectivamente estaba desnuda y que el calor que le calcinaba la cintura procedía de sus manos mientras sus azules ojos la mantenían cautiva, robándole el aliento y la capacidad de pensar con suficiente claridad—, la toalla se me ha caído al chocar contigo —apuntó de forma atropella, molesta por lo ridículo de la situación y porque a él le resultara simplemente divertida mientras toda ella comenzaba a acusar los efectos de aquel contacto y de su proximidad.

—¿Podrías cerrar los ojos, por favor? Necesito recuperar la toalla —pidió tensa como una cuerda de guitarra que aguarda a ser pulsada por los mágicos dedos del músico. Quería que él fuera ese músico que la hiciera vibrar, pero estaba segura de que se desintegraría allí mismo, en mitad del pasillo, si aquellos ojos llegaban a posarse sobre su cuerpo.

Alejandro se mantuvo en silencio, sosteniéndole la mirada sin atreverse a llevarla más abajo por miedo a no poder contenerse y acallando las demandas de su cuerpo que reclamaba alivio, porque la notaba rígida e incómoda contra él. Por lo visto volvería a quedarse con las ganas, se dijo cediendo a su petición, cerrando los ojos con una perezosa sonrisa de resignación en los labios por tener que soltarla. Pero sus dedos, rebeldes, se resistían a alejarse de la satinada piel, deslizándose lentamente sobre la estrecha cintura y bajando hasta las perfectas nalgas, donde se demoraron unos segundos antes de resbalar indolentes hacia los costados para, muy a su pesar, liberarla al fin.

El sutil y delicado roce de los dedos de Alejandro sobre su cintura le hizo

cerrar los ojos y retener el aire en los pulmones, apretando los labios para no deshacerse en gemidos cuando osaron acariciarle el trasero y conteniendo después el lamento por el desalmado abandono.

La había liberado de su agarre y sin embargo continuaba inmóvil frente a él. ¿Qué la retenía?

—¿Quieres que la recoja yo? —preguntó con verdadera curiosidad, obligándose a mantener los ojos cerrados como ella le había pedido.

Silvia abrió los suyos, sonrojándose por lo ridículo de la escena.

—No, gracias —espetó agachándose a por la toalla y cubriéndose a toda prisa—. Ya has hecho suficiente —añadió arisca al sortearlo y dirigirse hacia el dormitorio, enojada por reaccionar de manera tan exagerada ante una simple caricia.

La airada respuesta, aunque le causó cierto asombro, consiguió arrancarle una carcajada de diversión. Intuyéndola cerca del dormitorio abrió los ojos y se giró. La risa se le atascó en la garganta ante la visión del precioso trasero que acaba de acariciar y en ese instante desaparecía tras el panel de madera. Un par de rápidos pasos fueron suficientes para colocarlo frente a la puerta; apoyó una mano sobre ella y la otra sobre el picaporte sin rastro ya de humor y una más que evidente erección bajo la bragueta. Silvia, además de un culo estupendo, tenía algo que despertaba sus instintos más primitivos. ¿Qué le impedía entrar en aquella habitación y...?

«Olvídalo. Es una invitada, amiga de Marina y Pelayo», se recordó dejando caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo, dándose cuenta de que se estaba comportando como un animal en celo.

Del otro lado de la puerta, Silvia permanecía apoyada contra la fría madera que no lograba borrar el ardiente rastro que Alejandro había dejado sobre su carne desnuda, ansiando nuevas caricias y dándose cuenta de que si continuaba con aquellos pensamientos necesitaría volver a la ducha.

La voz de Pelayo en lo alto de la escalera lo hizo volver definitivamente a la realidad y con paso decidido regresó por dónde había llegado. Necesitaba

tomar el aire, despejarse y tratar de sacarse de la cabeza a la amiga de sus hermanos antes de cometer una tontería y ponerse en evidencia.

Pelayo alcanzaba la puerta principal en el instante que Alejandro salía con la moto como si le persiguiera una jauría de perros rabiosos.

—¿Has visto a Jandro? —preguntó Marina apenas unos minutos después.

—Se acaba de ir.

—¿A dónde? —inquirió extrañada.

—Ni idea, pero parecía llevar prisa. —Su hermana torció el gesto contrariada.

—Quería preguntarle si le apetecía acompañarnos, pero quizás ya tenga plan para esta noche.

—Tal vez —respondió Pelayo en absoluto preocupado por el tema.

Capítulo 6

Una hora más tarde y después de volar sobre el asfalto a todo gas, regresaba relajado y con la situación bajo control. Dejó la moto en el garaje y entró en la casa en el instante en que Marina salía de la cocina con un vaporoso y corto vestido de flores, perfectamente maquillada y con su estupenda melena rubia cayendo sobre la espalda.

—¡Al fin apareces! —Alejandro no supo si el peculiar recibimiento obedecía al alivio o directamente le estaba echando la bronca por algún motivo que se le escapaba, lo que no dejaba de tener su gracia si tenía en cuenta que quien le regañaba era su hermana pequeña—. Nos vamos a Salinas —anunció sin rodeos—. Hay fiesta en «El Náutico» y tengo invitaciones. ¿Te apuntas? —La impaciencia inicial había desaparecido de su voz y el ofrecimiento sonaba sincero.

«Qué considerada», pensó Alejandro agradeciendo el gesto aunque no pensara aceptar. Aún no había cenado y lo que le apetecía en ese momento, después de todo el día en la carretera, era quedarse tranquilamente en...

No llegó a completar el pensamiento. La aparición de Silvia, ataviada con un cortísimo vestido negro de estilo oriental que se amoldaba a la perfección a sus curvas, lo dejó completamente noqueado. Solo sus ojos, que parecían funcionar por libre, se paseaban atrevidos sobre la exquisita redondez de sus pechos y la suave línea de sus caderas antes de deslizarse hacia abajo por las estupendas piernas. Apenas se detuvieron en los zapatos de cuña rojos, con lotos multicolores bordados en los costados, antes de desandar, muy despacio, el camino hacia a su rostro.

Decir que estaba preciosa sería quedarse corto. Se la veía tan perfecta con el pelo ligeramente alborotado, el discreto maquillaje y aquella sonrisa en los labios que costaba creer que fuera real. Pero lo era y su reciente escapada, ahora que volvía a tenerla delante y en su mente no paraban de aparecer

imágenes *manga hentai* con ella como protagonista, no le había servido para nada: volvía a la parrilla de salida con las neuronas sobreexcitadas y chorreando fantasías eróticas.

—Jandro, ¿vas a venir o no? —El toque de atención de Marina logró hacerlo reaccionar.

—Dame diez minutos —respondió con la voz tomada, pasando junto a ellas como una exhalación, preguntándose en qué momento su abotargado cerebro había tomado la decisión de asistir a la maldita fiesta.

—Estás preciosa —sentenció Marina al tiempo que se cerraba la puerta del cuarto de baño—. No me extraña que Jandro se quedara pasmado al verte —añadió insinuante y atenta a la reacción de la otra.

—No digas tonterías, si apenas me ha mirado —mintió, conteniendo a duras penas la euforia que sentía burbujear, brincar y correr en su interior y que amenazaba con liberarse en forma de un triunfal aullido de satisfacción. Porque la había mirado, vaya si lo había hecho y de manera tan vehemente que aún le temblaban las piernas. Y en esta ocasión no era cosa de su imaginación, había sido tan evidente que hasta Marina se había percatado de ello.

—Cierto, en realidad lo que hacía era devorarte —señaló muerta de la risa —, por lo que empiezo a sospechar que no me has contado todo lo que habéis hecho hoy.

—Te he contado con pelos y señales todo lo que hicimos. —Y era cierto, lo que callara había sido, precisamente, lo que no hicieron—. Si quieres te lo vuelvo a contar —ofreció arqueando una de sus cejas para enfatizar el sarcasmo.

—Lo que tú digas —cedió en absoluto convencida. Quizás no hubiera pasado nada entre ellos, pero que ambos lo deseaban saltaba a la vista.

—¿Estáis listas? —preguntó Pelayo bajando al trote las escaleras— ¡Guau! Voy a ser la envidia de la fiesta —sentenció con verdadera admiración al ver a las chicas, ofreciéndole un brazo a cada una para escoltarlas hasta el coche.

—Una morena y una rubia... —tarareó sintiéndose como Don Hilarión camino de la verbena de la Paloma.

—No tan rápido, «chulapo» —le advirtió su hermana chafándole la actuación—, hay que esperar a Jandro.

—¿Tendré que compartiros con él? —inquirió con un tono de decepción que no las engañó, acostumbradas como estaban a que las dejara plantadas en cuanto alguna chica le ponía ojitos o le dedicaba una sonrisa, hasta ahí llegaba su amor fraternal y su orgullo de escolta.

—Me da que llegas tarde, por aquí ya parece estar todo adjudicado —apuntó Marina intercambiando una rápida mirada con su amiga que Pelayo no pasó por alto.

—Me estoy perdiendo algo —afirmó ante la conspiradora sonrisa de su hermana y el leve rubor que teñía las mejillas de la morena.

—Seguro —añadió Marina enigmática, intrigándolo.

—Que pesada eres —protestó Silvia poniendo los ojos en blanco, pero incapaz de controlar la sonrisa que, producto de la excitación, tironeaba de sus labios.

—Yo conduzco. —El hosco e inesperado comentario sobresaltó al trío que de inmediato se giró hacia la imperiosa voz, encontrando a su dueño con la mano extendida reclamando las llaves del coche. Pelayo se las entregó a regañadientes. Con las mismas, lanzando una breve pero penetrante mirada a Silvia que casi la hizo jadear, Alejandro enfiló sus pasos hacia la salida.

—Y a este qué mosca le ha picado —inquirió el rubio, extrañado por la arisca actitud de su hermano. Marina señaló con un leve movimiento de cabeza a Silvia que contemplaba extasiada el paso del mayor.

¿Acaso no había momento o situación en la que aquel hombre no estuviera para comérselo?, se preguntaba repasando los anchos hombros cubiertos con una camisa de cuadritos listados en tonos azules sobre blanco y el magnífico trasero que se ocultaba bajo los *Levi's* y que ella se moría por tener entre las manos.

—Esto promete ser divertido —festejó Pelayo con una suave carcajada,

poniéndose también en marcha.

—Espabila o este nos deja en tierra —le advirtió jocosa la rubia dándole un ligero codazo al pasar a su lado camino de la calle.

—¿Quieres ir delante? —le susurró al oído Pelayo entre risas apenas se hubo acercado al *Golf*.

—Idiota —farfulló apurada, empujándolo para quitárselo de encima y poder ocupar su lugar en la parte de atrás junto a Marina.

Menuda nohecita le iban a dar aquellos dos; se alegraba de no haber mencionado antes lo mucho que le gustaba Alejandro o llevaría horas soportando sus pullas.

El trayecto entre Santa María del Mar y Salinas, de apenas quince minutos, lo hicieron en un silencio plagado de guasones cruces de miradas, furtivas y esquivas ojeadas entre los más jóvenes mientras el mayor del cuarteto, atento a la carretera, se esforzaba en aparentar normalidad e ignorar la presencia de Silvia, consciente de la creciente diversión de sus hermanos, que solo podía ir en aumento si lo veían espiarla a través del retrovisor como estaba deseando hacer desde que se subiera en el coche. Los conocía demasiado bien para saber que a la menor oportunidad lo convertirían en el blanco de sus bromas. En cualquier otra situación no le molestaría, pero sí ahora que ni él mismo tenía claro qué hacía en aquel coche camino de una fiesta a la que no le apetecía asistir y a la que solo iba por estar cerca de aquella mujer que le robaba el sentido.

El club estaba abarrotado, la música demasiado alta, Pelayo hacía rato que había desaparecido tras una falda y mientras tanto, él, aguardaba apoyado contra la barra del bar, con una cerveza en la mano y mucha paciencia, a que Marina se cansara de pasear a Silvia por todo el local. Se la había llevado con la excusa de presentarle a unos amigos. De eso hacía casi media hora; el juego de su hermana comenzaba a no tener ni pizca de gracia, porque estaba seguro de que lo estaba haciendo a propósito. O quizás no, concedió frustrado; después de todo había aceptado su invitación sin pensar, no hubiera

podido hacerlo aunque le hubiera ido la vida en ello, no con aquella diosa de pelo corto y piernas perfectas delante. Y ahora se daba cuenta de que tal vez se había precipitado dando por sentadas demasiadas cosas, caviló tomando un trago de cerveza con los ojos puestos en la responsable del lamentable estado en el que se encontraba. En su mano estaba poner remedio a la situación y no eran muchas las opciones que tenía para hacerlo: continuar allí plantado como un idiota, marcharse con las ganas a otra parte o dejar de comportarse de una buena vez como un torpe pubescente.

¿A cuanta gente conocía Marina en aquel sitio?, se preguntó Silvia desesperada, deseando terminar con los saludos, besos y sonrisas forzadas que se veía obligada a ofrecer cada dos minutos y tres pasos. En cualquier otro momento no le habría importado, incluso hubiera disfrutado conociendo a todas aquellas personas, pero no esa noche, no cuando Alejandro estaba allí y lo habían dejado solo después de haber sido Marina la que le invitara a acompañarles, se dijo con un convencimiento que duró lo que dura un suspiro. «No seas cínica», le recriminó y con razón, una vocecita dentro de su cabeza. Ciertamente que dejarlo solo había sido un detalle muy feo, pero si se moría por regresar a su lado no era precisamente por educación sino porque aún le flaqueaban las rodillas al recordar la forma en que le había mirado al verla aparecer. ¡Y qué narices!, porque lo que quería era estar con él, porque estaba segura, ahora sí, de que el interés era mutuo y no iba a

continuar perdiendo el tiempo, más cuando su amiga parecía encantada con Oscar, Pablo o como quiera que se llamase el chico con pintas de *surfero* que acababa de presentarle y no la necesitaba para nada, decidió estirando el cuello y oteando, por encima del mar de cabezas que la rodeaban, la barra del bar en busca de Alejandro.

Descubrir que ya no estaba fue como recibir un mazazo en la boca del estómago que le hizo jadear. «Se ha ido». Se había aburrido de esperar y se había marchado, gritó para sus adentros, componiendo en su cabeza una melodramática escena en la que se tiraba de los pelos al tiempo que un «no» desgarraba su garganta.

—¿Buscas a alguien?

Le había bastado con seguir mirándola para tomar una decisión, zambullirse entre la multitud sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo e intentar llegar al otro extremo del local de una pieza. Descubriéndola escudriñando la barra tratando de localizarlo, colocó una indolente sonrisa de satisfacción en sus labios que aún conservaba cuando, después de escuchar su pregunta, Silvia se dio la vuelta.

Si reconocer su cálida voz a escasos centímetros de su oído le había sacudido las entrañas, toparse con aquella endiablada sonrisa y sus fascinantes ojos fue como recibir una descarga eléctrica que recorrió de arriba abajo su espina dorsal, erizándole la carne hasta de debajo de las uñas.

—Dime que has venido a rescatarme o márchate —sentenció con una gravedad que sus ojos, brillantes de excitación, no reflejaban.

—¿Qué tal si además te invito a una copa? —añadió divertido y encantado a partes iguales con su reacción, conteniéndose para no precipitarse y besarla allí mismo.

—Que sea una cerveza y soy toda tuya —«Y sin ella también», reconoció para sus adentros, notando un agradable cosquilleo en el estómago y los ojos clavados en los finos aros azules que rodeaban las dilatadas pupilas de Alejandro.

Saber que su respuesta no obedecía más que a una forma de hablar no evitó que se le revolucionara la sangre, porque era eso precisamente lo que deseaba: hacerla suya.

—Me gusta cómo ha sonado eso. —Le resultó imposible mantener el tono desenfadado que empleara hasta el momento, no cuando en su cabeza ya la hacía entre sus brazos.

—Intuyo que tienes la intención de abandonarme —apuntó Marina acercándose a ellos.

—Te dejo en buena compañía —consiguió decir Silvia, obligándose a apartar los ojos de Alejandro mientras este dedicaba a su hermana una mirada de advertencia. No iba a permitir que volviera a llevársela.

—Tienes razón —concedió con una carcajada; resultaba gracioso el interés que su amiga había despertado en Alejandro—. Sed buenos —añadió con sorna antes de regresar junto al *surfero*.

—Vamos a por esa caña que me has prometido.

Alejandro asintió, absteniéndose de preguntar si después ella también cumpliría su palabra.

—¿Hay algún lugar en el que poder tomarla sin el peligro de terminar empapada? —quiso saber tras varios empujones y otros tantos intentos frustrados de llevarse el vaso a los labios. Alejandro echó una ojeada a su alrededor antes de señalar la puerta acristalada que había justo al final de la barra—. ¡Genial! —dijo antes de arriesgarse a dar un largo trago que le permitiría llevar el vaso sin derramar el contenido de camino a la terraza.

—¡Hummm! Me encanta este olor —comentó Silvia acercándose a la barandilla, cerrando los ojos e inspirando con fuerza hasta llenar los

pulmones con el salobre aroma del mar, ignorando al resto de parejas que, como ellos, habían abandonado el local en busca de un poco de tranquilidad.

A su lado, Alejandro la observaba expulsar el aire con los ojos aún cerrados y los labios ligeramente fruncidos.

—Prefiero las vistas, son mucho más... espectaculares. —Una vez más había sido incapaz de controlar el timbre de su voz, aunque lo cierto era que tampoco le importaba demasiado si sonaba más o menos ronco cuando los dedos le ardían ansiosos por volver a tocarla. Quería saborear su tentadora boca y dejarse llevar sin pensar en otra cosa que no fuera disfrutar de su magnífico cuerpo.

Silvia supo que no se refería a la preciosa estampa que ofrecía la playa con un mar que, negro como la noche, servía de espejo a las farolas del paseo marítimo. Se le alteró el pulso. Abrió los ojos topándose con los de Alejandro que la miraba con una intensidad que le robó el aliento. Ya no le cabía duda de que ambos deseaban lo mismo. Como si le hubiera leído el pensamiento, Alejandro redujo la distancia que les separaba hasta casi hacerla desaparecer; sobraban las palabras.

Permanecieron inmóviles, sosteniéndose la mirada. Percibiendo la pesada respiración del otro, dejando que la necesidad de fundir sus bocas en un desenfundado beso se tornaba poco menos que insoportable, pero disfrutando de la certeza de que había llegado el momento que desde aquella mañana anhelaban.

Silvia se humedeció los labios con la lengua y alzó la barbilla. Invitación más que evidente a la que Alejandro respondió con un leve gruñido de satisfacción. El quedo sonido enloqueció a Silvia. Licuándose por dentro, apoyó sin mirar el vaso sobre la baranda, dispuesta a echarle los brazos al cuello y terminar con aquella agonía cuando una mano se posó sobre su hombro y una cabeza de pelo rubio apareció ante sus ojos, interponiéndose entre Alejandro, ella y el condenado beso que parecían destinados a no darse.

—Hola, pareja —saludó efusivo Pelayo—. ¿Disfrutando del panorama?

«Esto no puede estar pasando», se dijo incrédula, debatiéndose entre la

risa, el llanto y el asesinato.

—¡Lárgate! —siseó Alejandro con los dientes apretados y mirada amenazante. Había tenido que tomar aire y contar hasta diez para no estrangularlo.

—No habré interrumpido nada, ¿verdad? —preguntó con una candidez que no habría convencido ni al más crédulo de los mortales, ignorando la orden de su enojado hermano mayor. Sabía que se estaba jugando el pellejo, pero la idea de incordiarles un poquito, en el momento adecuado, había surgido apenas les vio aparecer. Había despachado a la rubia que le acompañaba y esperado, desde su punto de vista, demasiado. ¿Cómo se podía tener delante a una tía como Silvia y no comerle la boca desde el minuto uno? Solo por eso, Alejandro merecía un pequeño escarmiento. Alguien a su espalda abrió la puerta del bar y durante unos segundos «Obsesión» sonó también en la terraza—. ¡Nuestra canción! —exclamó alborozado, tomando a Silvia de la mano y tirando de ella sin darle tiempo a reaccionar. No podía creer su buena suerte; si lo hubiera planeado no le habría salido mejor.

—¿Pero qué... —intentó protestar, mirando por encima del hombro a un anonadado Alejandro mientras Pelayo la hacía entrar en el club y agarrándola de la cintura la obligaba a moverse al ritmo de la canción de *Aventura*.

—Lo has hecho aposta —le recriminó enfadada, intentando no dejarse llevar por la sensual melodía. Adoraba aquella canción, Pelayo lo sabía y se había aprovechado de ello para fastidiarles. Debería matarlo y arrojar su cadáver al mar.

—¿Qué dices? Es nuestra canción —insistió dolido pero con un brillo perverso en los ojos que confirmaba la acusación de la morena—. Siempre la bailamos juntos —se justificó con una sonrisa de niño travieso en los labios.

—Eres un capullo —sentenció Silvia soltando una carcajada, incapaz de mantener su enojo. Estaba demasiado acostumbrada al impulsivo y alocado carácter del rubio—, y esta me la pagas —amenazó vigilando la entrada, esperando ver aparecer a Alejandro. Porque el enfado le había durado apenas un soplo, pero el calentón seguía allí, calcinándole las entrañas.

—Tranquila, la noche es larga y no se irá a ningún lado —apuntó intuyendo su inquietud—, al menos no sin ti —añadió guiñándole un ojo con picardía.

«Hablando de rey de Roma», pensó al ver entrar a su hermano.

—Qué apropiado el estribillo —se mofó tarareando junto a su oído, haciéndola girar entre sus brazos, evitando así que localizara a Alejandro; se lo estaba pasando demasiado bien.

—No es obsesión —se defendió, entendiendo la insinuación de Pelayo.

—Tampoco es amor.

Capítulo 7

Alejandro, estupefacto, no daba crédito a lo que acababa de suceder delante de sus narices y necesitó varios minutos para aplacar el cabreo, que sumado al lascivo calentón que lo dominaba, le impulsaba a abandonar la terraza tras ellos y partirle la cara al cabrón de su hermano. Si aquello pretendía ser una broma, por cierto que era bien pesada, y él, con la sangre encrespada en las venas como un mar embravecido en plena tormenta, no lograba verle el lado divertido. Con las manos apoyadas sobre la barandilla, respiró hondo y expulsó el aire muy despacio, dejando que se le enfriara la cabeza antes de decidirse a regresar al interior del club en busca de Silvia. Sabía, por mucho que le molestara, que lo de Pelayo no era más que otra de sus tonterías y tal vez se lo había puesto en bandeja al no hablarle del interés que su amiga le suscitaba. Verdadero interés, reconoció con la mirada perdida entre las olas que lamían la arena de la orilla, aunque no era el momento de plantearse hasta qué punto. No la conocía lo suficiente. Por el momento tenía claro su objetivo: pasar la noche con ella. Lo que pudiera o no pasar después aún estaba por ver, y no era algo que le preocupara en absoluto. Silvia era una mujer inteligente, de ideas claras y estaba seguro de que deseaba aquel encuentro tanto como él.

No tardó en localizarlos. La imagen de la morena, riendo y contoneándose voluptuosa entre los brazos de Pelayo espoleó la ya de por sí imperiosa necesidad de sentirla contra su cuerpo, de acariciar cada rincón del suyo, de perderse en el sabor de su boca... de apartar de ella las manos de su hermano. Con ese pensamiento en mente y los ojos clavados en Silvia, cruzó decidido la improvisada pista de baile hasta alcanzarlos.

—¡Piérdete! —le ordenó a Pelayo sin alzar la voz ni mirarlo.

La sonrisa de Silvia se intensificó, apartó las manos de los hombros del rubio y dejó de bailar. Pelayo supo que había dejado de existir para el par de

tortolitos. La diversión había terminado y tocaba retirarse, reconoció chasqueando la lengua con fastidio, consciente de que ninguno de los dos le seguiría ya el juego.

—¡Qué poco sentido del humor! —farfulló aun sabiendo que no le escuchaban y alejándose en busca de un nuevo pasatiempo.

—No sé cómo se baila esto —reconoció Alejandro con voz grave, tomándola de la cintura.

—¿Quién piensa ahora en bailar? —cuestionó Silvia, echándole los brazos al cuello y tan cerca de sus labios que la pregunta bien podría haber salido de aquella otra boca que, codiciosa y por toda respuesta, se adueñó sin piedad de la de ella. Un gemido involuntario vibró en la garganta de Silvia cuando sus lenguas, ansiosas, se encontraron y Alejandro la atrajo hacia él de forma brusca y posesiva.

Deseosa de sus caricias, Silvia se abandonó a aquel beso húmedo, brutal y desenfrenado que les hizo olvidarse de cuanto les rodeaba. Ni la gente, ni la música, nada, tan solo ellos dos y sus cuerpos ardiendo de deseo.

Las manos de Alejandro se deslizaron hacia abajo, alcanzando las firmes nalgas para pegarla a sus caderas. Con un excitado ronroneo, Silvia, se frotó contra el bulto que se ocultaba bajo los vaqueros. Alejandro gruñó dentro de su boca. Se moría por sentirla a su alrededor, envolviéndolo con su húmedo y sedoso calor y por explorar cada rincón de su cuerpo, pensó enfebrecido mordisqueándole el labio inferior, la barbilla, el cuello. Con la respiración entrecortada, Silvia ladeó la cabeza, enterró los dedos en los oscuros cabellos de Alejandro y volvió a frotarse contra él, incapaz de controlarse.

—¡Joder! —protestó con aspereza contra su garganta—. Me estás volviendo loco.

Escuchar su propia voz le hizo recuperar la capacidad de oír algo más que los apurados latidos de su corazón o la agitada respiración de Silvia. *Bulería*, de David Bisbal, sonaba en los altavoces camuflando en parte las risas y cuchicheos de su alrededor. Estaban dando un espectáculo.

—Tenemos que irnos —le susurró al oído, sin poder resistirse a acariciarle

el lóbulo de la oreja con la lengua.

—¿Qué? —inquirió confusa, sumida aún en la maravillosa bruma de placer en que la habían sumido los besos del motero.

—¡Nos vamos! —repitió, tomándola de la mano para sacarla de allí.

Del bolsillo trasero del tejjano sacó su diminuto teléfono móvil y marcó un número.

—Pide un taxi y espérame fuera —dijo apenas hubieron abandonado la concurrida y ruidosa sala, entregándole a Silvia el aparato—, voy a devolverle la llave del coche a Pelayo —añadió depositando sobre sus labios un breve pero feroz beso antes de dar media vuelta y volver sobre sus pasos.

Atolondrada a consecuencia del incendiario encuentro, Silvia se dirigió a la entrada principal e hizo lo que Alejandro le pidiera, aunque en realidad había sonado más a orden que a petición, reconoció sonriendo mientras solicitaba el taxi.

Para nada le gustaban los hombres dominantes y, sin embargo, la seguridad en sí mismo y la sensación de control que Alejandro irradiaba, la seducía enormemente y añadía atractivo al encuentro. La noche prometía ser, cuando menos, interesante, pensó deseando poder marcharse cuanto antes para averiguar si estaba en lo cierto.

Encontrar a Pelayo estaba resultando más complicado de lo que había imaginado.

—¿Dónde coño se ha metido? —masculló mezclándose entre la gente, oteando, impaciente, por encima de sus cabezas.

—¡Alex, cariño! Qué sorpresa verte aquí. —La aguda y redicha voz sonó a su derecha tomándolo por sorpresa, impidiéndole evitar el encuentro.

—Hola, Marta —saludó mirando apenas a la joven antes de continuar escudriñando la multitud intentando divisar a Pelayo o Marina.

—¿Por qué el otro día en la cena no me dijiste que pensabas venir al Náutico? —le recriminó la morena de pelo largo apoyando una mano sobre el

fornido pecho masculino. Que su padre se lo hubiera encontrado por casualidad y le invitara a cenar en casa, había sido una sorpresa de lo más agradable que le había dado la oportunidad de averiguar detalles sobre su vida que ignoraba y que no podían más que alegrarla. Como que continuaba soltero, sin compromiso y con un puesto consolidado en la empresa constructora en la que llevaba años trabajando.

Alejandro bajó la vista hasta los dedos que jugueteaban con uno de los botones de su camisa antes de mirarla a la cara.

—Estoy tratando de localizar a Pelayo —aclaró, ignorando la pregunta de la asturiana—, ¿lo has visto? —indagó, apartando con suavidad la insolente mano.

—Creo que está en la otra sala —respondió reprimiendo el mohín de disgusto que pugnaba por asomar a su rostro—, al menos allí me ha parecido verlo hace unos minutos. Eso sí, se le veía ocupado. ¿Sucede algo? —inquirió, dándose cuenta de que el apuro del arquitecto podría obedecer a algún tipo de problema y si así era, ella tenía que saberlo para ofrecerle su ayuda. Haría lo que fuera con tal de ganar puntos frente a él.

—No, solo necesito encontrarlo para darle algo antes de irme.

—No puedes irte ahora que acabamos de encontrarnos —protestó frunciendo los labios con gesto infantil—. Tomemos una copa juntos antes de que te marches.

—No puedo, Marta. De verdad —la tomó por los hombros para apartarla con delicadeza de su camino—, quizás en otra ocasión, ahora tengo prisa.

—¡Alex! —lo llamó quejumbrosa al ver que se alejaba sin más.

—¿Ese que se va es Alex Inclán? —preguntó la pelirroja que asomaba la cabeza por encima del hombro de Marta.

—Sí, pero tenía tanta prisa por irse que ha sido hasta grosero.

—Quizás la morena que lo espera fuera del club sea el motivo de tanta urgencia —repuso con tono malintencionado consiguiendo que la enfurruñada expresión de Marta pasara a ser de pura rabia.

Conocía a Alex de toda la vida, sus familias siempre habían tenido buena relación y habían pasado juntas más veranos de los que podía recordar. Año tras año, a medida que crecían, se había sentido cada vez más atraída por él, tanto que terminó por convertirse en el hombre de sus sueños: guapo, educado y con posición. Y ahora que se trasladaba a Madrid podría lograr su objetivo: cazarlo.

No localizar a ninguno de sus hermanos le estaba poniendo de mal humor. No podía ser que hubieran desaparecido, pensó exasperado en el instante que divisaba a Marina riendo encantada entre dos jóvenes que parecían competir por obtener sus favores.

—Disculpad un segundo —dijo plantándose delante de su hermana sin apenas mirar a los chicos.

—Es mi hermano —les aclaró la rubia por encima del hombro de Alejandro al ver el gesto hosco de sus acompañantes.

—¿A pares, hermanita? —No pudo evitar mofarse.

—¿Qué quieres, Jandro? —preguntó un tanto molesta por la abrupta interrupción.

—Toma. —Sin dar explicaciones le puso la llave en la mano—. Devuélvesela a Pelayo cuando le veas.

—¿Y esto?

—La llave del coche.

—Eso ya lo veo, listo...

—Me marchó —le indicó comenzando a alejarse para evitar preguntas a las que no tenía intención de responder—. Silvia se viene conmigo —apuntó volteando apenas la cabeza antes de perderse entre el gentío.

Cuando salió del club el taxi ya había llegado y Silvia lo esperaba dentro con la puerta abierta. Sin perder ni un segundo se sentó a su lado y dio la dirección al chofer.

Nunca un trayecto tan corto les había parecido tan largo. El banal parloteo

del conductor no aligeraba el recorrido, al contrario, lo hacía poco menos que insufrible. O quizás solo fueran las tremendas ganas de verse al fin solos lo que les hacía tener la sensación de que el viaje se tornaba eterno, entre desganadas respuestas de cortesía y expectantes miradas cargadas de deseo mientras ambos obligaban a sus manos a permanecer lejos del otro, manteniendo a duras penas la compostura. No era plan ofrecer un nuevo espectáculo. Eran demasiado mayores para eso y con el bochornoso número del club ya habían tenido suficiente por esa noche. No había nada malo en dejarse llevar, pero lejos de miradas indiscretas.

Poco les faltó para suspirar aliviados cuando el coche se detuvo frente a la portilla de entrada. Alejandro pagó la carrera y se apresuró a reunirse con Silvia, que lo esperaba del otro lado de la cancela, con el firme propósito de dirigirse directamente hacia la casa. No fue así. Apenas sus ojos se encontraron, el plan se vino abajo; ya nada, ni nadie, pudo impedir que sus bocas se fundieran en un desenfrenado beso, entre quedos gemidos de satisfacción y devastadoras caricias que arrasaban cualquier pensamiento coherente que hubiera podido surgir en sus cabezas, dejándolos a merced de la impetuosa pasión que les dominaba, buscando un contacto más íntimo que allí, de pie contra la fría verja de metal, se les antojaba insuficiente.

—Deberíamos ir dentro —propuso Silvia con voz entrecortada, derritiéndose bajo los húmedos besos que Alejandro iba depositando sobre su cuello. Sus manos parecían estar en todas partes y en ninguna a la vez. Comenzaba a estorbarle la ropa.

—¿Para qué perder el tiempo? —preguntó con un ronco murmullo, mordisqueándole la barbilla—. El césped se ve ideal.

—¿No nos verán desde la carretera? —Ni por un segundo se paró a pensar en lo descabellado de la idea. Sumida como estaba en aquel mar de sensaciones que Alejandro le provocaba y le hacía sentir el cuerpo en llamas, le habría costado hasta recordar su nombre.

—Solo bromeaba —se apresuró a aclarar antes de terminar dando por válida su propia y absurda sugerencia, apresándole el rostro entre las manos y

regresando con urgencia a su boca.

—¡Qué pena! —lamentó Silvia, mordisqueándole el labio a modo de venganza cuando fue capaz de ordenar las ideas—. Sonaba bien lo de revolcarme contigo sobre el césped húmedo. —Alejandro echó la cabeza hacia atrás sorprendido—. Solo bromeaba —ronroneó, imitando su anterior respuesta con un brillo travieso en los ojos y una maliciosa sonrisa en los enrojecidos labios.

—No me tientes —le advirtió, sonriendo ladino, arrancándole a Silvia una carcajada.

—Ni de coña —sentenció riendo, cogiéndolo de la mano y tirando de él hacia la casa.

Alejandro, nuevamente fascinado por lo desenvuelto de su carácter y la maravillosa sonrisa que adornaba su precioso rostro, se dejó guiar por el sendero de gravilla que crujía bajo sus pies. Comenzaba a sospechar que una noche a su lado no sería suficiente. Le gustaba y mucho, reconoció para sus adentros, aunque prefirió no decir nada al respecto. No saber qué esperaba de él le hizo ser prudente. Ya tendría tiempo de averiguar si solo quería una sesión de sexo desenfrenado o había posibilidad de algo más, de pasar más tiempo juntos durante aquellos días y conocerse mejor.

—¿Piensas abrir la puerta o el porche también te parece una buena opción? —La capciosa pregunta le obligó a dejar de lado sus cavilaciones y centrarse en la seductora mujer que tenía a su lado.

—Tan buena como cualquier otra. —Silvia lo miró con suspicacia—. No importa el lugar —añadió con voz sugerente y una morbosa sonrisa en los labios que consiguió estremecerla de arriba abajo—, sino la compañía y el placer que esta pueda proporcionarte —concluyó al tiempo que abría la puerta y la invitaba a pasar.

—Mide lo que dices, motero —dijo retadora, notando un cosquilleo de anticipación en el estómago. Sus palabras podrían haber sonado pedantes, incluso pretenciosas en otra boca, pero no en la suya. Silvia, excitada, las tomó como una promesa—, te estás poniendo el listón muy alto —le advirtió

una vez dentro de la casa, echándole los brazos al cuello.

—Para nada —rebatió con la irresistible seguridad que lo caracterizaba, posando las manos directamente sobre el trasero de Silvia al tiempo que empujaba la puerta con el pie y asaltaba su boca.

Silvia jadeó al sentir que la izaba y sus pies dejaban de tocar el suelo. Sin pensar, le rodeó las caderas con las piernas, apretándose contra él.

Alejandro, sosteniéndola en aquella posición, perdiéndose en el embriagador sabor de su boca, avanzó por el oscuro pasillo hasta la habitación de Silvia. Un segundo después su espalda se apoyaba contra la madera y el suave chasquido del resbalón al cerrarse les apartaba del mundo de los mortales.

Capítulo 8

Alejandro, pletórico pero agotado tras un maravilloso y violento orgasmo, se desplomó sobre Silvia enterrando la cara en su cuello, aspirando el delicioso aroma de su piel mientras recuperaba el aliento y se le normalizaba el pulso. Bajo él, Silvia permanecía inmóvil y callada. Se hizo a un lado, se acodó sobre la almohada y la contempló en silencio. Continuaba con los ojos cerrados y la respiración aún agitada.

—¿Todo bien? —preguntó apartándole con delicadeza un oscuro mechón de la frente. Su voz, aunque áspera, no denotaba preocupación, tan solo curiosidad teñida con una pizca de humor.

—¡Humm! —ronroneó—. Nunca me he encontrado mejor —reconoció, arrastrando con pereza las palabras y abriendo al fin los ojos, en los que aún se apreciaban los rescoldos de la pasión compartida momentos antes. La leve sonrisa que asomó en los labios de Alejandro consiguió que los de Silvia también se curvaran hacia arriba—. Y a riesgo de aumentar tu gran ego —continuó sosteniéndole la mirada—, confieso que ha sido el polvo más brutal de mi vida. —Se estremeció de solo recordar la intensidad de lo que había ocurrido momentos antes entre aquellas cuatro paredes.

—No hace falta que lo digas, ha sido evidente. —A pesar del aspecto jactancioso de su sonrisa, el comentario no sonó arrogante.

—Serás... —protestó Silvia entre risas, propinándole un suave puñetazo en el pecho.

—Pero para ser justo, diré que para mí también ha sido... brutal. —Vio cómo se ensanchaba su sonrisa—. De hecho —añadió, acariciando distraído uno de los pechos que sobresalía por encima del delicado sujetador de encaje—, jamás ninguna mujer me ha provocado como tú lo haces. Has estado a punto de volverme loco durante todo el día.

—¿Qué dices? —inquirió soltando una tintineante carcajada—. No he

hecho tal cosa —negó convencida sin dejar de reír. Sí, era extrovertida, pero lo de coquetear no le salía de forma natural, eso se lo dejaba para Marina.

—Tu entera me provocas —manifestó solemne, consiguiendo que el corazón de Silvia volviera a latir acelerado—. Tu mirada, tu cuerpo, la forma en que te mueves, el aroma que desprendes y que trastoca mis sentidos; liberas el ser primitivo y básico que llevo dentro —declaró, deslizando la palma de la mano sobre el tenso pezón con la misma parsimoniosa cadencia con que había hablado.

—Qué de cosas hago sin ser consciente de ello. —Bromear fue lo único que se le ocurrió para no reconocer que le sucedía otro tanto de lo mismo e impedir que aquella conversación desatara su imaginación, dando por hecho cosas que no eran. «Solo ha sido sexo».

Alejandro, un poquito desencantado con la esquiva respuesta, se limitó a sonreír, deslizando la mano tras su espalda y soltando el enganche del sujetador, del que ninguno de ellos se había molestado en deshacerse durante el tórrido encuentro. Con suavidad, masajeó la parte inferior de los senos, aquella que había estado sometida a la presión de los aros y el encaje arrebujaado bajo ellos. ¿Qué había esperado? ¿Una declaración de amor eterno? Solo había sido sexo y lo sabía.

—¡Hummm! ¡Qué alivio! —susurró cerrando los ojos, disfrutando de las caricias y olvidándose del espinoso tema de los sentimientos—. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo incómodo que resulta llevarlo a medio quitar —manifestó sofocando un bostezo. De repente, todo el cansancio del mundo, parecía haberse acumulado en su cuerpo; se caía de sueño y las manos de Alejandro actuaban como el mejor de los somníferos.

—Hasta ahora... estabas demasiado ocupada para notarlo.

—Cierto —aceptó, acurrucándose sobre su pecho y dejándose envolver por el calor de sus brazos.

Amanecía cuando el motor del *Golf* se detuvo frente al porche y los

Inclán, entre susurros y risillas apenas contenidas, pasaban ante la habitación de invitados de camino al piso de arriba. Unos minutos después, con la casa de nuevo en silencio y los tímidos rayos del sol colándose a través de la ventana, Silvia, habituada a madrugar, abandonaba el reino de los sueños. Una sonrisa de felicidad afloró a sus labios al sentir el cuerpo de Alejandro a su lado. El recuerdo de la noche compartida intensificó su sonrisa al tiempo que abría los ojos y se topaba con la mirada azul de su acompañante.

—Buenos días —lo saludó con remolona satisfacción y la voz algo pastosa a causa del sueño.

—Buenos días —respondió devolviéndole la sonrisa—. ¿Has dormido bien?

—Sí —dijo estirándose bajo la sábana para desentumecer los músculos— ¿Y tú? —Frunció ligeramente el ceño— ¿Cuánto tiempo llevas despierto? —preguntó, temiendo que haber compartido cama no le hubiera permitido dormir. Ella, sin embargo, había descansado de maravilla.

—Unos minutos —respondió sin perder la sonrisa—. ¿Tienes pensado salir a correr?

—Supongo que sí —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensando en otro tipo de ejercicio —contestó sugerente, posando la mano sobre la cadera de Silvia. Deseaba tocarla, saborearla y escuchar sus gemidos, desde que se despertara hacía ya un buen rato. Había acertado al pensar que una noche a su lado no sería suficiente.

La sencilla frase, acompañada de la sutil caricia, fue como un latigazo que la sacudió por dentro; la respuesta de su cuerpo no se hizo esperar y con renovada necesidad sus labios buscaron los de Alejandro, deseosa de volver a sentirlo dentro de ella. La posibilidad de calzarse las zapatillas de deporte quedó provisionalmente descartada.

—¿Sigues con ganas de salir a trotar por la carretera? —preguntó

Alejandro, sudoroso y con la respiración aún entrecortada, robándole un último beso antes de dejarse caer de espaldas sobre el colchón con ella encima.

—En lo único que puedo pensar en este momento es en una buena ducha. —A pesar de lo rotundo de su respuesta no hizo amago de moverse de donde estaba. Le encantaba la sensación de sentir piel contra piel, escuchar el rítmico latido de su corazón y continuar disfrutando del indolente paseo de aquellas manos sobre su cuerpo.

—Eso ha sonado bien. —Con un rápido y ágil movimiento, que la pilló desprevenida y le hizo soltar un gritito de sorpresa, abandonó la cama con ella en brazos.

—¿Te has vuelto loco? —protestó riendo, adivinado sus intenciones—
¿Qué pasa si uno de tus hermanos...

—Olvídate de ellos. Duermen como marmotas.

—No lo discuto, pero déjame en el suelo, por favor —pidió con dulzura. Aunque era poco probable que Marina o Pelayo aparecieran, no correría el riesgo de que los encontraran de aquella manera en mitad del pasillo. Alejandro obedeció a desgana torciendo el gesto. Apartó las manos de ella pero sus ojos continuaron pegados a su estupendo cuerpo mientras abría la ventana de par en par antes de acercarse al armario—. Toma —dijo tendiéndole una de las dos toallas que acababa de coger—, no estoy dispuesta a repetir el espectáculo de ayer. —Alejandro soltó una carcajada al recordar la escena—. No fue divertido —le recriminó de buen humor, saliendo de la habitación envuelta en la toalla.

—Tienes razón. No fue divertido verte salir corriendo con ese magnífico trasero al aire y tener que aguantarme con un calentón del quince después de haberlo tenido entre las manos —señaló siguiéndola, con la toalla al hombro, hasta la puerta del aseo donde, con la mano en el picaporte, se detuvo—. ¿Qué sucede? —inquirió, arrugando el ceño al ver que no se decidía a entrar.

—Esto... —Hizo una pausa y, mordiéndose el labio, se giró hacia él con evidente apuro— necesito... —¿Cómo decirle que tenía que hacer *pipí* y no

le apetecía tener público?— un poquito de intimidad —concluyó colorada como un tomate.

—Claro. —Tuvo que esforzarse para no echarse a reír y aumentar su bochorno—. La ducha conjunta tendrá que esperar —sentenció guiñándole un ojo.

—Gracias.

Desilusionado, la vio desaparecer del otro lado de la puerta y a él no le quedó más opción que regresar al dormitorio a recoger su ropa y esperar su turno para utilizar el cuarto de baño.

Silvia, ataviada con un cómodo vestido de tirantes, terminaba de preparar el desayuno justo cuando Alejandro entraba, recién duchado, en la cocina.

—¿Tienes hambre? —Se le contrajo el estómago al mirarlo por encima del hombro. Estaba arrebatador con aquella sencilla camiseta gris, los vaqueros desgastados y el pelo húmedo cayéndole desordenado sobre la frente.

—Estoy muerto de hambre —corroboró, acercándose y dándole un beso en el cuello con naturalidad, como si fuera algo que hiciera desde siempre. Silvia, sintió el familiar cosquilleo en el estómago que poco o nada tenía que ver con su apetito.

—Bien, porque he preparado tostadas para un regimiento —aclaró, intentando no darle mayor importancia al asunto. Hasta ahora no se había parado a pensar en lo que había surgido entre ellos y tampoco le apetecía hacerlo en ese momento.

—¿Cómo quieres el café?

—Con poca leche, por favor —contestó llevando la montaña de tostadas a la mesa mientras Alejandro servía el humeante y oscuro líquido en las tazas.

—¿Qué planes tienes para hoy? —la interrogó con tono pausado, casi indiferente, esperando que se calentara la leche que había metido en el microondas.

—Ninguno, que yo sepa, ¿por qué? —Evitando especular sobre sus

motivos, se sentó a la mesa después de haber sacado la mermelada y la mantequilla del frigorífico.

—He pensado que podríamos pasar el día en Oviedo —aclaró poniéndole delante la taza.

—¿Todos? —Se mostró prudente, no quería hacerse ilusiones.

—No. Solos tú y yo —respondió, removiendo el azúcar de su café, atento a la reacción de Silvia. Era consciente de que estaba allí por sus hermanos y tal vez prefería pasar el tiempo con ellos—. Te enseñaría la ciudad, comeríamos algo típico de la región —continuó, encogiéndose de hombros antes de coger una rebanada de pan—, ya sabes, otro día en plan turistas.

—Suenan genial —dijo conteniendo la emoción que burbujeaba en su interior ante la posibilidad de pasar un día más en su compañía—, pero quizás a Marina le parezca mal —comentó con un mohín de pesar. Si su amiga ya había hecho planes para ese día no sería correcto chafárselos por mucho que deseara estar a solas con Alejandro.

—Tonterías...

—¿Qué es lo que me puede parecer mal? —preguntó la rubia entrando en la cocina, en pijama y con el pelo alborotado.

—Me gustaría llevar a Silvia a Oviedo —explicó con los ojos puestos en la morena que, mordisqueando una tostada, aguardaba la respuesta de su amiga.

Con un mal disimulado bostezo, Marina se sirvió una buena taza de café solo.

—Por mí no hay problema —declaró sentándose con ellos a la mesa—, estoy tan cansada que creo que me pasaré el día dormitando en la playa.

—Entonces está decidido: nos vamos a la capital —festejó guiñándole un ojo a Silvia.

—Si tan cansada estás, ¿por qué te has levantado? —quiso saber Silvia, atando corto su entusiasmo e intentando que aquellas pequeñas muestras de afecto no le se le subieran a la cabeza.

—Me ha llegado el olor del café y no he podido resistirme —aclaró haciéndose también con una tostada.

—¡Qué ambientazo! —exclamó adormilado Pelayo al atravesar la puerta con un aspecto similar al de su hermana.

—¿También te ha despertado el olor del café? —inquirió Alejandro divertido.

—No... el de las tostadas —reconoció, llevándose la que Marina acababa de untar con mantequilla.

—¡Ey! —protestó, mirándolo enfurruñada—. Estos dos se van a pasar el día a Oviedo —anunció haciéndose con otra.

—Os dejo el coche...

—No...

—¡Qué compenetración, por Dios! —exclamó Pelayo al escucharlos responder al unísono, poniendo los ojos en blanco al ver el cruce de miradas y las sonrisas de complicidad que intercambiaba la pareja—. Demasiado temprano para tanto azúcar.

—Si no le había puesto mermelada —dijo Marina extrañada por el comentario de su hermano.

—Tómate el café, que estas un poco espesa —le recomendó, ignorando la mirada de advertencia que Alejandro, que sí había captado su sarcasmo, le estaba lanzando.

Con las tostadas y el café también desaparecieron Pelayo y Marina, dejándoles a ellos la tarea de recoger los restos del desayuno.

—Si te parece, podemos irnos en cuanto terminemos aquí —sugirió metiendo las tazas en el lavavajillas.

—Tengo que cambiarme de ropa, pero no tardo más de cinco minutos —le aseguró, pasándole los cubiertos.

—¡Perfecto! —Cerró el lavaplatos dando por concluida la faena—. Entonces, en marcha —dijo propinándole un azote que la fina tela del vestido no amortiguó.

—¡Ay! —exclamó, volviéndose hacia él, más sorprendida que otra cosa, con la intención de amonestarlo. Toparse con la maravillosa sonrisa que adornaba su atractivo rostro le hizo olvidarse de la reprimenda que tenía en mente. Observándolo, embelesada, solo podía pensar en lo mucho que le gustaba y en la manera en que su cuerpo reaccionaba ante él.

—Has dicho cinco minutos. Te quedan cuatro —anunció con un tono jocosos que pretendía camuflar lo mucho que le afectaba la forma en que lo estaba mirando.

El comentario la hizo salir de la especie de trance en que se hallaba sumida y, entornando los ojos, simulando enojo, pasó a su lado con la barbilla en alto.

—Qué desagradable eres —sentenció airada, agradeciendo la interrupción. No estaba preparada para afrontar lo que realmente sentía por él, aunque sospechaba que en su corazón comenzaba a gestarse algo.

Alejandro, sonriendo aún, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir tras ella y besarla hasta que se les entumecieran los labios. En lugar de eso, se obligó a pasar de largo ante su puerta y subir a su habitación a calzarse y recoger su cazadora.

Bajaba el último escalón cuando Silvia salía del dormitorio.

—Justo a tiempo —apuntó poniéndose la cazadora de cuero negro.

—Va a tener razón mi hermano —comentó, rodeándole la cintura con un brazo—. Con eso de que estamos compenetrados —aclaró ante la inquisitiva mirada de Silvia, dándole un ligero beso en la frente. En la punta de la nariz. En la mejilla. En los labios.

—Si continúas así —comenzó Silvia con voz queda, derritiéndose por dentro—, creo que no iremos a ningún sitio.

—Tienes razón —reconoció tras unos segundos en los que parecía haber estado sopesando qué hacer—, será mejor que nos marchemos ahora que aún estamos a tiempo. —El guiño de complicidad que le brindó, camino de la calle, consiguió que una cálida y grata sensación se propagara por el pecho de Silvia y adornara su boca con una sonrisa.

Capítulo 9

Las principales calles del centro de Oviedo bullían de actividad y la gente, aprovechando las rebajas, entraba y salía de las tiendas cargada de bolsas mientras Silvia y Alejandro paseaban con tranquilidad. Caminaban cogidos de la mano, charlando, riendo y exprimiendo aquellas horas a solas sin preocuparse en ningún momento de lo que pasaría al día siguiente ni si lo que compartían les llevaba hacia algún lado o simplemente se trataba de algo pasajero: una aventura que recordar cuando retomaran la rutina de sus vidas en Madrid.

Alejandro, como hiciera el día anterior, ejerció de guía, mostrándole los lugares y edificios más emblemáticos de la capital astur. A Silvia no dejó de sorprenderle la cantidad de esculturas que adornaban calles, plazas y parques, convirtiendo la ciudad en un verdadero museo al aire libre.

—¡Es Woody Allen! —exclamó al reconocer al famoso cineasta en una de ellas.

—Si no me equivoco, la pusieron el año pasado. Un homenaje al actor por los halagos que dedicó a la ciudad cuando en 2002 vino a recoger el Premio Príncipe de Asturias de las Artes —le había explicado Alejandro. Minutos después, de camino a la plaza de la Catedral, pasaron frente al teatro Campoamor, lugar en el que año tras año se hacía entrega de los afamados galardones. Recorrer el casco antiguo en compañía de Alejandro, además de placentero, estaba resultando muy ilustrativo.

—Esto de llevar como cicerone a un arquitecto es de lo más conveniente. —Acababan de abandonar la capilla de la Balesquida y sus ojos aún se paseaban con interés por el arco de medio punto de la entrada.

—No sé muy bien cómo tomarme eso. —Frunció el ceño con cierta preocupación; lo último que deseaba era excederse con sus explicaciones y resultar pesado—. Si te estoy aburriendo solo tienes que decirlo, no me

parecerá mal, de verdad. No pretendía convertir la mañana en una clase de historia del arte.

—No seas tonto. —Volvió a entrelazar sus manos y tirando de él lo acercó a sus labios—. Lo estoy disfrutando —declaró, tan cerca de su boca que el *vibrato* de sus palabras le hizo cosquillas. Lo siguiente fue un breve y sonoro beso que eliminó el molesto hormigueo pero que lo dejó con ganas de más—. Si en el instituto hubiera tenido un profesor como tú, estoy segura de que habría sacado matrícula —terminó con un ronroneo, recorriéndolo de arriba abajo con los ojos entornados y los labios fruncidos cual exagerada y cómica *femme fatale*. La carcajada de Alejandro no se hizo esperar.

—Y yo creyendo que al decir «un profesor como tú», te referías a mis conocimientos. —La achuchó entre sus brazos, depositando un beso en los labios ahora estirados en una pícaro y atractiva sonrisa. Así, enlazados por la cintura y sonriendo, se sostuvieron la mirada. Poco a poco, las curvas de sus labios se fueron suavizando hasta ser tan solo una débil sombra de lo que fueran, al tiempo que el destello de sus pupilas, prisioneras y carceleras a un tiempo, ganaba intensidad, transmitiendo en silencio más de lo que podrían haber expresado con palabras.

Fue Silvia la primera que, sobrepasada por la penetrante mirada azul que sentía era capaz de adivinar sus más íntimos pensamientos, apartó la vista.

—¿Hay algún otro lugar interesante que quieras enseñarme, profe? —A pesar del esfuerzo que hizo por mostrarse dicharachera, su voz sonó un tanto apagada, el nudo de emoción que oprimía su garganta era el responsable.

—Sí, esto... —Parpadeó con el ceño apenas fruncido, mirando a su alrededor, dándose unos segundos para ordenar el desbarajuste emocional que, en apenas un instante, la morena le había provocado. Casi tuvo que concentrarse para recordar en qué zona se encontraban y cuál era el siguiente punto al que quería llevarla—. Por aquí, creo.

La sonrisa con que acompañó sus palabras hizo que el corazón de Silvia se revelara, golpeando con fuerza contra las costillas. Parecía querer escapársele del pecho, y no por lo arrebatador del gesto sino por lo joven y, por primera

vez desde que se conocieran, lo inseguro que le hizo parecer.

—Pues vamos allá —propuso resuelta, no queriendo profundizar en unos sentimientos que, por el momento, prefería no dejar salir a la superficie; no hasta cerciorarse de que dejarlos aflorar tenía razón de ser.

En la siguiente visita, Alejandro, a pesar de tener la certeza de que no mintiera al asegurar que estaba disfrutando, contuvo el entusiasmo que siempre le embargaba al hablar de las características arquitectónicas de aquellas antiquísimas construcciones, decantándose por algunas anécdotas históricas que supuso le resultarían más entretenidas que oírlo hablar de bóvedas, cúpulas y ornamentación. Además, en esos momentos y bajo la atenta mirada de Silvia, su cerebro parecía haber olvidado parte de aquella información y solo era capaz de pensar en lo atractiva que se veía mientras escuchaba sus explicaciones o lo mucho que le gustaba la expresión de su rostro al contemplar con auténtica fascinación el interior de San Isidoro El Real o las vetustas fachadas de los caserones y palacios de aquella zona de la ciudad, dándose cuenta de que no solo no había sido suficiente una noche a su lado, sino que había logrado despertar en él un interés que iba más allá de lo meramente físico. Sabía que no tenía derecho a acapararla, que había venido para pasar uno días con Marina, pero la creciente necesidad de conocerla más a fondo, de descubrir otras facetas de su carácter, le hacían ser egoísta y desear no compartirla con nadie.

Por su parte, Silvia intentaba centrarse en cuanto le contaba, consciente ya de que algo había cambiado entre ellos, de que la forma en que ahora la miraba poco tenía que ver con el deseo y de que sus esfuerzos para contener lo que comenzaba a sentir por él, llegados a ese punto, eran inútiles. Así y todo, ninguno de los dos se atrevió a expresar en voz alta lo que acababan de descubrir. Quizás, buscando concederse un poco más de tiempo para estar seguros de no equivocarse. Nada ganaban precipitándose y diciendo algo de lo que más tarde se podrían arrepentir.

Soslayar el tema no les hizo mudar de comportamiento, de hecho, sus miradas se encontraban con más frecuencia, sus manos se buscaban

constantemente y sus cuerpos reclamaban con premura un mayor contacto y todo con la misma naturalidad de siempre.

Con alguien como ella era fácil dejar que las cosas fluyeran por sí mismas, pensó Alejandro observando divertido cómo intentaba, sin demasiado éxito, escanciar sidra como había visto hacer al camarero un momento antes.

—No olvides que dentro del vaso también tiene que quedar sidra.

—Qué fácil es criticar. —Rió dándose por vencida, ofreciéndole el vaso a Alejandro con poco más de un centímetro del dorado zumo—. Al menos yo lo he intentado. —Le dedicó una mirada retadora, colocando la botella justo delante de él antes de tomar asiento. Una suave carcajada escapó de la garganta de Alejandro que apuró el raquíutico *culín* sin apartar los ojos de los de ella, fascinado por la expresividad de estos y la facilidad con que lo atrapaban.

—Me niego a hacer el ridículo —aseveró arrojando al *no me chisques* el último sorbo, más por costumbre que por la efectividad del gesto que se supone sirve para limpiar el vaso antes de escanciar el siguiente *culín* y que beba otra persona.

—¿Acaso insinúas que yo sí lo he hecho? —El tono ultrajado de su voz no empañó el brillo divertido de sus ojos, que desde hacía rato se negaban a apartarse de aquel rostro que por momentos le hacía sentir deseos de suspirar como una colegiala enamorada.

—Para nada. —Procuró aparentar seriedad—. Has demostrado ser muy... atrevida.

—Qué diplomático. No, espera, lo que quería llamarte era cínico —dijo lanzándole, entre risas, el corcho que había quedado sobre la mesa. La aparición del camarero impidió que Alejandro le devolviera el corchazo. La mirada victoriosa de Silvia le hizo reír de nuevo, maravillado con su perpetuo buen carácter.

Tras una tardía pero deliciosa comida en la sidrería de la calle Gascona y

un último alto en el camino para visitar Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo, joyas del prerrománico asturiano, contemplaban la capital del Principado desde lo alto del monte Naranco.

—Qué pequeña parece comparada con Madrid. —Distraída, colocó las manos sobre las de Alejandro que, pegado a su espalda, le rodeaba la cintura y observaba el paisaje por encima de su hombro—. Pero qué bonita es la zona antigua, tan cuidada y con todas esas calles peatonales...

—Esa fue una de las cosas que enamoraron a Woody Allen.

—La otra seguro que fueron los *cachopos* de ternera —bromeó, refiriéndose a lo que ellos habían comido ese día.

—Seguro. —Rio con ganas, depositando un suave beso en su cuello. Era incapaz de resistir la tentación teniéndola tan cerca—. ¿Tienes frío? —La había sentido estremecerse entre sus brazos.

—Un poco. —Cierto era que allí arriba y a aquella hora de la tarde el aire era más fresco, pero había sido la ternura con que sus labios le habían rozado lo que provocó aquella reacción.

—Entonces, mejor nos vamos. —Atento, le frotó los brazos para hacerla entrar en calor. Silvia se limitó a asentir en silencio.

Gracias a aquellos pequeños gestos, saturados de mimo, se permitió fantasear por primera vez con la posibilidad de llegar a algo serio con Alejandro. El nudo que se le formó en la boca del estómago y la ligera presión que sintió en el pecho al contemplar la sonrisa que le ofrecía al entregarle el casco, eran señales inequívocas de que se estaba enamorando.

Apenas habían entrado en la casa, cuando el móvil de Alejandro comenzó a sonar. Su expresión se tornó preocupada al identificar el número que aparecía en la pantalla del *NOKIA 2600*.

—Perdona —se disculpó, alejándose unos pasos para atender la llamada.

Silvia, entendiendo que necesitaba intimidad, se dirigió a su habitación. No había llegado a cerrar la puerta cuando una mano, de uñas bien cuidadas,

asomó desde el otro lado impidiéndoselo.

—¿Con quién habla Jandro? —Marina se coló en el dormitorio sin esperar a ser invitada. La confianza entre ellas era enorme y le daba ese derecho.

—Ni idea —respondió cerrando, ahora sí, la puerta.

—Cuenta, ¿qué tal el día?

—Estupendo, me lo he pasado genial. Oviedo es una ciudad preciosa. — Se desprendió de la cazadora al tiempo que la rubia se dejaba caer sobre la cama.

—¿Y qué más?

—¿Qué más de qué?

—¿De qué va a ser? —Impaciente, puso los ojos en blanco—. ¿Qué pasa con vosotros dos? —Sin lugar a dudas su curiosidad era mayor que su diplomacia, pensó Silvia divertida.

—No pasa nada. —No era del todo cierto, pero ya que nada habían hablado entre ellos, tampoco se podía decir que mentía.

—No me lo trago. —Cómo hacerlo con lo que había ocurrido en el club la noche anterior o después de haber sido testigo de las miradas y sonrisas que intercambiaban durante el desayuno. Ni de broma.

—No voy a negar que me gusta —cedió, sabiendo que Marina no cejaría hasta obtener algún tipo de información— y yo a él también...

—¡Oh! Menuda primicia. —Su expresión fue igual de sarcástica que su comentario—. Tengo ojos en la cara, ¿sabes? Ahora, dime algo que no sepa.

—No puedo, porque no hay nada que decir. Lo pasamos bien, estamos a gusto juntos, pero no hay más. —Se había aferrado a aquella verdad a medias para sonar convincente y por la expresión desilusionada de Marina, lo había logrado. No quería adelantar acontecimiento antes de tener la oportunidad de aclarar la situación con Alejandro. Si es que había algo que aclarar, se dijo prudente.

—Es una lástima, porque hacéis una pareja estupenda. Además, ya va siendo hora de que te eches un novio formal.

—Mira quién va a hablar —le reprochó entre risas, aprovechando para desviar la conversación hacia un tema menos comprometedor—, la que sale cada semana con uno diferente.

—¡Qué exagerada! —protestó—, además, si lo hago es porque aún no he encontrado al hombre de mi vida.

—Y mientras lo encuentras y no, te entretienes con el resto.

—Cómo voy a saber cuál es el adecuado si no les doy una oportunidad —se defendió convencida, guiñándole un ojo con picardía—. Y no me lées, que era de ti de quien estábamos hablando.

Unos suaves golpes en la puerta impidieron que Marina continuara machacándola con aquel asunto y agradecida por la interrupción, abrió. Su alivio fue efímero y rápidamente sustituido por una opresiva sensación de inquietud al ver la seria expresión de Alejandro.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la rubia, poniéndose en pie apenas reparó en el sombrío semblante de su hermano.

Alejandro hubiera preferido poder hablar en primer lugar y a solas con Silvia, aunque de esta manera se evitaría perder el tiempo más tarde dando nuevas explicaciones a su familia.

—Ha surgido un problema en el proyecto en el que estoy trabajando y... tengo que regresar a Madrid —explicó con la vista clavada en el rostro de Silvia, pendiente en todo momento de su reacción. La desilusión que adivinó en los ojos pardos se sumó a la propia.

—¡Vaya! —exclamó Marina—. Lo siento. —Era cierto, pero saber que nada les había ocurrido a sus padres, como había temido, era un descanso. Aunque ver la cara que se le había quedado a su amiga tras escuchar la noticia, tampoco era como para dar saltos de alegría. Supo, sin temor a equivocarse, que no había sido del todo sincera al negar su relación con Alejandro; tampoco le extrañó. A pesar de la amistad que las unía, Silvia siempre se había mostrado mucho más reservada que ella a la hora de hablar de sus relaciones o sentimientos; que su hermano estuviera implicado en la ecuación le haría ser aún más discreta—. Yo... mejor os dejo solos.

Un silencio cada vez más denso llenaba la habitación. Había llegado, antes de lo esperado, aquel momento en que ninguno de los dos se había detenido a pensar. «¿Y ahora qué?», se preguntaban en silencio, sosteniéndose la mirada.

—¿Cuándo regresas a Madrid? —preguntó Alejandro, sin saber muy bien cómo abordar el tema.

—En tres o cuatro días, supongo. Pero no me quedaré, me voy a Málaga. Mis padres me están esperando. —Alejandro asintió en silencio, se había olvidado de su viaje al sur. Se mesó con gesto cansado el pelo ya alborotado a causa del casco.

—Me hubiera gustado...

—Todo lo bueno se acaba, ¿eh? —Lo interrumpió, curvando los labios en un amago de sonrisa. Le había faltado valor para escuchar el final de la frase. No hubiera sabido cómo reaccionar si le decía que todo había terminado entre ellos, incluso antes de empezar—. ¿Cuándo te vas? —Se moría por acercarse a él, por sentir el calor y la firmeza de su cuerpo contra el propio y silenciar sus labios con uno de esos besos que logran detener el tiempo. El miedo al rechazo le hizo permanecer donde estaba.

—Salgo en una hora. Tengo que estar...

—¿Vas a viajar por la noche con la moto? —saltó con la preocupación pintada en el rostro. La risueña mueca de Alejandro le hizo tomar conciencia de lo absurdo de su reacción. ¿Quién era ella para decirle cómo hacer las cosas?— Perdona, no hago más que interrumpirte —hizo una pausa y se frotó la cara con la manos intentando centrar las ideas—, pero ha sido todo tan repentino y además, te imagino sobre la moto devorando kilómetros como un loco en plena noche y se me encoje el corazón —decidió sincerarse.

—Ven aquí. —Tomándola de la mano, tiró de ella con suavidad, pegándola a su cuerpo y envolviéndola entre sus brazos—. Me voy en avión —la tranquilizó antes de apoderarse de su boca con un beso lento y sensual que sabía a agradecimiento, a alivio y esperanza; que escondía todo aquel deseo que ambos sabían no era el momento de dejar aflorar—. Llámame

cuando regreses de Málaga.

Silvia sonrió con pereza ante lo imperativo de su tono, estremeciéndose al recordar cómo con un simple pero firme «quédate quieta», la primera noche había logrado que sus manos se aferraran obedientes al cabecero de forja mientras él torturaba su cuerpo con besos y caricias que le habían hecho enloquecer.

—¿Estás seguro? —preguntó, haciendo a un lado los tórridos recuerdos y conteniendo la respiración en espera de su respuesta.

—Sí.

Sus labios se estiraron formando una amplia sonrisa antes de acercarlos a los de Alejandro.

—Te llamaré —confirmó con un nuevo beso, mucho más entusiasta que el anterior.

—Tengo que preparar la bolsa de viaje —rezongó contra su boca—. ¿Me acompañas al aeropuerto?

Silvia asintió, apartándose a desgana, consciente de que el tiempo se agotaba.

—No olvides que has prometido llamarme —le recordó robándole un último beso antes de cruzar la puerta de embarque de la diminuta terminal del aeropuerto de Ranón.

—No te lo he prometido —señaló, con un amago de sonrisa maliciosa en los labios, intentando poner un punto de humor que suavizara el apretado nudo que sentía en la garganta, amenazando con asfixiarla. Odiaba las despedidas y aquella, que iba acompañada de anhelos e incertidumbre, sobremanera.

—¡Prométemelo!

Capítulo 10

Aquellas dos semanas habían sido una locura para Alejandro. El dichoso cambio de última hora les había obligado a paralizar las obras, retrasar el inicio de otros proyectos, mantener interminables reuniones y realizar alguna que otra visita a la finca para comprobar, sobre el terreno, hasta qué punto eran viables las nuevas peticiones antes de rectificar los planos. Rehacer el proyecto supondría, en el mejor de los casos, otra semana de intenso trabajo y todo por un tonto capricho del cliente, pensó abandonando el lápiz sobre la mesa de dibujo con gesto cansado. Necesitaba cinco minutos para estirar las piernas antes de continuar tirando líneas, y la espalda también comenzaba a resentirse después de tantas horas frente al tablero inclinado.

Acercándose a la ventana, enterró las manos en los bolsillos del pantalón y observó distraído el tráfico y el deambular de los peatones por la céntrica calle madrileña, dejando fluir sus pensamientos. Los mismos que le habían acompañado en el transcurso de aquellos días: imágenes de unos oscuros, chispeantes y expresivos ojos, de una maravillosa sonrisa que podía ser tan dulce como provocadora, de un escultural cuerpo que encajaba a la perfección con el suyo y le encendía la sangre con pasmosa facilidad, hasta cuando no lo tenía delante, reconoció acusando los efectos que un simple recuerdo provocaba en su cuerpo.

Cerró los ojos e inspiró profundamente, reteniendo el aire en los pulmones unos segundos antes de expulsarlo con calma, buscando sofocar el repentino antojo de sus besos y caricias, de su presencia... de ella. En ese momento se conformaría con poder escuchar su voz y su risa a través del teléfono. «Llámalas». «No, espera, que no puedes porque no tienes su número». ¿En qué demonios estaría pensando para no habérselo pedido?, se recriminó como otras tantas veces hiciera desde que llegara a Madrid. «Pedirle que te llamara a la vuelta de las vacaciones y no cuando le apeteciera, también fue

brillante», se reprochó enojado, aunque sabía que había sido lo mejor. Pensar en ella era distracción suficiente y no podía permitirse añadir una más. Por eso no cedió a la tentación de llamar a Marina a Londres o de contactar con Pelayo para solicitarles el teléfono de los padres de Silvia, y además, no tenía ganas de soportar las bromas de sus hermanos, reconoció en el instante en que su móvil comenzaba a sonar. El corazón le dio un brinco en el pecho y, ansioso, se precipitó sobre el aparato con la esperanza de que fuera ella. Su entusiasmo se desinfló apenas identificó la llamada.

—Hola, mamá —saludó con desgana.

—Me emociona tanta efusividad.

—Perdona, es que estoy hasta arriba de trabajo —se disculpó, frotándose los ojos, ocultando su decepción y no queriendo pagar con su madre su frustración.

—Lo sé, y por eso no te lo tendré en cuenta, cariño. —Su tono fue conciliador. Alejandro intuyó que algo le iba a pedir—. Y como estás ocupado no te robaré mucho tiempo, solo pedirte que vengas esta noche a cenar a casa...

—Te lo agradezco, pero...

—Marta Garrido acaba de instalarse en la ciudad —prosiguió, ignorándolo con el mayor descaro—, ha venido a trabajar en la constructora que su padre tiene aquí, en Madrid —aclaró de corrido— y según me ha dicho, tiene entre manos un par de proyectos que le gustaría comentar contigo.

—Tal vez en otra ocasión. —Se mantuvo en sus trece. No solo andaba escaso de tiempo, sino que en absoluto le apetecía pasar la velada con Marta.

—Tendrás que cenar, digo yo. Qué importa...

—¡Mamá! —volvió a cortarla tajante—. Te acabo de decir que no puedo, tengo trabajo y no sé a qué hora terminaré.

—Pero ya le he dicho que vendrías. —Alejandro no se dejó embaucar por el tono lastimero de Amparo.

—Lo siento, pero deberías haberme consultado antes.

—De acuerdo —se rindió, sabiendo que no le haría cambiar de opinión—. Le diré que la invitarás a cenar en cuanto tengas un rato libre.

—Yo no he dicho...

—No trabajes hasta muy tarde, cariño —recomendó justo antes de colgar, dejándolo con la palabra en la boca.

Regresó a la mesa de dibujo más frustrado de lo que estaba antes de que su madre decidiera organizarle la vida.

Marta regresaba a su apartamento de la calle de Alcalá en taxi. Calculadora, no había llevado su *Audi TT* con la intención de que Alex la llevara de vuelta una vez terminada la cena en casa de sus padres. Que no se hubiera presentado había dado al traste con sus planes, aun así, estaba satisfecha. Amparo se había disculpado por la ausencia de su hijo, asegurándole que la invitaría a cenar apenas tuviera un hueco y le ayudaría a resolver cualquier duda que pudiera tener sobre los proyectos que tenía en marcha. Y no cabía duda de que una cena a solas con el hombre de sus sueños era mucho mejor opción que una reunión familiar, de ahí su satisfacción a pesar de que en un primer momento se hubiera sentido decepcionada y bastante molesta por el desplante de Alejandro.

Evidentemente, no necesitaba su opinión ni sus consejos. Se le daba bien su trabajo aunque no le apasionaba en absoluto. Contrariamente a lo que todos creían, no había estudiado arquitectura porque su padre fuera el propietario de la empresa constructora más importante de su región, ni mucho menos por vocación, había elegido aquella carrera porque Alejandro lo hizo. Quería formar parte de su vida como fuera. Fingir por su trabajo una pasión que no sentía, era un precio justo si con ello lograba estar cerca de él y despertaba su interés aunque, por el momento, solo fuera en el terreno profesional. Conseguir que volviera a fijarse en ella como mujer sería cuestión de tiempo y mucho más sencillo ahora que vivían en la misma ciudad y sus encuentros no se verían reducidos a las esporádicas y breves escapadas de Alejandro al norte. Ciertamente era que lo que ocurriera entre ellos

tiempo atrás fuera, al menos para él, un rollo de verano, y que al año siguiente pasara de ella como si no hubiera sucedido nada. Pero si con dieciséis años había logrado atraerlo, no dudaba poder hacerlo de nuevo. Además, ahora no solo estaba estupenda sino que contaba con el apoyo incondicional de Amparo, que parecía tener prisa por ver a su primogénito casado y dándole nietos y, aunque nunca hablaran abiertamente del tema, todo parecía indicar que la consideraba la candidata ideal para asumir el puesto de nuera.

Los rayos de sol incidían con fuerza sobre las blancas paredes de la casa y el calor resultaba sofocante, pero Silvia, parapetada bajo una sombrilla y concentrada en el manual de instrucciones de su nuevo teléfono móvil, parecía no advertirlo.

Era la primera vez que se hacía con uno de aquellos aparatos. Nunca habían despertado su interés, los consideraba un artículo innecesario, al menos para ella. Sus amigos y familia sabían dónde y cómo encontrarla, no necesitaba más. Sin embargo, aquella mañana, al pasar frente a una tienda de telefonía en Málaga no había podido resistir la tentación de llevarse uno. No se engañaba justificándolo como un mero capricho, tenía muy claro que lo había comprado pensando en Alejandro. Una vez en Madrid, quería estar localizable y no tener que aguardar hasta llegar a casa, después del trabajo, para averiguar si tenía alguna llamada suya. Así de sencillo y así de emocionante, porque se sentía como una niña con zapatos nuevos, agitada y ansiosa por estrenarlo.

Con una sonrisa en los labios, hizo a un lado las instrucciones y acarició el teclado, coqueteando con la idea de marcar el número que, de tantas veces contemplado, se sabía de memoria. Pensar en volver a escuchar la masculina y cálida voz de Alejandro le encogió el estómago y ensanchó su sonrisa.

—Quien solo se ríe, de sus maldades se acuerda —sentenció Andrés, tomando asiento al lado de su hija bajo la protección del parasol. El comentario le arrancó a Silvia una carcajada, no iba del todo desencaminado

el refrán: el deseo de hablar con Alejandro le había llenado la cabeza de sensuales imágenes, de apasionadas caricias y gemidos de placer; imposible no sonreír ante aquellos maravillosos recuerdos—. A saber en qué estarás pensando —añadió risueño.

—Mejor no te lo cuento —dijo tras una nueva carcajada, regresando el móvil a la caja y descartando temporalmente, por deferencia hacia su padre y porque allí arriba no había cobertura, la idea de telefonar a su chico.—¿No deberías estar haciendo la siesta? —preguntó, más por apartar aquel último pensamiento de su cabeza que con intención de regañarle. ¿De verdad había pensado en él como «su chico»? Lo había hecho y en el fondo tenía que admitir que sí, que se veía como pareja de Alejandro. Después de cuanto ocurrió entre ellos no podía ser de otra manera.

—¿Quién lo dice?

—Mamá... y el médico —respondió poniéndose seria. La salud de su padre no era un tema con el que estuviera dispuesta a bromear.

—Me encuentro perfectamente —la tranquilizó—, no necesito tanto reposo como dicen —añadió esquivo, desviando la mirada hacia la escarpada cumbre de la Sierra de Tejada—. ¿Cuándo regresas a Madrid? —la interrogó, buscando cambiar de tema.

—Pasado mañana. —Andrés asintió en silencio, intentando ocultar su pesar. Entendía que Silvia tenía su vida en la capital, pero no por ello dejaba de extrañarla cada vez que se marchaba.

—Tu madre está contenta con eso que le has contado de preparar las oposiciones. —Continuaba con la vista puesta en el paisaje.

—Lo sé. —Sonrió apenas—. ¿Y tú?

—Yo solo quiero que seas feliz. —Ahora sí la miró—. La vida es demasiado corta para perder el tiempo, hay que disfrutarla mientras se pueda y hacer lo que a uno realmente le apetece —sentenció guiñándole un ojo. Solía mantenerse al margen de las discusiones que madre e hija mantenían sobre el futuro de esta última, pero siempre había apoyado las decisiones de Silvia, sobre todo después de que su propia vida se volviera sedentaria y

aburrida a causa de la enfermedad. No quería que su pequeña terminara aborreciendo su trabajo y su vida por elegir con la cabeza y no con el corazón.

—Lo tendré en cuenta —dijo estirándose por encima de la mesa que los separaba, dándole un cariñoso beso en la mejilla antes de recostarse de nuevo contra el respaldo de la silla y dejar que sus ojos vagaran distraídos por la serranía, recuperando el recuerdo de Alejandro y permitiéndose fantasear con un futuro perfecto y feliz a su lado. Definitivamente estaba enamorada hasta las trancas, reconoció sin reparos con una nueva y radiante sonrisa en los labios.

Andrés cabeceó divertido ante la soñadora expresión de su hija, deseando que nunca, nada ni nadie, le robara aquella maravillosa sonrisa.

Alejandro estampó su firma al final del informe que tenía sobre la mesa, cerró la carpeta y consultó la hora: le quedaba poco más de media hora para ir a recoger a Marta. Pocas ganas tenía de comer con ella, pero su madre le había estado presionando hasta salirse con la suya y aunque imaginaba sus motivos, prefería creer que las constantes indirectas y alusiones que de un tiempo a esa parte hacía sobre su estado civil, nada tenían que ver con su cita con la asturiana. Para él, Marta Garrido no pasaba de ser una vieja amiga de la familia, agradable a ratos, cursi, artificial y empalagosa la mayor parte del tiempo. Y por otro lado, no iba a consentir que su madre interfiriera en su vida y mucho menos en el terreno sentimental, no necesitaba Celestina para conseguir pareja. Ese pensamiento le llevó a buscar con la mirada el teléfono móvil al tiempo que sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba y a su mente acudía la imagen de la sonriente morena de pelo corto que desde hacía un mes se había adueñado de sus pensamientos, despertando sentimientos que hacía siglos no experimentaba.

Desconocía la fecha exacta de su vuelta, pero agosto terminaba ese día; era cuestión de horas que se pusiera en contacto con él. Quizás, con un poco de suerte, podrían verse esa misma noche, calculó exultante, abandonando el

despacho con la idea del inminente reencuentro en mente.

Marta contempló el local conteniendo una mueca de desagrado. Había esperado que la llevara a uno de los muchos y modernos restaurantes de la ciudad y no a aquel mesón con aspecto decadente. Eso sin contar que una cena, y no quedar para comer, le habría dado la oportunidad de alargar la velada, e incluso, invitarlo a tomar una última copa en su apartamento. Suerte tendría si, al terminar, no salía corriendo a causa del mucho trabajo que, según Amparo, tenía, pensó molesta por lo difícil que le estaba poniendo las cosas. Pero no importaba, se dijo componiendo su mejor sonrisa al volverse hacia él, no iba a cejar en su empeño, le sobraba paciencia para ello.

—Qué sitio tan... encantador —se obligó a decir.

—¿En serio te lo parece? —preguntó jocosamente. Sabía que mentía. Aquel no era ni de lejos el tipo de local que ella, tan soberbia y escogida, frecuentaría.

—La verdad es que me parece un poco... —la notó apurada— cutre —susurró acercándose a él.

Alejandro contuvo la carcajada que, producto de la sorpresa, se había formado en su garganta, no era frecuente escuchar a Marta desdecirse de sus palabras y mucho menos siendo totalmente sincera. Le agradó el toque de franqueza; quizás, después de todo, la chica aún tenía remedio.

—Si lo prefieres podemos ir a otro sitio, sin embargo... —la cortó antes de que pudiera aceptar su ofrecimiento— te advierto que en el *Mesón del Boquerón* tienen una de las mejores cocinas de Madrid. Tú decides.

Marta deseaba dar media vuelta y salir corriendo de allí, era el típico lugar que le hacía sentir más que incómoda, pero debía actuar con inteligencia si quería ganarse el afecto de Alejandro, y si para ello tenía que comer allí, lo haría. O al menos lo intentaría.

—Nos quedamos —consintió con una de sus dulces y ensayadas sonrisas.

—Estupendo —celebró, rozándole apenas la espalda para conducirla hacia una de las mesas libres que había al fondo del local—. Buenos días, Raúl, un par de cañas cuando puedas, por favor —pidió al pasar frente a la barra.

—Cuéntame, ¿has logrado resolver las dudas que te planteaba tu proyecto?
—Una vez sentados fue directo al motivo que les había reunido, dejando el móvil sobre la mesa: quería responder cuanto antes si Silvia le llamaba.

—Sí, me las he apañado sola. —«Como siempre», puntualizó para sí misma, encogiéndose de hombros restándole importancia al asunto.

—Siento no haberte podido echar un cable —lamentó—, he tenido un mes complicado.

—No te apures —lo disculpó comprensiva, acariciándole el brazo, gesto que Alejandro, acostumbrado como estaba a sus manoseos, prefirió ignorar—, tu madre me lo ha contado y tampoco era nada importante. De todas formas, no hablemos de trabajo —pidió con una sonrisa tan perfecta como estudiada.

Durante unos segundos, Alejandro la observó en silencio. Se suponía que aquel encuentro se debía precisamente al trabajo, aunque claro, si ya había resuelto el problema no tenía mucho sentido hablar sobre ello y lo cierto era que necesitaba desconectar.

—Tienes razón —concedió en el instante que el camarero dejaba las consumiciones sobre la mesa y les entregaba la carta del menú. Alejandro le dio las gracias y dejó la suya sobre la mesa, no necesitaba mirarla para saber qué pedir—. Te recomiendo las carrilleras de cerdo ibérico, están de miedo.

—Gracias, me llega con una ensalada. —Miedo le daba pensar en comer algo elaborado en aquella cocina, solo de imaginarlo se le erizaba la piel y se le revolvía el estómago.

—No serás de las que controla cada caloría que ingiere, ¿verdad?, porque dudo que lo necesites —señaló divertido, sin apartar los ojos de su rostro. No necesitaba mirarla para saber que tenía buen cuerpo, aunque no le atraía en absoluto, al menos ya no.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Sonrió coqueta y encantada con que hubiera reparado en su estupenda silueta. Era un comienzo.

—Dime, ¿qué te ha traído a Madrid? —inquirió, cambiando abruptamente de tema. La conocía lo suficiente como para saber lo peligroso que podía

resultar seguirle el juego con el tema de los halagos.

—Necesitaba un cambio de aires —respondió, evitando dar detalles que la obligarían a desvelar sus intenciones o a mentir descaradamente. Tenía que actuar con precaución y esperar a que estuviera receptivo, nada adelantaba presionándole—. Pero, cuéntame tú, ¿a qué te dedicas?

—¿No has dicho que no querías hablar de trabajo? —bromeó.

—Qué tonto eres —dijo riéndole la gracia con una de sus afectadas carcajadas—. Digo yo que algo más harás aparte de trabajar.

Silvia, con la vista puesta en el monótono y aburrido paisaje que el tren iba dejando atrás, contaba los minutos que faltaban para llegar a la estación de Atocha. Una amalgama de excitación, anhelo y felicidad borboteaba dentro de ella, recorría todos y cada uno de sus vasos sanguíneos, anidaba en su estómago y conseguía que permaneciera sentada en su asiento, como si nada, fuera poco menos que una tortura. Y todo porque estaba a punto de llegar a casa, porque al día siguiente regresaba al trabajo y por encima de todo eso, porque apenas soltara la maleta volvería a escuchar la voz de Alejandro.

Capítulo 11

—¿Seguro que no quieres postre? —insistió Alejandro después de que el camarero retirara los platos y él se hubiera pedido un trozo de tarta.

—Gracias, he quedado bien —dijo, aliviada al poder alejar, al fin, los brazos de la tosca mesa de madera, en la que ni un triste mantel de papel habían puesto.

—Pero si apenas has tocado la ensalada —comentó sorprendido. Era imposible que no se hubiera quedado con hambre.

—Nos hemos liado a hablar y... además, me he reído tanto que me ha sido imposible meter más de cuatro bocados en el estómago —se excusó como pudo, aunque realmente no estaba mintiendo. Si dejaba de lado la grima que le producía el sitio, podía decir que la cita había sido un éxito—. Me lo he pasado muy bien, Alex —declaró, con la mirada entornada y una sonrisa tan dulce como la tonalidad de su voz.

—Aún estas a tiempo de pedirte algo —terció aprovechando que llegaba su postre, desatendiendo aquellas últimas palabras, tratando de esquivar lo que imaginaba sería uno de esos momentos en que la Marta más cursi y almibarada salía a relucir. Una lástima, como ella misma acababa de decir habían hablado como pocas veces recordaba que lo hubieran hecho y se habían reído. Cuando dejaba de comportarse como una *Barbie Super Princesa* resultaba divertida.

—No, de verdad que no quiero nada más. —Había estado a punto de echarlo todo a perder, se recriminó enfadada, aunque su rostro lucía una candorosa sonrisa. Debía ser más prudente y controlar sus maneras—. Lo que sí me apetece es un café —manifestó recuperando el tono informal que había mantenido hasta hacía unos minutos—, en otro sitio si no te importa —se apresuró a decir antes de que pudiera llamar al camarero; necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Claro, pediré la cuenta y... —Descubrir a Álvaro Palacios entrando en el mesón, le hizo enmudecer y maldecir para sus adentros. Sabía que corría un riesgo llevándola *al boquerón*, uno de los sitios favoritos de su peña, pero también era mala suerte que de todos sus amigos fuera a aparecer, precisamente, el más bocazas. Si se acercaba a ellos tendría que presentarle a Marta y dar demasiadas explicaciones sobre quién era y qué hacían juntos. En menos que canta un gallo, por obra y gracia del incauto Álvaro, la tendría formando parte de su grupo. Había sido agradable comer con ella, pero tenerla en la cuadrilla era algo muy diferente. Gracias, pero no—. Si me disculpas, voy a saludar a un cliente —mintió, pensando en emplear la misma excusa con Álvaro: comida de trabajo—, serán un par de minutos, después podremos irnos.

Conteniendo una mueca de fastidio, Marta, aprovechó su marcha para recrear la vista. No se podía ser más perfecto, dictaminó mientras sus ojos se paseaban descarados por la ancha espalda y el estupendo trasero enfundado en unos *Levi's*. «Es como el buen vino: mejora con los años», valoró mordisqueándose el labio inferior.

«¡Al fin en casa!», festejó Silvia dejando la maleta junto a la puerta, más tarde tendría tiempo de ocuparse de ella. Con una enorme sonrisa en los labios, buscó el teléfono móvil en el interior del bolso que colgaba de su hombro. Había llegado el momento de cumplir su promesa, pensó excitada.

Pulsó las teclas con dedos temblorosos a causa de la emoción y acercó el aparato al oído. De forma inconsciente iba contando los tonos mientras recorría el pasillo en dirección al salón; paseando de un lado a otro y con el corazón bombeando a destajo, aguardaba la respuesta de Alejandro.

Marta comenzaba a impacientarse cuando el *Nokia* de Alejandro comenzó a sonar. Miró hacia el final de la barra donde, de espaldas a ella, continuaba hablando con el inoportuno cliente sin percatarse de que era a él a quién

llamaban. Indecisa, dudó entre avisarlo o responder ella misma.

—¿Sí?

A Silvia, se le congeló la sonrisa en el rostro y sus pies se detuvieron de golpe por la sorpresa. No era una voz femenina la que había esperado escuchar del otro lado de la línea. ¿Se habría equivocado al marcar? Lo comprobó echando una rápida ojeada a la pequeña pantalla del *Motorola*. No se había equivocado y había sonado demasiado joven para ser la madre de Alejandro, ¿sería su secretaria?

—Hola. ¿Quién llama? —insistió la otra, interrumpiendo sus cavilaciones y haciéndola reaccionar.

—Sí...eh... buenas tardes, quisiera hablar con Alejandro.

«Obvio», pensó Marta, sarcástica y contrariada al descubrir que quien llamaba era una mujer.

—¿Quién eres? —indagó suspicaz y nada sutil, tiempo tendría de disculparse si llegaba a ser necesario.

—Silvia, una... amiga. —La breve pausa y el evidente titubeo al hacer la aclaración, activó las alarmas de Marta. «Silvia», ¿de qué le sonaba aquel nombre? Su cerebro comenzó a trabajar a un ritmo frenético, repasando datos, detalles y conversaciones en busca de una pista, porque estaba segura de haberlo escuchado en algún sitio y no hacía demasiado tiempo.

—*¿Qué has averiguado? —le preguntaba a Paula en los aseos del Náutico, a salvo de la atronadora música.*

—*Se llama Silvia, es amiga de Marina Inclán y, según Pelayo, está liada con Alex...*

Maldiciendo para sus adentros contuvo el impulso de colgar al recordar dónde y cuándo había escuchado el dichoso nombre. Pero debía mantener la calma y aprovechar la oportunidad que el destino le brindaba. Aquel era un juego para dos y no era ella la que sobraba. Devanándose los sesos, buscó a Alejandro con la mirada, continuaba charlando pero podía regresar en cualquier momento. «Piensa algo y hazlo rápido», se azuzó.

—Silvia, si quieres dejarle algún recado —propuso mientras urdía un plan

—, estaré encantada de dárselo en cuanto le devuelva el teléfono. —La idea surgió a medida que hablaba—. Esta mañana se marchó con prisa de mi apartamento y se lo dejó olvidado —mintió, consciente del riesgo que corría y lo mucho que se jugaba. Aguardando la respuesta de la otra conteniendo la respiración. Se había marcado un órdago a la grande sin saber con qué cartas envidaba.

—Solo dile... que he llamado.

—Claro —afirmó, satisfecha ante la apagada respuesta de la tal Silvia. Sin duda se había apuntado un tanto—. Supongo que tiene tu número —tanteó. Era significativo que no saliera consignado con su nombre, el detalle le hizo sospechar que no era así.

—No, no lo tiene.

—No importa, aparece en el registro de llamadas —garantizó pletórica, sin poder creer su buena suerte—. Él te devolverá la llamada cuando le sea posible —apuntó antes de despedirse con un *ciao* y colgar.

—¿Quién era? —Sorprendida, dio un respingo sobre la silla.

—Se habían equivocado —aclaró tendiéndole el móvil con tranquilidad—, preguntaban por un tal Isidro —añadió con una naturalidad que le maravilló. Estaba hecha una artista, consideró ufana.

—¡Ah! —exclamó mustio y sin ganas ya de recriminarle su exceso de confianza—. Podemos irnos cuando quieras —indicó con desgana. Había sido un chasco descubrir que no se trataba de Silvia.

—Genial. —Se levantó animada pero conteniendo la euforia y sin dar muestras de haber advertido su alicaído y repentino cambio de humor. Era evidente que esperaba aquella llamada, por ello no podía más que alegrarse de la aparición de aquel hombre que le había permitido responder en lugar de Alejandro. Ahora jugaba con ventaja y tenía que aprovecharla.

Diez minutos después de que la comunicación se cortara, Silvia, continuaba en estado de shock. Sin ser consciente de ello, se había dejado

caer sobre el sofá y sus ojos vagaban de un punto a otro del salón sin ver realmente los objetos sobre los que se posaban, mientras intentaba asimilar lo que acababa de escuchar. Aunque era sencillo de entender. Con pocas palabras y de forma sutil, aquella mujer le había dejado claro que Alejandro había pasado la noche en su apartamento. «Blanco y en botella», pensó pasándose las manos, ahora frías a pesar del calor, por la frente y las sienes intentando despejar su abotargado cerebro.

El estupor primero fue desapareciendo, dando paso a la incredulidad. Debía haber entendido mal, se dijo repasando una vez más las palabras que se le habían quedado grabadas en la cabeza, negándose a creer que aquello pudiera ser cierto. Tenía que ser un error, persistió en la idea, poniéndose en pie y comenzando de nuevo a caminar por la estancia con pasos que, poco a poco y a tenor de la evolución de sus pensamientos, se iban tornando más impetuosos porque del escepticismo pasó rápidamente al enojo. Por mucho que deseara encontrar una justificación coherente, lo cierto era que no había más que una posible interpretación: Alejandro se acostaba con aquella mujer.

—¿Cómo se puede ser tan cabrón? —soltó tan cabreada que le rechinaron los dientes. Había confiado en él, había estado todo el mes aguardando aquel momento con ilusión, se había permitido fantasear con una relación estable, se había dejado llevar por los sentimientos y todo para descubrir que la había traicionado a la primera de cambio, rumió enervada. Jamás hubiera esperado aquello de él, no cuando insistió tanto en que le anunciara su llegada, cuando le hizo creer que sentía verdadero interés por ella, continuó cada vez más encendida y sin dejar de moverse.

Y Marina, ¿por qué no le había advertido que no debía hacerse ilusiones?, ¿acaso no conocía a su hermano?, se preguntó, utilizando a su amiga como cabeza de turco, negándose a ver lo injusta que estaba siendo. Debería llamarla para agradecerle el que la hubiera hecho quedar como una idiota. No, se dijo, no se humillaría de esa manera, bastante mal se sentía ya por haber descubierto, por boca de su amante, que Alejandro le había engañado. Le correspondía a él aclarar la situación y...

«Y nada».

De repente se dio cuenta de que no tenía derecho a pedirle explicaciones. No habían concretado nada, tampoco le hizo promesas, por lo tanto era libre de acostarse con quien le diera la gana, reconoció desinflándose, notando cómo la rabia la abandonaba, dejando en su lugar una terrible sensación de cansancio. No estaba en posición de recriminarle nada, se dijo tragándose la decepción que atenazaba su garganta y le oprimía el pecho. Sus ojos se toparon con el móvil que había dejado olvidado sobre el asiento. Un amago de sonrisa, preñada de tristeza, curvó sus labios. «Qué manera más tonta de tirar el dinero», lo cogió con intención de apagarlo. «Tal vez no deberías adelantar acontecimientos, esperar su llamada y escuchar qué tiene que decir al respecto», la sugerencia sonó carente de entusiasmo y poco convincente, porque sabía que lo suyo no tenía posibilidad alguna de futuro. Si lo que imaginaba era cierto, y tenía todas las trazas de serlo, no podría volver a confiar en él por mucho que le dijera, aun así lo dejó encendido.

Eran casi las doce de la noche cuando, Alejandro, adormilado, decidió apagar el televisor e irse a la cama, no sin antes volver a comprobar que el móvil continuaba con batería, cobertura suficiente y ninguna nueva llamada entrante. Lo más probable era que hubiera llegado tarde y cansada del viaje y por eso no le había llamado, razonó resignado, despojándose de los desgastados vaqueros y la camiseta que usaba para estar por casa, pero seguro de que al día siguiente tendría noticias suyas.

Con esa perspectiva en mente y una medio sonrisa de anticipación en los labios, se cubrió con la sábana, dedicándole a Silvia sus últimos pensamientos del día antes de quedarse dormido, sin que el nombre ni el recuerdo de Marta asomara por ningún lado. Tras el café, la llevó de vuelta a casa. Como pudo, esquivó la invitación que le hizo para subir a conocer su apartamento, alegando trabajo y evitando comprometerse en firme para una nueva cita. Después se había olvidado por completo de ella y la agradable comida que compartieron.

—¿Te encuentras bien, Silvia? —le preguntó preocupada María, al finalizar la clase—. No tienes buen aspecto. —No solo se trataba de las profundas ojeras que lucía, sino que el ritmo de sus clases había decaído, como si a la muchacha le faltara energía, aunque evitó mencionarlo para que no sonara a reproche.

—Estoy bien, gracias. —Se obligó a sonreír, igual que llevaba haciendo desde hacía más o menos una semana—. Ya sabes —hizo un leve movimiento de hombros, restándole importancia al asunto—, depresión postvacacional —bromeó sin ganas. Agradecía el interés de la mujer, pero no quería preocupar a nadie y mucho menos ir de víctima.

—Será eso —concedió la otra, devolviéndole la sonrisa—. Tómalo con calma —sugirió, palmeándole con cariño el brazo antes de marcharse.

«Lo que tengo que hacer es pasar página de una vez», pensó con una determinación que estaba lejos de sentir y que chocaba de frente con su evidente y decaído aspecto.

Desde que regresó, pasaba las noches en vela, apenas tenía apetito y ni el ejercicio le ayudaba a salir de aquel estado de abatimiento, y todo porque Alejandro no se dignaba a devolverle la llamada. No esperaba que con ello se hubiera solucionado nada, pero merecía una explicación y eso era lo que en parte la estaba consumiendo, necesitaba entender por qué lo había hecho, por qué no había hablado claro desde el principio. Lo habría entendido y se hubiera limitado a disfrutar sin meter de por medio los sentimientos, ¿para qué generar falsas esperanzas? No lo comprendía.

En más de una ocasión había estado tentada a llamarlo de nuevo, pero su orgullo se lo impedía. No se arrastraría cuando era evidente que él no tenía nada que decirle. Solo necesitaba tiempo para olvidarlo, se dijo apagando las luces de la sala.

Ya en casa, preparó una cena ligera que, a pesar de no tener ganas, se obligó a comer antes de acurrucarse sobre el sofá y encender la tele. Sospechaba que en la bandeja de entrada de su correo electrónico aguardaban los *mails* que Marina le estaría enviando desde Londres, pero, como

sucediera el resto de la semana, no se sentía con ánimo de leerlos y mucho menos de responderle. «Quizás mañana», se dijo con la esperanza de que el lacerante dolor que le atravesaba el pecho fuera cediendo, dejándola continuar con su vida y su rutina como si Alejandro Inclán nunca hubiera irrumpido en ella poniéndola patas arriba en solo dos malditos días.

Un ligero sopor, producto del cansancio acumulado, se estaba apoderando de ella cuando el teléfono fijo comenzó a sonar, sobresaltándola. Aturdida y esperanzada, se abalanzó sobre él, sin reparar en que no era aquel el número que Alejandro tenía en su poder y por lo tanto era poco probable, sino imposible, que se tratara de él.

—¿Sí? —Del otro lado de la línea una mujer balbuceó su nombre entre quedos sollozos que terminaron de despejarla, al tiempo que su corazón dejaba de latir durante un segundo antes de desbocarse— ¿Mamá? —La alarma dominó su voz— ¿Qué ha ocurrido, mamá? —se forzó a preguntar, intuyendo cual sería la respuesta de su madre y sintiendo que el mundo comenzaba a desmoronarse bajo sus pies.

—Silvia, cariño —acertó a decir Carmen llorosa—, estoy en el hospital... tu padre ha sufrido una embolia cerebral.

Detestaba circular en coche por Madrid, pero aún no había tenido oportunidad de volver a por su moto. En realidad aquello no era cierto, reconoció, resoplando descontento. Podría haberlo hecho una semana atrás, pero había estado esperando el regreso de Silvia para proponerle una escapada de fin de semana a Asturias. Hubieran tenido la casa para ellos solos y después, el viaje de vuelta, lo habrían hecho sobre la GS. Sin embargo llevaba ocho días esperando a que se decidiera a dar señales de vida. Ocho días en los que su humor había sido más inestable que el clima del norte. Al principio, aunque desencantado, había llegado a la conclusión de que necesitaba un tiempo para readaptarse a la rutina tras las vacaciones.

Después, indignación y enojo habían formado piña frente a la falta de consideración de aquella a la que había considerado una mujer de palabra... Se había equivocado. Y ahora, después de tanto tiempo sin saber de ella, lo que estaba era preocupado. Porque a pesar de los cambios de humor que había sufrido por su causa, siempre había encontrado la manera de justificarla y mantener así la esperanza de que al final llamaría. «Tal vez ha perdido mi número de teléfono». «Sabe para qué empresa trabajo... pero no se habrá atrevido a molestarme en horario laboral». «Llegará demasiado tarde y cansada del gimnasio...».

No, se negaba a creer que la opinión que se formara de ella fuera tan desacertada, no solía confundirse al valorar el carácter de las personas y Silvia era una mujer alegre espontánea y sin dobleces, y por eso llevaba más de media hora buscando un lugar donde aparcar el coche, intentando mantener alejado de su cabeza el mal presentimiento que desde hacía un par de días le rondaba. Estaba decidido a terminar con aquella incertidumbre y averiguar la causa de su silencio. Tenía que salir de dudas o terminaría por volverse loco. Si no quería saber más de él, que se lo dijera a la cara, se dijo apostándose frente a la entrada del gimnasio.

Eran más de las diez cuando las luces del local se apagaron. Solo un par de personas lo abandonaron. Desconcertado, descubrió que ninguna de ellas era Silvia. Llevaba casi una hora allí plantado, esperando sin apartar apenas la vista de la puerta, era imposible que se hubiera marchado sin él darse cuenta. ¿Lo habría hecho antes de que él llegara?, se preguntó, cayendo en la cuenta de que su *scooter* no estaba a la vista. Decidido a salir de dudas, cambió de acera y se acercó al musculado joven que acaba de bajar la reja.

—Disculpa. Podrías decirme a qué hora se ha marchado Silvia.

—¿Eres amigo suyo? —indagó suspicaz, recorriéndolo de arriba abajo con la mirada.

—Sí. —No creía necesario tener que dar más explicaciones, pero la desconfianza del cachas le hizo continuar—. Es una amiga de la familia, tenía

que haberme llamado hace días, pero no lo ha hecho. Solo quería saber si está bien.

—Hoy no ha venido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, alertado por el gesto contrariado del otro.

—Pues eso, que no se ha presentado ni ha avisado de que no lo haría.

—¿La habéis llamado para averiguar qué le ha pasado? —Tuvo que esforzarse para no dejar entrever la angustia que comenzaba a invadirle.

—Sí, pero no cogió el teléfono.

—¿Y no ha ido nadie a su casa a ...

—Perdón —intervino la joven que se había encargado de echar el cierre—, se me ha olvidado decírtelo —prosiguió, mirándolos apurada—, llamó hará cosa de una hora. —Alejandro sintió que el aire volvía a entrar con normalidad en sus pulmones, aunque continuaba con el pulso acelerado. En segundos había imaginado todo tipo de desgracias que incluían a la monitora de aerobic—. Dijo que había tenido que salir de viaje y que no sabía cuándo iba a regresar. —Aquella era toda la información que podía ofrecer, el resto, lo del infarto de aquel pobre señor y por petición de Silvia, solo debía contárselo a los jefes.

Alejandro, frunció el ceño extrañado.

—¿Mencionó dónde estaba?

—No. —No lo había hecho, por lo tanto no estaba mintiendo, se excusó consigo misma la recepcionista, si ella conocía o no su paradero era otra cuestión que no venía a cuento en ese momento—. Pero... —dudó, no quería decir más de lo que debía— la verdad es que parecía angustiada. —A Alejandro, la aclaración no le resultó en absoluto tranquilizadora—. Siento no poder ofrecerte más información —lamentó al ver la expresión preocupada del hombre; comentar el estado de Silvia no había sido buena idea.

—No te preocupes, has sido muy amable. Gracias —se despidió,

marchándose con pasos decididos en busca de su coche. Había llegado el momento de hablar con Marina y averiguar qué estaba pasando. Sin duda ella tenía que saberlo.

Capítulo 12

No esperó a llegar a casa. Apenas se hubo sentado tras el volante del *Volvo* y devorado por la impaciencia, marcó el número de Marina.

—¡Qué sorpresa, hermanito! —lo saludó extrañada. Adoraba a sus hermanos, pero lo cierto era que cada uno iba un poco a su aire y desde que llegara a Londres se había despreocupado por completo de ellos—. Cómo es que te ha dado por llamarme, ¿ha ocurrido algo? —tampoco pudo disimular su inquietud.

—Dímelo tú —sonó más seco de lo que hubiera deseado.

—¿Yo? —inquirió confundida—. Expílicate, porque no tengo ni idea de qué va todo esto.

—Silvia —dijo sin más, dando por hecho que sería suficiente para hacerse entender.

—¿Qué pasa con ella? —insistió ante la parquedad de su hermano, frunciendo el ceño al escuchar el nombre de su amiga. Hacía un par de semanas que no sabía nada de ella. Desde que se fuera de Asturias apenas habían intercambiado media docena de correos porque en Alcaucín no tenía conexión a internet. Su última respuesta había sido de finales de agosto y después de eso, nada.

—Hoy no ha ido a trabajar. Hace poco más de una hora ha llamado al gimnasio para decir que se había marchado de viaje.

—¿De viaje? —repitió desconcertada, con los ojos abiertos como platos, casi sin darle tiempo a terminar de hablar—. No sabía que tuviera programado volver a viajar, ¿te han dicho dónde se ha ido? —dijo de corrido—. Es extraño, si le hubiera surgido algo me lo habría dicho, o no —dudó—, hace un montón que no contestas mis *mails*... ¿cómo sabes que ha llamado al gimnasio, habías ido a recogerla?

—Sí...bueno, no. No exactamente.

—¡Aclárate! —pidió impaciente—. No me estoy enterando de nada.

—Tenía que haberme llamado al llegar...

—Lo sé, me lo contó cuando te fuiste —lo interrumpió con intención de que se saltara aquella parte: ya la conocía, al menos aquel detalle, porque del resto de sus sentimientos y de lo que habían entre ellos no había soltado prenda.

—No lo hizo —sintetizó ante el apremio de su hermana—. Me pasé por el gimnasio para averiguar el motivo —continuó, evitando que la conversación se centrara en ese punto en concreto que, llegado el momento, aclararía y no precisamente con su hermana—, y me encuentro con que no se ha presentado y tampoco ha dado explicación alguna, solo que había tenido que salir de viaje.

—No me cuadra nada...

—Su compañera me dijo... —hablaron a la vez.

—¿El qué? —lo instó a continuar Marina.

—...que cuando había llamado parecía angustiada.

—Si es como dices, entonces, casi seguro que se ha vuelto a Málaga —sentenció pensativa y con un deje de preocupación en la voz que no le pasó desapercibido a Alejandro.

—¿Por qué estás tan segura? No tiene demasiada lógica, acaba de llegar...

—La tendría si el motivo fuera su padre. Padece una afección coronaria importante —aclaró antes de que Alejandro le pidiera explicaciones.

—Me lo comentó, pero no sabía que era algo tan serio —dijo deslizando la mano por la frente antes de llevarla hacia atrás, sobre el cabello. Lo que decía su hermana tenía sentido—. ¿Tienes el número de sus padres?

—Sí, y el de su móvil.

—¿El móvil de quién?

—De Silvia, de quién va a ser.

—No tiene móvil...

—Ahora sí. Se lo compró durante las vacaciones, me lo contó en su último

mail —aclaró, impaciente, deseando colgar para tratar de ponerse en contacto con su amiga. Sabía lo unida que estaba a su padre y si, como sospechaba, le había ocurrido algo, estaría destrozada—. En cuanto sepa algo te cuento.

—Gracias —tuvo tiempo de decir antes de que su hermana cortara la comunicación.

La teoría de Marina sonaba coherente y sin duda justificaba la repentina desaparición de Silvia y la angustia que la chica del gimnasio advirtiera en su voz, pero no explicaba por qué no se había puesto en contacto con él, pensó Alejandro poniendo en marcha el motor. Aunque en ese momento era lo de menos. Averiguar si las sospechas de Marina eran ciertas era lo primero.

Silvia, sentada junto a la ventana, observaba a su padre, ahora dormido, con aquella mezcla de angustia y alivio que la invadía desde hacía tres días. Les había dado un susto de muerte del que aún no se habían recuperado a pesar de que los médicos confiaban en que apenas le quedarían secuelas. Sería cuestión de tiempo, paciencia y rehabilitación, que recobrarla la total movilidad del lado izquierdo. La probabilidad, por pequeña que fuera, de que eso no llegara a suceder y verlo postrado ahora en aquella cama, rodeado de máquinas y cables, era lo que las mantenía en aquel estado de constante congoja.

—Deberías ir a casa a descansar —le propuso Carmen por cuarta vez en lo que iba de mañana.

—Estoy bien —murmuró sin gracia ninguna, arrastrando con hastío la última sílaba—. Ve tú, lo necesitas más que yo —añadió sin apartar los ojos de la cama. No le hacía falta mirar a su madre para saber el aspecto que mostraba, ojerosa y con los párpados hinchados por la falta de sueño y las silenciosas lágrimas que vertía cuando la creía dormida sobre el incómodo sillón.

—Al menos, sal y que te dé un poquito el aire —insistió, ignorando a propósito el comentario de su hija—. Tómate un café y llama a una de tus amigas. —Lo último que le apetecía era hablar con sus amigas. Hacía siglos

que no sabían de ella y les debía más de una explicación, algo para lo que en esos momentos no se sentía con fuerzas. La conmoción por aquel terrible episodio aún le duraba y no estaba segura de poder mencionarlo sin venirse abajo, sin que toda la angustia, los nervios y el miedo salieran a borbotones incontrolados de su boca en el momento que les diera rienda suelta. Del otro tema, el que había logrado apagarle la sonrisa y le arañaba con saña el corazón, dejándole profundas cicatrices y del que sabía Marina querría hablar, de ese, prefería olvidarse. De hecho, no había vuelto a pensar en ello, en él, desde que su madre la llamara y, como una exhalación, saliera a coger el primer vuelo en el que encontró pasaje.

—Bajaré a un por un café —concedió, apartando de su mente el doloroso recuerdo de Alejandro. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse y no sumaría otra que, de todos modos, ya no tenía remedio—. ¿Quieres uno?

Marta, aceptó con una sonrisa la copa de vino que Amparo le ofrecía. Por suerte para ella, la mujer no era tan esquiva como su hijo mayor, al que apenas había visto un par de veces en las últimas semanas y siempre tras ser ella la que tomara la iniciativa de llamarlo. Para colmo, en las dos ocasiones, se había mostrado distraído y apático, nada que ver con la actitud desenfadada y divertida de su primer encuentro. Sus esfuerzos por atrapar su atención no estaban dando resultado y por eso se había visto obligada a cambiar de táctica, recurriendo de nuevo a Amparo. Hacerse la encontradiza y una pizca de victimismo al mencionar, como por casualidad, lo sola y aburrida que continuaba, había sido suficiente para conmover a la crédula señora, que no tuvo el menor reparo en invitarla, una vez más, a cenar con su familia. Y allí estaba, en casa de los Inclán, aguardando a que Alejandro llegara para sentarse a la mesa, porque en esta ocasión sí acudiría a la reunión, al menos eso le aseguró Amparo.

—Buenas noches —saludó Alejandro al entrar en el salón, consiguiendo, con su masculina voz y su impecable aspecto, acelerarle ligeramente el pulso. Poco le duró el entusiasmo. Por la casi imperceptible elevación de cejas,

señal inequívoca de sorpresa, Marta supo que nadie le había informado de su presencia en la velada—. Hola, Marta.

Ni una sonrisa, ni un gesto que indicara que se alegraba de verla, pensó, cuidándose mucho de revelar la rabia que la invadía en ese instante. Le devolvió el saludo sonriente, maldiciendo para sus adentro por lo complicado que estaba resultando acceder a sus sentimientos.

—Todo el mundo a la mesa —ordenó la anfitriona, empujando con suavidad a su primogénito hacia la zona destinada al comedor—. Podrías mostrarte un poco más agradable —le regañó por lo bajo, más avergonzada que molesta por la falta de delicadeza de su hijo.

Alejandro, haciendo la cara a un lado, se limitó a poner los ojos en blanco. No se arriesgaría a enojar a su madre, pero tampoco estaba de humor para sus juegos de casamentera. Marina no había conseguido localizar a Silvia. En casa nadie respondía al teléfono, el móvil estaba apagado y en el gimnasio no habían vuelto a tener noticias suyas. Definitivamente no estaba de humor para tonterías y menos si estas tenían que ver con la asturiana.

—¡Menudo subidón le ha dado al verte, eh! —La mofa de Pelayo no hizo más que incrementar el enfado de Marta.

Menudo imbécil, masculló para sí, caminando al lado del cabeza de familia, decidida a no dejarse amedrentar por los mordaces comentarios del más joven ni por la falta de interés de Alejandro. Había hecho demasiados cambios en su vida por estar allí, cerca de él, y no iba a rendirse.

—Alejandro, cariño. —Amparo se vio obligada a subir el tono para llamar su atención. Aunque durante la cena se había comportado con corrección, por momentos también lo había notado ausente y el detalle no dejaba de preocuparla. Se sentía muy orgullosa de él y de sus logros laborales, pero debía aprender a olvidarse del trabajo una vez abandonaba el despacho, caviló, achacando su actitud distraída al exceso de faenas.

—Disculpa, estaba... no importa —dijo, dedicándole una sonrisa a modo de justificación. Ni el lugar ni la compañía eran los más indicados para

comentar qué, o mejor dicho, quién acaparaba sus pensamientos.

—Te preguntaba si vas a tomar postre —repitió, comprensiva, dedicándole una de sus cariñosas miradas antes de abandonar el comedor.

—No me apetece, gracias.

—Yo también paso, Amparo. No podría comer ni un bocado más —dijo Marta con aquel tono empalagoso que la caracterizaba, haciéndole volver, definitivamente a la realidad.

Aquella mujer se estaba convirtiendo, a pasos agigantados, en un incordio. No se conformaba con llamarlo cada dos por tres, consiguiendo arrastrarlo a comer con ella en más de una ocasión, lo que aceptaba por la amistad que les unía desde siempre; ahora, además, también tenía que aguararla en casa de sus padres. Toparse con la expresión jocosa de Pelayo, que parecía estar leyéndole el pensamiento, no le ayudó a mejorar su humor. Él no le encontraba la gracia al asunto, pensó, fulminando a su hermano con una mirada de advertencia.

—¿Cuándo regresa Marina de Londres? —Sabía que no podía tardar y hacía días que no recibía noticias suyas, señal de que no tenía nada nuevo que contarle. De todas formas estaba deseando verla. Ella, tan preocupada como él, era la única con la que podía hablar sobre Silvia y su inexplicable desaparición.

—Pasado mañana —le respondió Pelayo.

Alejandro asintió en silencio. Tenía la esperanza de que en aquellos días hubiera tenido la suerte de localizarla y así poner fin al misterio y a aquella sensación en la que, la inquietud y la curiosidad iban cogidas de la mano, seguidas muy de cerca por el enojo inicial que, aunque atenuado, continuaba agazapado entre las sombras, a la espera de una explicación.

—Me han hablado genial de un local aquí al lado —comentó Marta, decidida a ser el centro atención, algo que apenas había conseguido en toda la velada a pesar de sus esfuerzos y la ayuda de Amparo. Hasta Pelayo le había hecho más caso que Alejandro, aunque hubiera sido con sus habituales bromas y salidas de tono, pensó enfurruñada—. ¿Qué os parece si vamos y

nos tomamos allí el café? Según creo los hacen estupendos. Yo invito — apuntó animada.

—Quizás en otra ocasión —se disculpó la dueña de la casa, para alegría de Marta que, satisfecha, se limitó a hacer un mohín de fingida decepción—, se ha hecho tarde, pero podéis ir vosotros...

—Lo siento, yo tampoco puedo —se apresuró a decir Alejandro antes de que su madre le metiera en un compromiso—, mañana tengo una reunión importante a primera hora y toca madrugar.

—¡Qué chico tan responsable! —sentenció la asturiana, con su mejor sonrisa pero tragándose, una vez más, la rabia que le provocaban sus continuos desplantes.

—Yo me apunto —intervino Pelayo. Estaba claro que su hermano pasaba descaradamente de Marta pero ella, o bien era más tonta de lo que parecía y no se daba cuenta o simplemente no quería darse por enterada... fuera como fuese: era tonta. No conocía a Jandro en absoluto, pensó debatiéndose entre la diversión y la lástima, no sabía si por ella, que se iba a llevar un chasco o por su hermano, que tenía que aguantarla. Por una vez y sin que sirviera de precedente, estaba dispuesto a echarle un cable y librarlo de aquel marrón—, después puedo acercarte a casa.

—¡Genial! —Simuló entusiasmo, aunque lo último que deseaba era ir a ningún lado con el inmaduro de Pelayo, pero quedaría fatal si se desdecía. Aunque bien mirado, no era tan mala idea, pensó calculadora. La posibilidad de sonsacarle información, que más tarde podría emplear en beneficio propio, la animó. No sería la primera vez que, sin él saberlo, ayudaba a su causa, pensó recordando lo fácil que le resultó a su amiga descubrir quién era la morena que se había marchado del Náutico con su Alex y todo gracias al bocazas de pelo rubio que ya se levantaba de la mesa.

Cuando la improvisada pareja se marchó, Alejandro ayudó a su madre a recoger la mesa.

—¿Por qué insistes en ponerme a Marta delante de las narices? —preguntó, sereno pero decidido a dejar las cosas claras de una buena vez,

mientras cargaba el lavavajillas.

—No he hecho tal cosa —se defendió, esquivando, la mujer.

—¡Vamos, mamá! —exclamó, paciente—. Desde que está en Madrid la has invitado dos veces a cenar y prácticamente me has obligado a llevarla a comer. —A pesar de su tono pausado, le irritaba sobremanera que trataran de manipularlo, poco importaba que en esta ocasión se tratara de su madre.

—Me da lástima, la pobre. —Se supo descubierta y no le quedó más remedio que reconocer su intromisión. Alejandro se disponía a replicar, pero Amparo continuó hablando sin darle opción a hacerlo—. Además, creo que hacéis una pareja estupenda. Es buena chica, muy guapa y siempre he pensado que está loca por ti.

—En algo llevas razón... un poco loca sí que está —dijo, sin rastro de humor poniendo en marcha el electrodoméstico. No se había equivocado respecto a las intenciones de su madre—. No trates de emparejarme con ella —pidió categórico—. No me interesa y no necesito ayuda para encontrar pareja, te lo aseguro. —La imagen de Silvia acudió a su mente, junto con el regusto amargo de la decepción.

—No veo que te estés molestando en buscarla —espetó, molesta por la actitud de Alejandro. Solo quería lo mejor para él, y no entendía qué había de malo en favorecer una unión que le parecía de lo más acertada.

Ernesto, que hasta el momento permanecía callado, decidió intervenir antes de que su hijo respondiera, la discusión pasara a mayores y alguno de los dos pudiera lamentar, más tarde, sus palabras.

—Tesoro, deja al chico tranquilo, estoy seguro de que sabe apañárselas solito.

—Pero es que...

—Pero nada —la cortó cariñoso, rodeándole los hombros con un brazo—. Nunca nos hemos inmiscuido en la vida privada de nuestros hijos, no vamos a comenzar a hacerlo ahora que son adultos.

—Tienes razón —reconoció a regañadientes—, pero me parece tan mona y cariñosa...

Alejandro suspiró al tiempo que ponía los ojos en blanco, pero no dijo nada al respecto. Prefería guardarse para sí su opinión sobre Marta y su «encantadora» forma de ser.

—Me voy —anunció acercándose a su madre para darle un beso en la mejilla—. Lo de que mañana madrugo no era una excusa —apuntó mordaz, para consternación de su madre y diversión de su padre—. Gracias por la cena y... parte de la compañía —añadió, abandonando la cocina antes de que a su madre se le escapara la mano y terminara propinándole una colleja.

Capítulo 13

Llevaba más de tres semanas pasando frente al *cyber*, de camino al hospital, sin decidirse a entrar. Ahora, algo más tranquila y animada por la notable recuperación de su padre, supo que no podía demorar más el momento de ofrecer explicaciones, al menos, a su mejor amiga. Respiró hondo antes de acceder a su cuenta de correo electrónico, consciente de lo que se iba a encontrar. Había visto las llamadas perdidas que Marina hiciera a casa de sus padres, pero no había reunido la energía suficiente para devolvérselas. Sabía que la bronca iba a ser monumental, mayor cada día que dejaba pasar, y aun así, o quizás por eso, había ido retrasando el momento de contactar con ella hasta saberse con fuerzas para aguantar el rapapolvo.

No se equivocaba: la bandeja de entrada estaba abarrotada de *mails*, gran parte de ellos de Marina. Dando por supuesto que todos serían similares, decidió abrir el último, recibido esa misma mañana.

«Sigo sin recibir respuesta, pero no pierdo la esperanza...

Sé que algo muy fuerte ha tenido que suceder para que hayas desaparecido de esta manera, sin dar señales de vida y no te puedes hacer una idea de lo mucho que me preocupa (y me cabrea... que lo sepas) no saber qué demonios ha pasado.

Por favor, Sil, solo dime que estás bien... que todos estéis bien.

Te echo mucho de menos.

Besos

Marina

P.D.: Ya he regresado de Londres. »

Tuvo que parpadear al tiempo que tragaba para librarse del nudo de emoción que le cerraba la garganta y del escozor de las lágrimas que con rapidez acudían a sus ojos. Era evidente que Marina intuía lo que había

pasado y sabía, porque la conocía, que su preocupación era sincera. Qué injusta había sido al dejarla de lado sin tener en cuenta sus sentimientos. Entendía que estuviera enfadada, en su lugar, ella también lo estaría. Solo esperaba que, una vez le contara lo ocurrido, pudiera entender el porqué de su silencio.

Mientras tecleaba la respuesta, una mezcla de alivio y renovada decepción se agitaba en su interior y todo porque la madrileña no mencionaba a Alejandro. Aunque por otro lado, no tenía sentido que lo hiciera, reconoció, intentando ignorar la punzada de dolor que le atravesaba el pecho.

A pesar del tiempo transcurrido, del estado de ansiedad en el que vivió las últimas semanas, lo cierto era que su recuerdo había continuado presente en todo momento, empeorando su estado de ánimo. Y ahora, muy a su pesar, ese recuerdo y el peso de la desilusión sufrida regresaban con la misma intensidad del primer día, acaparando casi por completo sus pensamientos. Había llegado la hora de desterrarlo de su mente y su corazón de una buena vez. Su padre tenía razón al decir que la vida era demasiado corta para perder el tiempo lamentándose por lo que pudo ser y no fue, se dijo repasando lo que había escrito.

«Entiendo que estés molesta, y aunque no sirva de mucho, te pido perdón.

A primeros de mes, mi padre sufrió un infarto cerebral (del que afortunadamente se está recuperando), y no tenía ganas de hablar de ello, espero que lo entiendas.

Si todo sigue como hasta ahora, regresaré la semana que viene.

Aunque no lo parezca, también te echo de menos.

Besos

Silvia»

Tras unos segundos y aunque sabía que con ello solo despertaría la curiosidad de Marina y, al final, tendría que contarle lo ocurrido con su hermano, no pudo, por absurdo que resultara, resistirse a añadir:

«P.D.: Por favor, no le digas a nadie que vuelvo a Madrid.»

Pulsó enviar, antes de arrepentirse de aquella última frase. Era consciente de que a Alejandro poco podía importarle si iba, venía o se quedaba, pero por eso mismo consideraba que no necesitaba saber nada de ella ni de su vida.

—No, Marta —decía Alejandro con tono cansado justo cuando Marina asomaba la cabeza por el hueco de la puerta del despacho. Asintió en silencio, invitándola a entrar—, no puedo. Ya tengo planes para el fin de semana —aclaró, masajeándose la frente. Aquella mujer era insufrible—. Ahora no es buen... —Del otro lado de la línea, Marta, desoyendo su negativa, continuaba hablando para tratar de convencerle y lo único que estaba consiguiendo con su insistencia, era ponerle de mal humor—. ¡Marta!, tengo trabajo —la cortó sin miramientos—. Y por última vez, no voy a ir contigo a ningún lado. —Una nueva protesta llegó a sus oídos—. Mira, piensa lo que quieras. —Definitivamente había perdido la paciencia—. Y ahora lo siento, pero tengo que colgar.

Marina, sentada al otro lado del escritorio, lo miraba sorprendida. Pocas veces lo había visto de tan mal talente y nunca siendo grosero con una mujer; sí que tenía que estar quemado.

—¿Era Marta Garrido? —preguntó, ocultando bajo una máscara de seriedad lo mucho que en el fondo le divertía lo apurado de su situación, de la que Pelayo se había encargado de ponerla al tanto apenas hubo llegado a casa.

—¿Quién si no? —bufó—. Es insoportable. Desde que vive aquí no me deja en paz, me llama constantemente, se presenta aquí cuando le apetece sacándose de la manga invitaciones a comer, al cine o a lo que se le pase por la cabeza en el momento... me tiene hartó. Y para colmo, como a nuestra querida madre le da pena porque según le ha contado no tiene amigos, la invita a casa todas las semanas. Ya no se me ocurren excusas para no acudir a las dichas cenas —soltó de corrido, liberando parte de la frustración que se adueñaba de él cada vez que Marta, con su enfermiza obsesión, irrumpía de una u otra manera en su vida convirtiéndola en poco menos que una

pesadilla.

—Algo me ha contado Pelayo —confesó, conteniendo las ganas de reír. No quería irritarlo más de lo que ya estaba y, en el fondo, sabía que la cosa no tenía gracia: acosado por una mujer que le era indiferente e ignorado por la que realmente le interesaba. No era para reírse—. ¿Qué quería ahora?

—Organizar una salida a la sierra o algo por el estilo. La verdad es que no le he prestado demasiada atención —reconoció, frotándose la cara con ambas manos antes de deslizarlas por entre los oscuros y desordenados mechones que caían sobre su frente.

—Y eso de que ya tienes planes, era una milonga o...

—Es cierto. Me voy a Asturias a por la moto.

—¿Aún no has ido a buscarla? —Alejandro alejado de su moto. Inaudito. Pues sí que tenía que estar hecho polvo si en todo aquel tiempo no había encontrado un hueco para subir a buscar su *BMW*.

—He estado muy ocupado —aclaró esquivo, porque no era del todo cierto. La verdad era que desde un principio había planeado hacer aquel viaje con Silvia y hasta esa semana no había perdido la esperanza de que así fuera. Pero se le había agotado la paciencia. Necesitaba estar solo para aclarar sus sentimientos y de paso, liberarse durante un par de días del acoso de Marta—. ¿Has tenido noticias? —preguntó sin rodeos ni menciones innecesarias, ambos sabían a quién se estaba refiriendo.

Durante unos segundos, Marina, eludió dar una respuesta. No quería traicionar a su amiga, pero Alejandro merecía saber el motivo de su marcha y aliviar, aunque solo fuera en parte, su preocupación.

—Ha respondido a mi último correo. —No le pasó desapercibido el destello de ansiedad que refulgió en los azules ojos de su hermano que, tenso, aguardaba el resto de la información—. No me equivoqué al pensar que algo le había ocurrido a su padre: sufrió un infarto cerebral.

—¡Joder! ¿Y está... bien?

—No me ha contado mucho, pero al parecer se está recuperando a buen ritmo. —Lo vio asentir en silencio.

—Y no te ha dicho nada más —aseveró exhalando un hondo suspiro que Marina interpretó como de resignación. Por toda respuesta y con todo el dolor de su corazón, negó con la cabeza. Esperaba que los motivos de Silvia para obligarle a guardar silencio sobre su vuelta fueran convincentes y justificaran, que ella, tuviera que mentir a su hermano—. Al menos hemos resuelto uno de los misterios —trató de bromear al tiempo que esbozaba una insulsa mueca que no alcanzaba el rango de sonrisa y que nunca antes había visto aparecer en el rostro de su hermano—. ¿Nos vamos a comer?

La puntualidad no era una de las virtudes de Marina, pero en esta ocasión se estaba retrasando más de lo normal. ¿Sería tan grande su enfado como para darle plantón?, se preguntó Silvia volviendo a consultar la hora en el reloj de pared que colgaba tras la barra de la cafetería. No, por muy enojada que estuviera, no faltaría a la cita, iría aunque solo fuera para ponerla de vuelta y media, se dijo intentando serenar los nervios que, desde aquella mañana y anticipándose a la conversación que sabía tendría que mantener, se aferraban a su estómago y que ahora, al ver a la rubia atravesar la entrada, buscándola con la mirada, no hicieron más que ir en aumento.

Alzó la mano para hacerse ver. Un segundo después, Marina, se dirigía a ella con pasos decididos. El corazón de Silvia, dejándose llevar por la alegría y una buena dosis de ansiedad, se desbocó dentro de su pecho. Apenas se hubo acercado a la mesa, y sin mediar palabra, se fundieron en un fuerte abrazo que emocionó a la monitora. Podía estar enfadada, pero ante todo era su amiga, pensó tremendamente aliviada. Después de semejante recibimiento, estaba preparada para aguar el chaparrón que seguro estaba por llegar.

—Lo primero —comenzó la recién llegada en cuanto se hubieron separado —, ¿cómo sigue tu padre?

—Gracias a Dios, mucho mejor —respondió con la voz ligeramente tomada. Le costaba hablar del tema sin conmoverse. Marina aprovechó la breve pausa de la otra y el paso del camarero junto a su mesa para pedir un capuchino—. No está totalmente restablecido, pero le han dado el alta y todo

parece indicar que recuperará al menos el noventa por ciento de movilidad.

—Son buenas noticias —sentenció risueña, entrelazando las manos con las de la morena por encima de la mesa para darle ánimos—, pero ha tenido que ser horrible para vosotras y un susto tremendo para él. —Podía hacerse una idea de lo mal que lo había tenido que pasar. Se le encogía el corazón de solo imaginar que algo así le ocurriera a uno de sus padres.

—Ha sido horroroso. —Así comenzó el breve relato sobre lo duras que habían sido aquellas semanas en las que el miedo y la angustia le había robado el sueño, el apetito y las fuerzas, y que Marina escuchó en silencio, dejándola desahogarse.

—Deberías haberme llamado. —A pesar de la suavidad del tono empleado, era evidente que se sentía dolida.

—Lo sé y lo siento, pero en esos momentos no me encontraba con ánimos de hablar con nadie.

—Por lo que me han contado, ni en esos ni en otros. —Ahora sí había reproche en su voz y severidad en su mirada.

Silvia, desconcertada por tan repentino cambio de actitud, frunció el ceño, queriendo encontrarle el sentido a aquella última frase.

—No sé qué quieres decir. —Se dio por vencida.

—Pues está bien claro —sentenció, molesta por lo evasivo de su respuesta. Era consciente de lo celosa que era de su intimidad, pero en aquella ocasión estaban en juego los sentimientos de su hermano, la haría hablar aunque fuera a la fuerza—. ¿Por qué no llamaste a Jandro? —espetó, decidida a aclarar las cosas.

—Sí que lo hice —rebatió la monitora indignada, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Pues él me ha dicho todo lo contrario. De hecho continua esperando tu llamada, además de una explicación, claro.

—Entonces, debería preguntarle a su... novia, amante o lo que quiera que sea la mujer que respondió al teléfono cuando lo llamé y que parece ser,

decidió no darle el aviso.

La cara de Marina era todo un poema y Silvia, aprovechando que también parecía haber perdido la capacidad de hablar, le resumió lo que había ocurrido, con la esperanza de zanzar el tema de una buena vez. Poco importaba si sabía o no de su llamada, lo relevante del caso era que estaba con otra y ella no sería la tercera en discordia, pensó sintiendo que renacía en ella el coraje de aquel día, cuando hubiera deseado tenerlo delante para decirle cuatro cosas a la cara.

—No me lo puedo creer —dijo al fin Marina, estallando en carcajadas que consiguieron que todas las miradas de la cafetería se posaran sobre ellas.

—Pues te aseguro que eso fue lo que pasó. —A diferencia de Marina, ella no lograba verle la gracia.

—Te creo, pero ahora vamos, no tenemos tiempo que perder —habló poniéndose en pie, tirando de Silvia para que hiciera otro tanto.

—Pero...

—Te lo explicaré todo de camino al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? —repitió desconcertada, mientras la rubia pagaba a toda prisa los café—. ¿Qué se nos ha perdido en el aeropuerto?

Aún no sabía cómo se había dejado convencer. Aquello era una locura. A pesar de que le había hablado de aquella tal Marta, de sus sospechas sobre las intenciones de esta para con Alejandro y de su teoría de que había tenido que ser ella la que respondió a su llamada, evitando después mencionárselo a Alejandro, y aunque podía tratarse simplemente de una desafortunada casualidad que la había llevado a pensar lo que no era, no las tenía todas consigo.

—Te garantizo que Jandro no está con ninguna tía y mucho menos con esa. —Habían sido las últimas palabras de Marina antes de embarcarla con destino a Asturias.

De lo que sí estaba segura era de que se había comportado como una idiota

por desconfiar, por no haberle dado un voto de confianza, por pensar lo peor, aunque en aquel momento le pareció lo más lógico y ahora le aterraba la idea de enfrentarse a Alejandro. No sabía cómo iba a reaccionar al verla, sin embargo, era la primera vez desde hacía casi un mes y a pesar de los nervios que viajaban con ella, que sentía que podía respirar sin notar presión en el pecho. De golpe parecía haberse liberado de la pesada losa que cargaba desde aquel puñetero último día de agosto y la sonrisa que comenzaba a asomar a sus labios, aunque preñada de incertidumbre, era espontánea y de pura felicidad por haber descubierto que nada de lo imaginado era real. De nuevo, albergaba esperanzas de que lo que surgió entre ellos en apenas dos días pudiera convertirse en algo duradero.

Se bajó del taxi y recorrió sin prisa el camino de acceso a la casa, empapándose de las sensaciones y los recuerdos que durante un tiempo había tratado de borrar, sin éxito, de su memoria y que ahora, al estar allí, regresaban a ella en tropel infundiéndole valor para afrontar el reencuentro con Alejandro. Resuelta, pero con el corazón a punto de salirse por la boca de lo acelerado que estaba, hizo sonar el timbre y aguardó. No obtuvo respuesta. ¿Y si se había marchado ya?, se preguntó ansiosa, repitiendo la llamada.

Acercándose a la ventana de la cocina y poniéndose de puntillas, escudriñó el interior por encima de la cortina de media hoja. Descubrir una cazadora sobre el respaldo de una de las sillas la llevó a expulsar, aliviada, una bocanada de aire: no se había ido. Marina parecía tener razón al afirmar que su hermano pasaría el fin de semana en Santa María del Mar y, convencida de que era el momento y el lugar adecuado para aclarar las cosas entre ellos, le había instado a subir al avión sin pesar en que, a su llegada, Alejandro podría no estar en la casa colocándola en una situación un tanto apurada.

«Toca esperar», se dijo paseando la mirada por la finca, sin saber qué hacer mientras tanto. Un par de minutos allí de pie, sin más entretenimiento que mirar el césped, fueron suficientes para que una idea, un tanto arriesgada,

comenzara a formarse en su cabeza al tiempo que sus labios se curvaban hacia arriba y un cosquilleo de excitación recorría su cuerpo.

Colocando la mochila sobre el alfeizar de la ventana, buscó papel y bolígrafo en uno de los bolsillos laterales y, con pulso temblón, escribió una breve nota que a falta de un lugar mejor donde dejarla, introdujo entre el marco y la puerta de entrada. Esperaba, por su bien, que ninguna inoportuna ráfaga de aire la hiciera salir volando o se encontraría en un verdadero aprieto, pensó abandonando la propiedad de los Inclán.

Comenzaba a caer la tarde cuando Alejandro regresó a casa. Guardó la moto en el garaje y, con las llaves en la mano, se dirigió al porche. Iba a introducir el llavín en la cerradura cuando reparó en el papel que, doblado al medio, alguien había dejado enganchado en la ranura de la puerta. ¿Habría sido algún vecino?, se preguntó, frunciendo el ceño extrañado.

—¿Qué demonios...? —Se interrumpió de golpe, con la sorpresa reflejada en el rostro y el corazón latiendo enloquecido, entendiendo el significado de la escueta nota al descubrir la firma. Incrédulo, releyó el mensaje:

«Te espero a la orilla del mar.

Silvia»

Capítulo 14

Era ella. Estaba allí, aguardándole en la playa, celebraba enloquecido su corazón mientras un centenar de contradictorias emociones se agitaban en su interior. Unas, instándole a salir cuanto antes en su busca. Otras, las que reavivaban su enojo, le hacían permanecer inmóvil, contemplando la hoja de papel, sopesando qué hacer o cómo reaccionar cuando la tuviera ante él. Un pensamiento fugaz cruzó su mente: telefonar a Marina. No sabía si para recriminarle que hubiera revelado su paradero, agradecerle que lo hubiera hecho o para que le adelantara la razón de tan inesperada visita, pero descartó la idea. Igual que no necesitaba Celestina para encontrar pareja, tampoco necesitaba consejera sentimental para aclarar sus asuntos, al menos, no cuando le ponían en bandeja la oportunidad de hacerlo. Si Silvia había viajado hasta Asturias y le esperaba en la playa, solo podía ser por un motivo.

Sentada sobre la arena, contemplando el bravo oleaje y ensayando una y mil maneras de pedirle disculpas, comenzaba a perder la esperanza de que Alejandro fuera a aparecer. Cabía la posibilidad, una que no habían barajado al organizar aquella escapada al norte, de que regresara tarde o que simplemente no lo hiciera. Fácilmente podría pasar la noche fuera, caviló, comenzando a pensar que ella tendría que dormir en el hotel cercano a la playa.

Estaba oscureciendo, comenzaba a sentir frío y la idea de marcharse en busca de alojamiento iba ganando fuerza cuando algo se removió en su interior. Un presentimiento, una especie de sexto sentido que le advertía que ya no estaba sola. Alzó la vista y vio al hombre que, desde lo alto del pequeño acantilado, la observaba.

«¡Es él!», estalló de júbilo, notando que se le aceleraba el pulso y su respiración se tornaba rápida y superficial. A pesar de la escasez de luz y la

distancia que le impedían distinguir la expresión de su rostro, no podía apartar los ojos de la imponente estampa que ofrecía allí parado. Con el aire alborotándole el oscuro cabello, ataviado con la cazadora de motero que, a causa de las protecciones, hacía que sus hombros parecieran aún más anchos, y con el mar estallando furioso contra las rocas que tenía a sus pies, parecía un fiero guerrero recién llegado de la batalla, pensó extasiada. Aunque no tenía nada claro si regresaba en pos de su amada o clamando venganza. Decidida a averiguarlo, se puso en pie. Con los ojos clavados en la figura que ya descendía hacia la playa por el pedregoso camino, las piernas, temblorosas y débiles como jamás las hubiera sentido, el corazón al borde de la taquicardia y las manos, a falta de algo que hacer con ellas, enterradas en los bolsillos delanteros del tejano, permaneció donde estaba conteniendo el deseo de echar a correr y arrojarse a sus brazos. Deseo que mermaba a medida que Alejandro se aproximaba y sus miradas, salvando al fin la distancia, se enfrentaban. Sus ojos, los que recordaba de un azul intenso y limpio, se veían ahora de un amenazante tono plomizo que parecía cargar de electricidad el aire que les envolvía, presagiando tormenta. Tragó, intentando deshacer el nudo de inquietud que enredaba sus cuerdas vocales impidiéndole hablar mientras, Alejandro, a solo dos pasos de ella, luchaba por dominar las violentas emociones que le zarandeaban las entrañas. Al menos hasta decidir si quería apoderarse de aquella boca con la que llevaba semanas soñando o exigirle la explicación que tanto tiempo llevaba esperando.

El tiempo parecía haberse detenido en tanto ellos, ajenos al rugido de las olas y los gritos de las gaviotas, continuaban observándose sin animarse a romper el tenso y crepitante silencio. Fue Alejandro el que, cansado de controlar sus instintos cuando se trataba de ella, de intentar aplacar el deseo que le consumía desde que leyera su nota, hizo desaparecer el espacio entre sus cuerpo, apoderándose de sus labios, imprimiendo en aquel beso toda la rabia y la desesperación que le habían acompañado durante el último mes y que ahora, al tenerla frente a él, parecía haberse duplicado.

Silvia, sobrecogida por la dureza de aquellos labios que tiempo atrás

sintiera cálidos y suaves, no reparaba en la fuerza con la que la mano masculina se cerraba sobre su nuca, impidiéndole retroceder. Solo era capaz de sentir el calor de aquella lengua que sin piedad ni tregua avasallaba a la suya en busca de respuesta. Un gruñido, gutural y salvaje, resonó en su boca filtrándose a través de las capas de tejido y células hasta alcanzar el torrente sanguíneo, convirtiéndolo en una especie de lava incandescente que la recorrió de arriba abajo haciéndola reaccionar, al tiempo que un brazo se cerraba entorno a su cintura, robándole el aire y pegándola al robusto torso que se moría por acariciar. Sus manos, ansiosas, se alzaron hasta las rígidas hombreras de la cazadora, entregándose al exigente beso con idéntica urgencia, disfrutando de aquel sabor que tan bien recordaba: el sabor de Alejandro. Y de repente sintió ganas de llorar. De llorar de alivio. Porque a pesar del enojo con que devoraba su boca, que más parecía un castigo que una bienvenida, estaba allí, había ido en su busca y la estrechaba entre sus brazos.

«¡Dios!, qué maravilloso es volver a sentir sus manos sobre mi cuerpo», rezó para sí, sintiendo que la angustia de las últimas semanas comenzaba a desaparecer y su corazón volvía a latir con fuerza e ilusión.

—Deseabas esto tanto como yo. —No fue una pregunta. Sin embargo, por la forma en que sus manos le envolvían el rostro y las dilatadas pupilas escrutaban su mirada, Silvia entendió que esperaba una respuesta. Y asintió, con los ojos encharcados y una sonrisa de felicidad que apenas llegó a esbozar antes de que los labios del motero volvieran a posarse sobre los suyos con un rápido, rudo y sonoro beso para después alejarse. Necesitaba recuperar el espacio entre ellos y con él la capacidad de pensar, porque si continuaba tocándola, si sus bocas volvían a encontrarse o su embriagadora fragancia seguía emborrachándole los sentidos, olvidaría el propósito con el que había bajado a la playa y que, solo con verla, ya había relegado a un segundo plano—. ¿Por qué no me llamaste? —Sus iris eran dos llamas azules que contrastaban con el frío y cortante tono con que formulara la pregunta, mientras luchaba consigo mismo para no mandar al diablo sus motivos y

volver a encerrarla entre sus brazos.

—Sí lo hice. —A diferencia de cuando se lo dijera a Marina, su respuesta no sonó ofendida, porque ahora sabía que él ignoraba que lo hubiera hecho.

No le pasó desapercibida la incredulidad que centelleó en sus ojos, algo con lo que, evidentemente, ya contaba. Sin darle opción a replicar, se apresuró a contar la conversación que había mantenido con la mujer que respondiera a su llamada. A medida que hablaba, notaba cómo la expresión de Alejandro se tornaba sombría y su mirada peligrosa. ¿No la creía?, se preguntaba aterrada pero sin interrumpir su relato, explicando, de forma atropellada, la conclusión a la que había llegado tras la breve charla telefónica, evitando mencionar las sospechas de Marina sobre la identidad de su interlocutora. Carecía de pruebas para acusarla directamente; sería su palabra contra la de la asturiana y no estaba segura de que Alejandro fuera a creer su versión.

Una vez terminó, sin saber qué más añadir para convencerlo de que decía la verdad, contuvo la respiración, aguardando la reacción de Alejandro que, por la tensión de su mandíbula y la forma en que las aletas nasales se le dilataban al respirar, parecía estar contando hasta diez para aplacar su cólera y no ponerse a gritar.

Y no se equivocaba. A medida que escuchaba la declaración de la monitora y su cerebro iba procesando la información y atando cabos, sentía cómo la sangre le ardía de indignación.

—¡La mataré por esto! —masculló con los dientes apretados.

Era evidente que había llegado a la misma conclusión que su hermana, pensó Silvia, soltando el aire que retenía en los pulmones, aliviada porque no cuestionara su historia.

—No te hagas mala sangre —pidió, apoyando la mano sobre el pecho masculino. A pesar del grosor de la cazadora, podía percibir los furiosos latidos de su corazón—. No merece la pena —añadió conciliadora, aunque ella misma hubiera deseado arrancarle la cabeza a aquella víbora que a punto había estado de separarlos para siempre con sus engañosas insinuaciones.

No supo si fueron sus palabras o el contacto de su mano lo que apaciguó a Alejandro que, con un rápido y suave movimiento, la pegó con fuerza a él.

—Tienes razón —murmuró, posando los labios sobre la frente de Silvia—, no merece la pena —concedió, buscando su mirada y expulsando temporalmente a Marta de sus pensamientos antes de volver a besarla. No quería ensuciar aquel instante con el recuerdo de aquella chiflada a la que quería fuera de su vida para siempre. Detalle que le haría saber apenas hubieran regresado a Madrid. Por el momento solo quería disfrutar de la mujer que estrechaba entre sus brazos y que con sus ávidos besos le hacía vibrar como ninguna otra hiciera antes, porque besarla se convertía en una experiencia fascinante que le hacía desear permanecer pegado a sus labios por toda la eternidad. No recordaba haber sentido aquello con ninguna otra mujer, ninguna le había besado como Silvia lo hacía. Había encontrado a alguien que sabía responder, ofrecer y exigir lo que él deseaba en cada momento, y aquello iba más allá del sus magníficos besos y el increíble sexo que habían compartido. La conexión que surgiera entre ellos desde el principio era total. Por cursi y peliculero que pudiera sonar, había encontrado a su media naranja. Ser consciente de ello le enardecía los sentidos y le hacía desearla aún con mayor intensidad.

—¿Pensabas pasar la noche en la playa? —inquirió de buen humor, pero con la voz marcada aún por el largo y apasionado beso compartido, resistiéndose a apartarse de ella.

—No —respondió, ladeando la cabeza con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, facilitándole el acceso a su cuello—, contaba con que vinieras a buscarme —jadeó, enterrando los dedos en los alborotados cabellos de Alejandro, pegándose a sus caderas y abandonándose a las sensaciones que le provocaba con los sensuales y húmedos mordiscos que le estaba dando a lo largo del cuello.

Alejandro se limitó a soltar una áspera carcajada, dándole un último y suave mordisquito en el lóbulo de la oreja antes de agacharse a recoger la

mochila que había quedado olvidada sobre la arena.

—¿Es todo tu equipaje? —quiso saber, colgándose la bolsa al hombro al tiempo que la cogía de la mano.

—No había tiempo para más —aclaró Silvia con una mueca de circunstancia que le hizo volver a reír.

De camino a la casa y haciendo a un lado su recién recuperado buen humor, no pudo dejar de preguntarle por la dolencia de su padre y el estado actual de este.

El interés con el que la escuchaba, la ternura con la que le rodeó los hombros y le besó la sien cuando, como de costumbre, se le quebró la voz al recordar la aflicción de los primeros días y al incertidumbre de los siguientes, le llegó al alma y la hizo sentir la mujer más estúpida del planeta por haber pensado lo peor de él, por negarle el beneficio de la duda y la opción a defenderse.

Si verse en la finca aquella tarde le había traído recuerdos, entrar en la casa la hizo viajar atrás en el tiempo, casi esperaba ver asomar por la esquina del pasillo a Marina y Pelayo riendo. Parecía que nunca se hubieran ido, pensó deseando que fuera verdad, que aquellos dos últimos meses no hubieran sido más que un mal sueño.

—Te he echado de menos. —La confesión de Alejandro, susurrada junto a su oído al tiempo que deslizaba las manos sobre su cintura, la trajo de vuelta a la realidad, una realidad que mejoraba por momentos. No podía dar marcha atrás ni borrar lo ocurrido por mucho que lo deseara, pero al menos podía enmendar los errores que había cometido.

—Yo también a ti, aunque no quería hacerlo —reconoció, girándose para poder mirarlo de frente. Alejandro asintió, entendiendo sus motivos por errados que estos hubieran sido y adorando aquella franqueza suya que le divertía y fascinaba a partes iguales.

—No vuelvas a desconfiar de mí, por favor.

—Lo siento, yo...

—No —la silenció, rozándole los labios con las yemas de los dedos—, no te disculpes. En tu lugar posiblemente hubiera llegado a la misma conclusión y reaccionado como tú lo hiciste. —El mimo con el que le acariciaba el rostro y la forma en que sus ojos parecían fundirse con los suyos mientras hablaba, la estremecieron de pies a cabeza—. La confianza llega con el tiempo y a nosotros nos ha faltado, pero eso lo podemos solucionar. —Su voz sonó cálida y segura. Sus iris volvían a ser de un azul intenso—. Lo que compartimos fue especial. ¡Tú eres especial! —Silvia sintió que se derretía entre sus brazos—. Y por eso me gustaría que no hubiera nuevos malos entendidos entre nosotros, que digas lo que piensas y sientes en cada momento, que no te guardes nada, que seas tú misma... quiero que esto salga bien. —Silvia, demasiado emocionada para decir nada, le echó los brazos al cuello y se pegó a su boca. Acababa de vivir el peor mes de su vida en todos los sentidos y ahora, por fin, volvía a ver luz al final de aquel camino que hasta hacía unos días había recorrido sumida en la angustia y la desilusión: su padre se recuperaba a buen ritmo y el hombre que avivaba los latidos de su corazón hablaba de un futuro a su lado—. Pretendía que este fuera un momento solemne —farfulló con la voz ronca, separándose apenas de ella—, y lo has echado a perder.

—¿Yo? —El tono desconcertado alcanzó su mirada.

—Sí, tú. —La seria expresión de su rostro contrastaba visiblemente con el pícaro brillo de sus ojos—. No puedo declararme como Dios manda si te frotas de esa manera contra mí.

—No me estaba... —se interrumpió de golpe, comprendiendo que solo buscaba provocarla y que era él el que la mantenía pegada a su cuerpo—. ¿Era eso lo que estabas haciendo, declararte? —Con fingido escepticismo, pero sin poder ocultar la felicidad que borboteaba en todas y cada una de las células de su cuerpo y que se manifestaba en forma de enorme y radiante sonrisa, le siguió el juego.

—Era lo que intentaba, pero ahora... —Los labios masculinos se curvaron

hacia arriba y las pupilas orladas por un fino aro de color añil relampaguearon de excitación— tendrás que esperar —sentención, cargándola sobre el hombro sin el menor esfuerzo.

—¿Qué haces? No, espera —protestó entre risas y pataleos—. Quiero escuchar esa declaración.

—Demasiado tarde. —Llevaba dos meses esperando que llegara aquel momento y ahora, sintiendo las suaves curvas de su cuerpo contra el suyo mientras lo besaba de aquella manera tan deliciosamente sensual, se le había disparado la libido y su cerebro estaba a punto de bloquearse. Mejor no añadir nada más y pasar a la acción—. Tengo otras ideas en mente. —En esta ocasión no se detuvo en la habitación de invitados y continuó camino del piso superior: en adelante la quería en su cama—. Y estate quieta o lograrás que rodemos escaleras abajo —ordenó propinándole un azote en el trasero.

Obediente, más por seguridad que por otra cosa, se dejó llevar escaleras arriba con el corazón botándole eufórico en el pecho. ¿Quién necesitaba una «declaración como Dios manda» cuando te miraban como él lo había hecho? Que la considerara especial, que deseara iniciar una relación, era más de lo que había esperado escuchar dadas las circunstancias y no podía sentirse más dichosa. Después de todo la idea de Marina había sido de lo más acertada.

—Empiezo a creer que los Inclán sois descendientes directos del hombre Neandertal —espetó, sin resuello y fingiendo enojo, cuando Alejandro la dejó caer en la cama. Apoyándose sobre los codos, lo vio desprenderse de la cazadora y los zapatos antes de aproximarse a ella, exhibiendo una sonrisa tan maliciosa como las que solía lucir su hermano pequeño—. Ya puesto, podrías haberme subido de los pelos.

—Los tienes demasiado cortos. —Le quitó las deportivas—. Y ahora, señorita —comenzó, hincando las rodillas sobre el colchón, una a cada lado de sus pies descalzos, recorriendo su cuerpo con la mirada, deteniéndose un instante en su boca antes de alcanzar sus ojos—, usted y yo vamos a recuperar parte del tiempo perdido. —Deslizó las manos sobre las estupendas

piernas, dominando el instinto primitivo que le impulsaba a arrancarle la ropa y hundirse en ella de forma salvaje.

—¿Es una promesa? —ronroneó, excitada, tirándole de la camiseta para atraerlo hacia su boca.

—Que no te quepa duda. —Su voz sonó áspera y apremiante sobre los labios que lo aguardaban entreabiertos y ansiosos por recibirlo.

Dos pares de manos forcejearon con las prendas que se interponían entre ellos hasta hacerlas desaparecer y quedar piel con piel. Cada caricia, beso y gemido, transmitía a la perfección los sentimientos que albergaban y que ninguno había encontrado necesario mencionar abiertamente, dejándose llevar por la pasión, el deseo y las sensaciones que les provocaba el volver a estar juntos, permitiendo que fueran estas las que marcaran la cadencia de cada uno de sus movimientos. Una cadencia que a ratos era salvaje y desenfrenada y al instante se tornaba pausada, casi contenida.

Silvia, se sentía arder ante el roce abrasador y húmedo de la lengua de Alejandro, se derretía bajo el contacto de las hábiles manos que recorrían su cuerpo con reverencia, se retorció codiciosa y provocadora contra el magnífico cuerpo masculino y perdía el juicio cada vez que se hundía dentro de ella sin importar la intensidad, la velocidad o lo profundo que lo hiciera. Alejandro, acunado por los sensuales sonidos que escapaban de la garganta de Silvia, se consumía entre sus piernas, deleitándose con su sabor, adorando cada centímetro de piel que tocaba, prendido de los oscuros ojos que, cálidos y enfebrecidos, le sostenían la mirada llevándolo al límite, desbocando su corazón y haciéndole sentir el hombre más afortunado y enamorado sobre la faz de la tierra.

Capítulo 15

Abrazados, con las piernas enredadas y acariciándose con perezosa ternura, solo pendientes de la respiración y el latir del corazón del otro, se recuperaban del largo y apasionado encuentro.

—¿No tienes hambre? —Fue Silvia la que, con voz espesa, puso fin al idílico momento. Alejandro estalló en una carcajada.

—Déjame adivinar: tú, sí. —No necesitaba poderes psíquicos para acertar en su predicción, hacía rato que sentía las protestas del estómago de Silvia, pero parecía tan a gusto, él también lo estaba, que no había dicho nada al respecto.

—Estoy famélica. —Alejandro no le veía el rostro, continuaba apoyada sobre su pecho, y aun así supo que sonreía; adoraba aquel carácter desenfadado suyo.

—¿Qué tal si primero nos damos una ducha? —propuso, animándola a levantarse con unas suaves palmaditas en el muslo.

—Buena idea. —Saltó de la cama y un escalofrío le recorrió el cuerpo, haciéndole añorar el calor y el contacto de Alejandro. Tuvo que controlarse para no regresar al abrigo de sus brazos—. ¡Qué frío!

—¿Necesitas que te haga entrar en calor? —preguntó carnal, situándose frente a ella sin apartar los ojos de su cuerpo desnudo. No se cansaba de contemplar sus suaves y proporcionadas curvas.

—Tengo demasiada hambre para dejarme tentar —sentenció, apoyando la mano sobre el pecho de Alejandro, deteniendo su avance—, pero prepárate, en cuanto recargue las pilas te voy a demostrar cómo se recupera el tiempo perdido. —Sonrió maliciosa, repasándolo de arriba abajo con la mirada antes de regresar a sus ojos y elevar las cejas con un insinuante movimiento al tiempo que su dedo índice iniciaba un lento descenso desde el pectoral al abdomen, deteniéndose justo por encima del ombligo.

—No puedes decirme algo así y quedarte tan ancha. —El tono lastimero que empleó la hizo reír, pero no se dejó embaucar ni atrapar y con un ágil saltito hacia atrás esquivó el abrazo de Alejandro.

—Es lo que hay —apuntó, precipitándose hacia la puerta para alejarse de la tentación. Si continuaba allí, terminarían de nuevo enredados y aunque la idea le seducía mucho, con las prisas y los nervios, no había probado bocado en todo el día y se sentía desfallecer—. Cuanto antes terminemos, antes regresaremos a la cama —lo provocó trotando escaleras abajo.

Alejandro salió tras ella, con una sonrisa de diversión en los labios; también tenía apetito y ella iba a ser el aperitivo.

—¿Ducha o baño? —preguntó cerrando la puerta a su espalda.

—Ducha. —Fue la taxativa respuesta de Silvia mientras accionaba los mandos, sin ser consciente de la hambrienta mirada del motero. Si había contado con que meterse juntos bajo el chorro del agua caliente resultaría más práctico y breve, se equivocó.

En cuanto las manos de Alejandro, cubiertas de jabón, se deslizaron a modo de esponja sobre su piel se supo perdida. Un cuarto de hora más tarde continuaban en la bañera, prodigándose caricias entre jadeos y arrebatados besos. Y no fue hasta un buen rato después que aparecieron en la cocina, Alejandro en vaqueros y camiseta, Silvia envuelta en el albornoz rosa de Marina y ambos luciendo una bobalicona sonrisa de satisfacción en los labios.

Improvisaron una cena fría con lo que Alejandro tenía en la nevera y alguna cosilla que encontraron en la despensa, abrieron una botella de vino y se sentaron a la mesa. Silvia ocupó una de las cabeceras y Alejandro, ignorando la que quedaba libre, se acomodó a su lado y observó, divertido, cómo untaba el paté en una tostada y, tras el primer bocado, ronroneaba de placer mientras masticaba con los ojos cerrados. Se le aceleró el pulso por el simple hecho de contemplarla y un agradable calor comenzó a propagarse por su pecho. Estaba perdidamente enamorado de ella. Parecía una locura, pero aquello que se removía en su interior, que le disparaba el corazón al

recordarla, que le hacía desear tenerla cerca en todo momento, mirarla, tocarla, escuchar su risa, perderse en sus pícaros ojos y compartir con ella hasta la cosa más insignificante, aquello que le había mantenido ansioso todo el mes de agosto y convertido septiembre en una montaña rusa emocional, aquello era amor.

—Di por sentado que también tenías hambre.

Parpadeó despistado. Silvia le observaba con un trozo de *cheddar* en la mano mientras tomaba un sorbo de vino.

—La tengo —señaló con una sonrisa torcida en los labios, arrebatándole el pedazo de queso de entre los dedos.

—¡Ey! —protestó, frunciendo el ceño—. Consigue tu propia comida —exigió acercándose a él para, de un bocado, recuperar parte de la porción robada, esbozando después una sonrisa de maliciosa complacencia. El movimiento hizo que un mechón, aún húmedo, le cruzara la frente, atrapando la atención de Alejandro.

—¿Por qué lo llevas tan corto? —preguntó curioso, rozándolo apenas con los dedos para hacerlo a un lado.

—¿No te gusta? —Contuvo las ganas de reír ante el destello de preocupación que, a pesar de lo desenfadado de su tono, advirtió en los oscuros ojos de la monitora.

—Me encanta. Toda tú me gustas —sentenció serio, sosteniéndole la mirada. Una sonrisa, tímida en esta ocasión, reapareció en los labios de Silvia —. Ven aquí —pidió tomándola del brazo. Hizo la silla atrás y, tirando de ella con delicadeza, la sentó en su regazo. La instó a abrir la mano y posar la palma sobre su pecho. Había llegado el momento de hablar claro—. ¿Lo sientes? —Silvia asintió sabiendo a qué se refería, sorprendida por la velocidad a la que funcionaba su corazón—. Late así por ti. —Aquellas cuatro palabras y la forma en que las pronunció, con un grave y contenido susurro, la estremecieron. De repente, su corazón, también palpitaba alocado —. Eso sonaba mejor en mi cabeza —farfulló consternado, con los ojos cerrados y la frente apoyada contra la de Silvia, que se debatía entre la risa y

la emoción.

—A mí me ha sonado maravillosamente bien —manifestó, con una fulgurante sonrisa en los labios y una sobredosis de adrenalina circulando por sus venas cual tren de alta velocidad. Alejandro, animado por el entusiasta comentario, entrelazó los dedos con los que continuaban sobre su tórax y volvió a mirarla a los ojos.

—Estoy loco por ti, Silvia.

—Lo he notado —apuntó, entornando los ojos con picardía.

—No me refiero al aspecto físico, ya sé que eso es evidente —replicó, esbozando una sonrisa. Costaba ponerse solemne cuando ella no dejaba de hacer comentarios—. Hablo de lo que me haces sentir, de lo que he sentido durante estos dos últimos meses.

—¿Intentas decir que has pensado en mí? —La agitación que sentía removerse dentro de ella le impedía mantener la boca cerrada.

—No... sí, claro que he pensado en ti. —Lo estaba enredando y desviando del tema—. A todas horas. Lo que intento, y de nuevo no me dejas hacer, es declararme —señaló, comenzando a perder la paciencia aunque no el buen humor. Su espontaneidad y aquel carácter desenfadado eran algunas de las cosas que la hacían irresistible ante sus ojos.

—En serio... —La mirada ceñuda de Alejandro le impidió continuar—. Vale, me callo.

—Gracias. —Acompañó el sarcasmo con una cómica mueca de fastidio. Inspiró con fuerza y retuvo el aire un par de segundos antes de expulsarlo despacio, buscando recuperar la seriedad que un momento como aquel requería—. Soy consciente de que apenas nos conocemos, que no hemos pasado demasiado tiempo juntos. —Silvia asintió, apretando los labios para no hablar—. Pero sé lo que quiero —continuó, haciendo caso omiso del esfuerzo de la morena por mantenerse callada—. Quiero descubrirte, formar parte de tu vida, averiguar qué cosas te hacen reír y estar a tu lado cuando necesites llorar. —Un gemido involuntario escapó de la garganta femenina. Ni en sus mejores fantasías hubiera esperado escucharle decir aquello—.

Quiero compartir tus sueños, ser parte de ellos y hacer cuanto esté en mi mano para que seas feliz. —Silvia, realmente emocionada, se llevó la mano a los labios. Aquello sí que era lo más bonito que le habían dicho en la vida—. Te quiero a ti —concluyó, observándola expectante.

Parpadeó para ahuyentar las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos y tragó para deshacer el nudo que enredaba sus cuerdas vocales, impidiéndole hablar. Después de lo mal que lo había pasado aquello era más de lo que emocionalmente podía soportar. Su reacción estaba siendo demasiado ñoña, lo sabía, pero no podía evitarlo.

—Ahora no dices nada —reprochó, tan sorprendido como nervioso, sin saber cómo tomarse el repentino mutismo de la mujer a la que acababa de declarar su amor. Silvia, movió la cabeza de forma tan anárquica que costaba saber si asentía o negaba. Por primera vez en su vida se sentía inseguro—. Entiendo que te pueda parecer precipitado, que necesites tiempo para...

—No necesito... —Se le quebró la voz—. No me parece precipitado ni tengo nada que pensar —logró decir sin perder la sonrisa y con los ojos húmedos—. Creo que me enamoré de ti nada más verte —confesó sin rastro de pudor, notando cómo sus pupilas se fundían con las de Alejandro—. Solo lamento no habértelo dicho entonces —le acarició los labios con un suave beso—. Me habría ahorrado un disgusto, y sobre todo —observó, ahora con un punto socarrón en la voz—, no habría llegado a pensar que eras un cretino.

—¿Eso pensaste?

—Entre otras lindezas que seguro no te gustaría escuchar —reconoció con naturalidad, soltando una carcajada al ver la expresión enfurruñada del arquitecto—. ¿Qué esperabas? Me sentí traicionada, y una idiota —dijo encogiéndose de hombros para restarle importancia al asunto; lo pasado, pasado era y no tenía demasiado sentido continuar dándole vueltas.

—¿Por qué no insististe? —Sentía verdadera curiosidad, porque no la veía como alguien que se daba por vencida a la primera de cambio, era demasiado impetuosa para conformarse sin más.

—Iba a hacerlo. Quería llamarte, pedirte una explicación, una disculpa,

que me dijeras por qué me habías hecho creer que te importaba, pero luego me daba cuenta de que no tenía derecho a reclamarte nada y cambiaba de opinión. Después, con lo de mi padre, solo quería olvidarme del tema. —No dijo más, era un momento demasiado especial para dejarse llevar por recuerdos en absoluto agradables.

Alejandro no hizo más comentarios, se limitó a acariciarle la espalda con ternura y darle un beso en la sien mientras ella cogía la copa y tomaba un sorbo de vino.

—Sigo teniendo hambre, ¿sabes? —espetó de repente, recuperando el ánimo—. ¿Qué? —protestó ante la carcajada del motero—. Saber que estás loco por mí no me ha quitado el apetito —apuntó guiñándole un ojo al tiempo que mordía un trozo de queso y le ofrecía el resto—. Además, necesito recuperar fuerzas, recuerda que te he prometido una demostración de cómo se recupera el tiempo perdido.

—¿Más paté? —La tintineante risa de Silvia llenó la cocina mientras Alejandro untaba, apurado, un nuevo panecillo para ella—. Por cierto —dijo ofreciéndole el bocado—, me acabo de acordar de una cosa.

—¿De qué? —preguntó cuando tuvo la boca vacía. Tomó un sorbo de vino mientras observaba los platos decidiendo qué comer a continuación.

—Te he ganado la apuesta.

—¿Qué apuesta? —Lo miró con el ceño fruncido, no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—¿Necesitas que te refresque la memoria? —se mofó, cogiendo otra porción de queso, que masticó con parsimonia mientras Silvia, con los ojos entornados y los labios fruncido, intentaba recordar—. Una fuente con siete caños —canturreo junto a su oído—, un novio, un milagro... —añadió antes de tomar un trago de vino, dándole tiempo para asimilar sus palabras— ¡He ganado! —apuntó guiñándole el ojo.

—¡De eso nada! —exclamó, dedicándole un mohín jactancioso—. La tradición habla de maridos, no de novios.

—Nosotros solo hablamos de conseguir novio antes de finales de año,

pero no importa —concedió—, si quieres seguir la tradición, lo haremos. —Dejó la copa sobre la mesa, la tomó de las manos y carraspeó, poniéndose todo lo serio que pudo—. Silvia, ¿te quieres casar conmigo? —Una singular colección de carcajadas le acarició los oídos, obligándole a sonreír.

—¡Madre mía!, lo que se puede llegar a hacer por ganar una apuesta.

—El pago bien merece el sacrificio.

—¡Oye!, que solo apostamos una cena.

—¿Cuándo regresamos a Madrid? —Estaba amaneciendo y a Silvia, acurrucada contra el cuerpo de Alejandro, comenzaban a cerrársele los ojos.

—El domingo por la mañana —respondió en el mismo tono adormilado—, pero necesitarás ropa adecuada para el viaje: nos vamos en la moto.

—¿Y de dónde la voy a sacar? —Se incorporó, algo más despabilada, para mirarlo de frente.

—Duérmete —ordenó sin abrir los ojos, atrayéndola de nuevo hacia su pecho—. Más tarde nos ocuparemos de eso.

Remolonearon entre las sábanas hasta bien entrada la mañana, discutiendo, cuando sus labios y sus lenguas no estaban ocupados en menesteres más placenteros, sobre la conveniencia o no de adquirir, para Silvia, vestuario adecuado para ir en moto. Finalmente, la monitora tuvo que rendirse a la evidencia y reconocer que unos vaqueros y su cazadora de cuero, por muy bien que le sentaran, no eran lo más indicado para recorrer los kilómetros que les separaban de la capital. Y así, tras un desayuno tardío y una rápida ducha por separado, momento que Silvia aprovechó para llamar a su madre, pidieron un taxi y se fueron de compras.

Pasaron el resto de la mañana en Avilés, pequeño aunque importante núcleo urbano gracias a la industria y el comercio, en el que sus orígenes pesqueros aún se dejaban sentir en algunas zonas y calles del casco antiguo y en la sencillez de sus gentes.

Ir cargados de bolsas les impidió visitar palacios e iglesias o pasear por el

parque Ferrera, antaño jardines privados del palacio de los marqueses, asentado frente a la casa consistorial.

—Habrá más ocasiones —señaló Alejandro durante la comida en el coqueto restaurante que había elegido en la calle Galiana, original del siglo XVII y una de las más populares de la localidad, con sus soportales empedrados y los balcones de sus edificios.

Pensar en regresar a la villa para disfrutar de sus tesoros arquitectónicos y descubrir parte de su historia de boca de Alejandro, no la conmovía tanto como saber que él daba por hecho un futuro en común. Atrás, olvidadas, quedaban las dudas y los recelos. Volvían a disfrutar de la confianza y la complicidad que surgiera entre ellos en un principio, como si nada hubiera ocurrido.

Capítulo 16

Mientras Silvia terminaba de vestirse, Alejandro comprobaba que todo quedara cerrado y en orden dentro de la casa. Ya había sacado la moto del garaje cuando ella apareció en la entrada, con su casco nuevo en la mano, mochila al hombro, pañuelo al cuello y la cazadora desabrochada, mostrando la ceñida camiseta con el logo de *Dainese* cortesía de la tienda, acaparando toda su atención y disparándole las pulsaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido al no poder interpretar la mirada que Alejandro le estaba dedicando. La distancia que les separaba, aunque de apenas unos metros, no le permitía ver lo dilatado de sus pupilas—. ¿No me sienta bien? —preguntó con cierta inseguridad, bajando la vista para repasar su aspecto, sin encontrar nada censurable en él. Le encantaba su traje de cordura negro listado en blanco que, a pesar de sus protestas y la breve reyerta mantenida en la tienda, había costado Alejandro. «Acéptalo como un regalo, por favor», le había dicho con una cálida sonrisa en los labios y aquella mirada suya que la dejaba fuera de combate.

—Demasiado bien, diría yo. —En un segundo estaba a su lado, pegado al cuerpo enfundado en el grueso traje—. ¡Estás espectacular! —sentenció, deslizando las manos bajo la cazadora, rozándole apenas la cintura antes de bajar hacia el trasero, notando cómo su deseo crecía tras el duro tejido de los pantalones y la tentación de posponer el viaje y regresar al interior de la casa, era cada vez mayor. No sabía cómo, pero hasta con la aparatosa indumentaria se la veía sexy—. ¡Por Dios, no se puede estar tan buena! —La exclamación sonó a reproche y una maliciosa mueca de satisfacción adornó el rostro de la morena—. Ahora no lograré sacarte de la cabeza en toda la ruta —murmuró sobre su boca, haciendo crujir la cordura al frotarse contra ella—. Aunque siempre me queda la opción de parar y aprovecharme de ti —comentó sin dejar de mordisquearle los labios.

Silvia, que comenzaba a derretirse entre sus brazos y a punto estaba de desprenderse de lo que llevaba en las manos, no pudo evitar soltar una carcajada al imaginarlos bajando precipitadamente de la moto para hacer el amor al borde del camino.

—Muy romántico, sí señor —consiguió decir entre risas—. Sobre todo teniendo en cuenta lo rápidos de quitar que son estos pantalones.

—Ya me has chafado la fantasía —farfulló, torciendo el gesto, aunque sus ojos brillaban de diversión, avivando la risa de su chica—. Será mejor que nos marchemos, aguafiestas —dijo, robándole un último beso antes de cerrar la puerta y echar la llave.

Silvia no había olvidado las sensaciones ni el placer que le provocaba viajar en moto con Alejandro, pero un recuerdo, por vívido que fuera, no dejaba de ser un recuerdo y no era comparable a disfrutar de nuevo de la emoción de sentirlo entre sus piernas y rodearlo con sus brazos. Sumar los sentimientos a la excitación del momento convertía la experiencia en única. Decir que se sentía feliz sería quedarse corta ante el gozo que inundaba su pecho y le hacía sonreír de continuo bajo el casco, dejándose cautivar como nunca por el paisaje, los olores, la velocidad y sobre todo, por la cercanía del hombre al que amaba, que la amaba y que en un par de ocasiones le había hecho estallar en carcajadas al señalar el borde de la carretera, haciendo amago de detenerse.

A medida que avanzaban, devorando kilómetros de regreso a casa, una idea iba tomando forma en la cabeza de Alejandro, manteniendo a raya el deseo que, como había sospechado, le provocaba la imagen de Silvia vestida de motera que se había grabado en su cerebro. Sentir la presión de sus muslos en torno a las caderas y las distraídas caricias de sus pequeñas manos enguantadas, no le ayudaba precisamente a enfriar el ánimo y en más de una ocasión había estado tentado a cumplir su amenaza de parar al borde del camino. Por eso ocupaba su mente con aquel pensamiento que cada vez le resultaba más atractivo.

—¿Te importa si antes de llevarte a casa pasamos a ver a mis padres? — preguntó cuando se detuvieron a comer en Benavente.

—No, sin problema. —Fue la breve respuesta de Silvia que, dedicándole una de sus mejores sonrisas, no se planteó los motivos por los que Alejandro le proponía la visita. Conocía a sus padres desde hacía años y sería agradable verles de nuevo. Incluso, con un poco de suerte, también se encontraría con Marina que, aunque no le había llamado en todo el fin de semana, seguro se moría por saber qué había pasado finalmente entre su hermano y ella.

No fue hasta verse delante de la puerta del apartamento de los Inclán que Silvia se preguntó qué pensaría el matrimonio al verla aparecer acompañando al mayor de sus hijos.

—¿Qué les dirás a tus padres cuando quieran saber qué hacemos juntos? —preguntó algo inquieta justo cuando Alejandro hacía sonar el timbre.

—Pues eso mismo: que estamos juntos —respondió, sonriendo con una tranquilidad que Silvia estaba lejos de sentir. No era lo mismo ser la amiga de Marina que la novia de Alejandro y no sabía cómo se lo tomarían al enterarse así, tan de repente.

—Van a flipar.

—Seguro —coincidió, guiñándole un ojo en el instante que Ernesto abría la puerta.

—¡Hombre, qué oportuno! —Alejandro frunció ligeramente el ceño ante el mordaz recibimiento de su padre—. ¡Silvia! Menuda sorpresa —la saludo afable al advertir su presencia—, pero si has venido a ver a Marina me temo... —se interrumpió al fijarse en la indumentaria de la pareja—. Habéis... venido juntos. —Una leve pérdida de color hizo patente su turbación. Aquello no empezaba nada bien.

—Es evidente. —Fue la sobria respuesta de Alejandro. Había algo extraño en la actitud de su padre, que poco o nada tenía que ver con el desconcierto. Si no, ¿a cuento de qué había venido aquel «qué oportuno» inicial? Silvia, cada vez más incómoda, se aferraba al casco, sin atreverse a hablar—. ¿Podemos pasar o...

—Sí, claro. —Se hizo a un lado para dejarles pasar—. Tenemos... visita —anunció prudente, aumentando las sospechas de Alejandro de que allí ocurría algo—. No sé si será buena idea que Silvia... —Dejó la frase en el aire, aunque era fácil adivinar cómo terminaba—. ¿Estáis... juntos? ¿Sois pareja o algo así?

—Eso parece. —Alejandro comenzaba a perder la paciencia por la extraña actitud del cabeza de familia. No era así como había imaginado que serían las cosas—. ¿Supone un problema?

Ernesto guardó silencio, sosteniéndole la mirada, sin saber qué pensar o cómo manejar aquella situación que sabía no tenía trazas de ir a mejor.

—No lo sé —dijo finalmente con un tono que, a Jandro, le pareció de advertencia—, pero supongo que no tardaremos en averiguarlo. —Señaló el final del largo pasillo, invitándoles a pasar al salón.

Silvia, que no entendía lo que estaba pasando, hubiera preferido dar media vuelta e irse por donde había venido. Inquieta, buscó la mirada de Alejandro. Este, posando la mano sobre su cintura y dedicándole una sonrisa, la animó a moverse, aunque la monitora solo captó la preocupación que empañaba sus maravillosos ojos azules.

—¿Qué hace ella aquí? —espetó Alejandro, apenas vio la escena que tenía lugar en la sala.

Silvia, conmocionada por el tono beligerante de su chico, contempló a la joven de melena azabache que, sentada de espaldas a ellos en el amplio sofá de piel de los Inclán, lloriqueaba sobre el hombro de Amparo y que parecía ser la causa del repentino mal humor de Alejandro.

—Alejandro, no creo que esa sea manera de... —Amparo, al igual que su marido, se interrumpió al ver a la amiga de su hija—. ¡Silvia, qué... sorpresa! —Se notaba descolocada a pesar de la sonrisa que, evidentemente, se había obligado a esbozar.

—Hola, Amparo —logró saludar, a pesar del nudo que le cerraba la

garganta. No había que ser muy lista para saber que su presencia, además de inesperada, era inoportuna. Y no sabía si era cosa de su imaginación, pero le había parecido que la morena, al escuchar su nombre, se había puesto tensa. Tuvo un mal presentimiento.

—¡Qué bien, ya estamos todos! —aplaudió Pelayo, apareciendo tras los recién llegados—. ¡Que empiece la fiesta! —El comentario le hizo granjearse varias miradas de censura—. ¡Qué bien te veo... cuñada! —le susurró al oído, quedándose a su lado, detalle que, dada la situación, Silvia, agradeció.

—Pelayo, quizás deberías acompañar a Silvia a la cocina y ofrecerle...

—Silvia se queda —Alejandro cortó a su madre sin miramientos—. Si alguien se tiene que ir es Marta —apuntó, confirmando las sospechas de Silvia.

La asturiana evitó mirar a Alejandro, consumiéndose de rabia por la inesperada visita que echaba por tierra sus planes. Aun así, no abandonó el papel de víctima que estaba representando y sollozó desconsolada, sabiendo que no podía dar marcha atrás, pero intentando ganar tiempo para encontrar la forma de salir airosa, aunque era consciente de que pocas opciones tenía. La presencia de la monitora ratificaba que su maniobra para alejarlos había fracasado.

—Vamos a calmarnos todos un poco —intervino Ernesto—. Jandro, por qué no te sientas y...

—Estoy bien así —replicó, fulminando a Marta con la mirada a pesar de que ella le daba la espalda—. Solo quiero saber qué está pasando. Y tú —la increpó—, deja de llorar.

La brusca amonestación sobresaltó a Marta que, amedrentada, se contentó con hipar de tanto en tanto.

—La pobre ha venido a vernos porque, como puedes comprobar, está desolada —apuntó Amparo, acariciando con cariño la espalda de la joven.

—¿Y? —Era evidente que no le importaba lo más mínimo su estado de ánimo ni mucho menos le conmovía.

—No entiendo cómo has podido comportarte con ella de la manera que lo

has hecho —le recriminó su madre, enojada—. No es propio de ti.

—No sé de qué demonios estás hablando —se defendió, pasmado.

Marta supo que la situación se le había ido definitivamente de las manos. Que Alejandro se hubiera negado a pasar el fin de semana con ella, a pesar del empeño y los argumentos que esgrimiera para conseguirlo, le había llevado a actuar sin pensar, casi a la desesperada, creyendo que al presionar al matrimonio lograría que estos intercedieran por ella y con mayor empeño frente a su hijo y ahora, lo único que tenía, era una bomba a punto de explotarle en la cara.

—Déjalo, Amparo —gimoteó—. Está claro que me equivoqué con tu hijo.

—Deja de sobreactuar, ¡por Dios! —Hasta Silvia, que continuaba muda junto a la puerta, dio un respingo por la dureza del tono empleado por Alejandro—. Esto es la vida real, no un *culebrón* en el que puedes manipular a la gente a tu antojo.

—Marta nos ha contado que habíais quedado en pasar el fin de semana juntos en la sierra. —Ernesto, harto de aquella situación, expuso los hechos decidido a aclarar lo ocurrido de una buena vez—. Pero evidentemente no apareciste.

—¿Qué?! —Ahora el asombrado era él.

—¿Qué hay de cierto en toda esta historia?

—¿En serio os lo habéis tragado? —Miró desconcertado a sus padres, notando cómo la rabia crecía dentro de él, y no solo por las mentiras de aquella chiflada, sino porque ellos le hubieran creído sabiendo como sabían lo que opinaba de ella y el acoso al que lo había estado sometiendo—. Esto es increíble. —La carcajada que soltó mientras comenzaba a moverse de un extremo a otro de la espaciosa sala, carecía de humor—. ¿Nunca te cansas de engañar a la gente? —Se detuvo frente a ella.

—Es tu palabra contra la mía —porfió Marta, enfrentándolo, aferrándose a aquella verdad como último recurso—. Si has preferido irte con esa...

—Ni se te ocurra —masculló entre dientes, dando un paso más hacia ella, con una mirada amenazante que la hizo encogerse en el asiento—. Y te

equivocas —continuó, esbozando una sonrisa preñada de desprecio—, no es tu palabra contra la mía. —Marta elevó el mentón, desafiándolo con la mirada, segura de llevar razón—, porque te falta un dato: Marina estaba presente cuando te dije que ya tenía planes para el fin de semana.

—¡Qué conveniente! Lástima que no esté para confirmarlo —espetó con cinismo, sin percatarse de las reacciones que la conversación estaba provocando en los presentes. Ernesto los observaba con el ceño fruncido, Amparo, los miraba con expresión horrorizada y Pelayo, para variar, se mantenía serio y en silencio mientras Silvia se mordía la lengua para no intervenir.

—Pero está Silvia. —La vio palidecer—. Y seguro que no le importaría contar a mi familia cómo le mentiste, haciéndole creer que yo había pasado la noche en tu casa y que me había dejado el teléfono olvidado, asegurándole que me darías el recado, cosa que evidentemente no hiciste.

—No es cierto. —Se levantó airada—. Te ha mentado, yo no...

—¡Suficiente! —la interrumpió el cabeza de familia situándose junto ella—. Ven conmigo, por favor —pidió tomándola del brazo con suavidad.

—No puedes estar hablando en serio, Ernesto. Me conoces de toda la vida y vas a creer a una don nadie antes que a mí —escupió, alzando la voz de forma estridente, perdiendo los papeles.

—Te conozco desde que eras una niña y precisamente por eso y por la amistad que me une a tu padre, voy a hacer como que esta lamentable situación no ha tenido lugar.

—No me lo puedo creer —exclamó Alejandro, incrédulo, pasándose las manos por el cabello alborotado de llevar el casco puesto. Durante unos segundos, los que Ernesto tardó en retomar la palabra, los ojos de Marta brillaron victoriosos.

—Pero... —prosiguió, lanzándole una mirada de advertencia a su primogénito—, a cambio te pido que salgas de nuestras vidas para siempre. —Un jadeo escapó de la garganta de la asturiana. Aquello no podía estar pasando, no podía pedirle tal cosa, pensó sintiendo que le faltaba el aire—.

De lo contrario me veré obligado a hablar con tu padre.

—Jamás me había sentido tan humillada. —Soltó con coraje, con la sangre golpeándole con fuerza las sienes.

—No lo pongo en duda. —Fue la suave respuesta de Amparo al ponerse en pie—. Pero tú sola te lo has buscado. —Marta terminó de derrumbarse. Amparo, su aliada, también se ponía en su contra—. Has abusado de mi confianza y nos has hecho dudar de nuestro hijo. Si por mí fuera, no saldrías impune, así que márchate de mi casa ahora mismo o seré yo la que llame a tus padres y les cuente a lo que has venido a Madrid.

Marta, sabiéndose derrotada, apretó los labios con fuerza, recogió su bolso y se dirigió a la puerta. Al llegar a la altura de Silvia se detuvo frente a ella, dedicándole una mirada de desprecio y rencor que la morena encajó sin inmutarse.

Echando mano de la poca dignidad que le quedaba, alzó la barbilla y abandonó la sala. Todos permanecieron en silencio, hasta que escucharon el portazo con el que Marta Garrido desaparecía de sus vidas.

—Y yo creyendo que quedarse en casa un domingo sería aburrido... menuda odisea, ha sido mejor que ir al cine y, además, gratis —manifestó Pelayo con su habitual y descarado sentido del humor. Silvia, que continuaba a su lado, ahora algo más relajada, le propinó un ligero codazo en las costillas, intentando no reírse. La cosa no estaba aún para chistes.

—Lo que no logro entender es cómo esa loca ha conseguido que al final todo el mundo dudara de mí, es alucinante —declaró Alejandro con un punto de resentimiento en la voz que les hizo sentir culpables. Silvia deseaba acercarse a él, abrazarle y expiar así parte de su culpa, pero se le adelantó Amparo.

—Lo siento mucho, hijo —dijo la mujer con expresión consternada, acariciándole el brazo sin saber qué más añadir. No había justificación posible para lo ocurrido y lo sabía.

—No importa. —Suspiró—. Solo espero no volver a cruzarme con ella, así que mejor nos olvidamos del tema.

—Sí, será lo mejor —coincidió Ernesto—. Además, nos tienes que explicar el motivo de vuestra visita —añadió animado, palmeándole la espalda y dedicándole una mirada a Silvia que esta interpretó como una disculpa.

—Tienes razón. —Sus labios se curvaron hacia arriba, formando una perezosa sonrisa de satisfacción, al tiempo que se volvía hacia Silvia tendiéndole la mano—. Quería presentaros a mi novia. —Un millar de eufóricas mariposas aletearon en el estómago de Silvia al escuchárselo decir, de haber estado solos se lo habría comido a besos. Como no lo estaban tuvo que conformarse con entrelazar los dedos con los suyos—. ¿No dices nada? —le preguntó a su madre que, anonadada, los contemplaba con los ojos muy abiertos.

Con todo el jaleo que se había formado, Amparo no se había fijado en la indumentaria de la pareja ni se había parado a pensar en el motivo por el que Silvia había llegado acompañando a Alejandro.

—¡Dios mío! —Se llevó las manos al pecho—. ¿Hablas en serio?

—Ya te dije que no necesitaba ayuda para encontrar pareja —le recordó, respondiendo así a su pregunta.

—¿Pero desde cuándo? ¿Por qué no me dijiste nada? —Aquello ya se iba pareciendo más a lo que Alejandro había imaginado en un principio. Amparo sonreía abiertamente, encantada con la noticia. Conocía a Silvia desde hacía años, era una muchacha maravillosa y aunque nunca lo hubiera sospechado, le gustaba para su hijo, hacían una pareja estupenda—. De haberlo sabido no habría insistido en... —se interrumpió, no queriendo mencionar a la asturiana ni su absurdo empeño por emparejarlos.

—Es largo de contar —señaló el arquitecto, pasando por alto el último comentario de su madre.

—Bueno, tenemos tiempo más que de sobra hasta la hora de la cena. Porque os quedáis a cenar, ¿verdad? —Se la veía entusiasmada con la idea y ninguno de los dos tuvo valor para negarse.

—No sabes en el lio que te acabas de meter, incauta —se mofó Pelayo—,

ahora tendrás que venir al menos una vez a la semana a disfrutar de las dotes culinarias de *doña* Amparo.

—¿Qué tienen de malo mis dotes culinarias? —inquirió, propinándole una colleja al rubio que, con un «¡ay!» de protesta corrió a refugiarse tras la pareja.

—¡Qué de gente! ¿Qué se celebra? —exclamó Marina al entrar en el salón, sonriendo de oreja a oreja al ver a los dos tortolitos cogidos de la mano.

—Aquí, los Ángeles del infierno, que se han enamorado —resumió condescendiente Pelayo, tomándolos de los hombros y asomándose por entre sus cabezas.

Epílogo

30 de Julio de 2006, Madrid

Con la mochila al hombro, Silvia abandonó el gimnasio. Había tenido un intenso y agotador día de clases, pero se sentía satisfecha y afortunada. Su vida no podía ser más perfecta. Hacía lo que realmente le gustaba. Su padre, aunque delicado, continuaba dando guerra. Estaba casada con el hombre más maravilloso del mundo, que no había dudado ni un segundo en apoyar su decisión de olvidar definitivamente las oposiciones y continuar trabajando como monitora y, además, esa misma mañana había confirmado lo que hacía días sospechaba.

«Totalmente perfecta», pensaba con una gran sonrisa en los labios cuando lo vio aparecer sobre su inseparable *BMW*.

Apenas se hubo acercado a la acera y despojado del casco, Silvia se abalanzó sobre él, pegándose a su boca rebosante de felicidad.

—Iba a disculparme por el retraso —dijo sonriendo contra sus labios—, pero si es así cómo piensas recibirme cada vez que llegue tarde, dímelo, porque dejaré de ser puntual —bromeó, encantado con la efusiva bienvenida de su mujer.

—No te hagas ilusiones, guapo —le advirtió sin deshacer el abrazo—, te libras de la bronca porque acabo de salir. El día antes de las vacaciones siempre nos liamos un poquito más de lo habitual —aclaró, robándole un último beso antes de apartarse de él para sacar su casco del *topcase* plateado y dejar la mochila en su lugar.

—¡Vacaciones! Todo un mes en el que te tendré para mí solo —festejó Alejandro sonriendo al tiempo que sus ojos la recorrían de arriba abajo con intención.

—¿Para ti solo? —rio divertida, ignorando el escalofrío de placer que le recorrió el cuerpo al saberse contemplada—. Se te olvida que mañana nos

vamos a Asturias y *no* estaremos precisamente solos —apuntó colocándose el casco y subiéndose a la moto sin aguardar su réplica. Estaba deseando llegar a casa para darle la maravillosa noticia.

—Odio cuando te pones pragmática y me chafas la ilusión —refunfuñó poniéndose también el casco.

—Lo sé, pero aun así me quieres —señaló risueña, rodeándole con fuerza la cintura a modo de mimoso achuchón.

—Es lo que te salva, si no hace tiempo que habría pedido el divorcio —la provocó incorporándose al tráfico. Su sonrisa se ensanchó al escuchar, por encima de los ruidos de la calle, la cantarina risa de Silvia. Adoraba aquel sonido tanto como a la mujer que lo producía. Decir que la quería no hacía justicia a la realidad: estaba loco por ella, cada día más, y no concebía la vida si no era a su lado.

—Tú verás lo que haces. —Tuvo que elevar la voz para hacerse oír a través de los cascos y del barullo reinante a aquellas horas de la tarde en Madrid—. Luego no me pidas que sea yo la que le explique a nuestro hijo el motivo por el que su padre no vive con él. —Soltó, incapaz de guardar silencio por más tiempo, mandando al garete su plan de esperar a tenerlo frente a ella para disfrutar de su reacción al escuchar la buena nueva.

Alejandro tardó unos segundos en asimilar lo que Silvia acababa de decir. Cuando entendió el significado de sus palabras, realizó un quiebro a la derecha para dejar la vía y frenó en seco, provocando que la cabeza de Silvia chocara contra la suya.

—¡Ey! —protestó, dándole un manotazo en el hombro—. Si conduces de esta manera tan brusca tendré que dejar de viajar en moto antes de lo que esperaba —le advirtió mientras él volvía a descubrir su cabeza y, girándose apenas, la miraba por encima del hombro. Aunque no podía verle el rostro, supo que sonreía, sus preciosos y oscuros ojos brillaban reflejando la sonrisa que más abajo adornaba sus labios y el casco ocultaba a su mirada.

—¡Bájate! —ordenó tajante. Silvia obedeció sin poner objeción y esperó, con el casco ya en la mano, a que Alejandro se acercara.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho? —preguntó cauto, con el corazón latiendo a un ritmo imposible. No quería precipitarse aunque estaba casi seguro de que había interpretado el comentario a la perfección.

Silvia, demasiado emocionada para continuar hablando, se limitó a asentir antes de arrojarse a sus brazos.

—¡Voy a ser padre! —proclamó entre carcajadas, estrechándola con fuerza contra su cuerpo—. ¿Estás segura? —insistió, buscando su mirada.

—Totalmente. —Fue cuanto necesitó escuchar para perderse en su boca y dejar que su lengua tomara el control de la situación, transmitiendo con cada movimiento, cada caricia y avance, la extrema felicidad que en ese momento sentía y que estaba a punto de hacerle explotar de alegría.

—¿Cuándo lo has sabido? ¿Por qué no me has llamado nada más enterarte? ¿Será prudente viajar en moto mañana? Quizás deberíamos ir en coche.

Una vez más, la risa de Silvia tintineó en sus oídos.

—Esta mañana. El plan era contártelo en casa, pero no he podido callar por más tiempo, y de eso nada, mañana nos vamos en la moto —respondió de corrido sin dejar de sonreír.

—¿Estás segura?

—Sí. —La enterneció la preocupación que leía en aquellos ojos que, ahora, habían adquirido un brillo especial—. Te quiero.

—Y yo a vosotros —declaró antes de volver a besarla, sin que le importaran las miradas curiosas de la gente. Iba a ser padre y entre sus brazos tenía a la maravillosa mujer que lo iba a hacer posible y por la que su corazón latía cada día con más fuerza.

Agradecimientos:

Una vez más, doy las gracias a Ilu y a ediciones B por la confianza que depositan en mis historias.

Gracias también a vosotr@s por darles una oportunidad a Silvia y Alejandro.

E infinitas las gracias a Lola y Esther por su amistad, su apoyo y por todas esas horas (que son muchas) que dedican a la novela romántica y sus autoras.

¡Gracias, sois lo más!